Un motero en CROACIA



Antonia García Lozano

Un motero en Croacia

Antonia García Lozano

Sello: Independently published

Título: UN MOTERO EN CROACIA
Antonia García Lozano © 2025

Cubierta: Rubén y Raquel Ortega
Corrección y maquetación: Sandra García. @correccionessandrag

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Nota de la autora

Apreciado lector, tienes entre tus manos mi nueva novela, que espero que te guste. Antes de que te sumerjas en sus páginas, me gustaría compartir unas palabras contigo. Esta es la octava obra que publico, sin embargo, el simple hecho de hablarte de ella me produce la misma emoción que las anteriores.

Disfruto escribiendo, creando personajes, también hechos, así como historias que surgen de mi cabeza. Con esta en concreto, me he divertido mucho. Cualquier persona, lugar o cosa cotidiana, son un buen motivo de inspiración. Respecto a esta trama, antes de escribirla me inspiré en una bonita pareja que ha visitado Croacia no hace mucho, no obstante, la historia en general es ficticia, así como sus personajes.

En primer lugar, quiero agradecerte que hayas elegido esta novela. Como siempre, valoro mucho tu opinión, es una de las cosas que más aprecio, por esa razón me gustaría saber qué te ha parecido cuando llegues a la última página. Puede parecer que tu reseña no es importante para mí, sin embargo, tiene una gran relevancia.

A continuación, te sumergirás en una historia romántica que, en algunos momentos, es narrada en primera persona por su protagonista. Calvin Connor, un chico desenfadado que vive la vida con optimismo.

De ahora en adelante, espero que disfrutes con la ruta de Calvin, el motero que irás conociendo poco a poco a través de sus propias palabras. Él mismo comparte parte de su historia en algunos capítulos, que espero que te resulten interesantes.

Mi deseo es ofrecerte un rato de lectura agradable y que te dé buena impresión una vez que hayas llegado al final. Ojalá que la disfrutes tanto como yo al escribirla.

Me gustaría que la ruta de Calvin consiga sacarte alguna sonrisa mientras recorres junto a él estas páginas.

¿Oyes el sonido del motor de su moto? Seguro que sí.

¡Feliz lectura!

Capítulo 1



Comienza mi aventura

Mi madre acaba de llegar a casa, yo quería echarme una buena siesta, es lunes 28 de junio y estoy oficialmente de vacaciones, aunque creo que no voy a poder dormir debido a su inesperada e inoportuna visita. Desde que me independicé, no me deja vivir tranquilo. Es bastante controladora, sobre todo con su familia, nos adora. Casi a diario quiere saberlo todo acerca de mi vida. Dónde voy, con quién salgo, cuál es mi próximo proyecto profesional… A veces parece que no tiene vida propia, intento pararle los pies para que no sea tan manipuladora y me cuesta mucho.

—Calvin, ¿has pensado bien lo que vas a hacer? —me pregunta a modo de advertencia una vez que cuelga su bolso en una silla y se sienta en el sofá. Acaba de llegar a mi casa para verme durante un buen rato, pero si sigue con su actitud, pronto le pediré

educadamente que se marche y me deje acostarme un par de horas en la cama. Soy su único hijo y quiere opinar sobre lo que hago, aunque intento evitarlo a toda costa. Ella, Teresa Vázquez, y mi padre, Daryl Connor, llevan un matrimonio sólido que ha perdurado con los años, sin embargo, él no es tan insistente en cuestionar mis decisiones personales, las respeta y procura no inmiscuirse en mi vida. Ya sabes cómo son las madres, se preocupan demasiado por nosotros, lo cual es de agradecer, aunque, a veces, sin quererlo, se vuelven un poco pesadas y controladoras. Hay que reconocerlo, espero que nadie se ofenda con mi punto de vista.

—Mamá, el proyecto que acabo de terminar ha sido muy estresante. El cliente es muy ambicioso y aunque ha quedado muy satisfecho por mi trabajo, me ha puesto muy nervioso en más de una ocasión.

—Lo siento, la gente a veces se comporta tan mal que dan ganas de mandarlos a tomar por saco, pero no lo haces por educación.

—Exacto, y por eso necesito unas largas vacaciones veraniegas en los próximos tres meses, no pienso volver a Zaragoza hasta últimos de septiembre, estoy seguro de que en Croacia podré desconectar de todo el estrés que llevo acumulado y evadirme de la rutina diaria —respondo con un tono que da a entender mi mal humor, debido a tantas preguntas. Lleva un buen rato insistiendo en el mismo tema, y no precisamente de forma sutil. Aprecio que se preocupe por mí, en cambio, su sobreprotección me agobia. No me ha dejado en paz ni un minuto desde que se ha enterado que me marcharé dentro de unos días a Croacia.

—Te entiendo, además de guapo, eres muy trabajador. No me extraña que seas uno de los arquitectos más reconocidos de España, tu carrera es intachable.

—Gracias a mi esfuerzo, y a parte de la herencia de los abuelos, he podido ahorrar. Ahora quiero disfrutar de la vida como se debe. Lo tengo todo planificado.

—Me pongo en tu lugar, pero no me agrada la idea de que te vayas tan lejos de Zaragoza. Por otro lado, sé que hablas varios idiomas, así que no tendrás problemas con el croata.

—Te recuerdo que ya no soy un niño y hace años que me fui de casa. Ya soy mayorcito. Además, en ese país también se habla inglés, me conoces y sabes que suelo desenvolverme bastante bien.

—Lo sé. Por mucho que crezcas, siempre serás mi ojito derecho. —Me abraza con orgullo, se emociona al dedicarme esas palabras.

—¿Recuerdas que, durante la secundaria, un profesor nos dijo que no hiciera esta carrera porque lo iba a pasar mal? —procuro cambiar de tema.

—No lo he olvidado. Aquel maestro no confiaba lo suficiente en ti, pensó que ni siquiera aprobarías el examen de acceso a la facultad.

—Exacto. Por él casi desisto de cumplir mi sueño. Al final, no le hice caso y fui a por todas. Menos mal.

—Y tanto que sí. Si no hubieras sido tan decidido, hoy no serías el buen arquitecto que tengo delante de mí, diplomado en la Universidad Politécnica de Madrid.

—Mi antiguo profesor me dio, sin pretenderlo, una gran lección. Me hizo darme cuenta de que nadie tiene derecho a menospreciar a los demás y menos tratar de impedir que realice un sueño, por la razón que sea.

—Así es. Me caía fatal, era un prepotente. Pero olvidémonos de él. Háblame de tus próximas vacaciones. —Mamá está lista para escucharme mientras tomamos un café con leche con un bizcocho de manzana que ha traído para merendar. En ese momento me doy cuenta de que tengo que contarle mis planes y, la verdad, me da bastante pereza. Por lo que veo, la tarde va a ser entretenida. Hoy no ha venido con papá, ya que él está jugando al dominó con los amigos. Suelen quedar cuando su trabajo se lo permite.

Hago un inciso. Discúlpame, lo siento. Soy un desconsiderado. Me enrollo entre letras, contando mi vida, y me olvido de lo más importante: hablarte de mí. Quiero que me conozcas mejor antes de continuar.

Soy Calvin Connor Vázquez, hijo de un inglés y una española, ambos afincados en Zaragoza, donde nací hace veintiocho años. Crecí rodeado de unos padres cariñosos que siempre me dieron todo el amor que podían. Sé que esto suena cursi, pero es lo que siento;

un chico también puede expresar sus sentimientos, ¿no? En fin… Estudié en los mejores colegios de mi ciudad, disfrutaba teniendo un libro en las manos e «hincando codos», como se suele decir. A los dieciséis años, les dije a mis padres que mi sueño era ser arquitecto. Ahora te explicaré por qué decidí estudiar esa carrera a esa edad.

Al lado de mi casa hay un colegio adaptado para alumnos con discapacidad auditiva. Por aquel entonces, cuando cumplí los dieciséis, supe por casualidad que las instalaciones de ese centro escolar no eran las más adecuadas; el edificio necesitaba una remodelación urgente. Yo me enteré cuando casualmente escuché, en varias ocasiones, a dos profesores que vivían cerca de casa y pasaban cada día por allí. Solían comentar entre ellos que cuando llovía mucho, los alumnos no podían asistir a clase, por lo visto los dos estaban hartos de quejarse y nadie les hacía caso. El problema seguía existiendo y no parecía tener solución. El techo de las aulas tenía goteras y el riesgo de humedad era un problema serio, perjudicando la salud tanto de los estudiantes como de todo el personal y por lo visto, no hacían nada para resolver el grave problema. Desde la ventana de mi habitación, que da a la calle principal, también veía a menudo a un niño de once años que pasaba por delante de mi jardín y se quedaba mirando a nuestra gata. Tilde, que así se llamaba mi felina, lo observaba desde la verja con la curiosidad que caracteriza a los felinos.

Me di cuenta de que aquel niño no hablaba con Tilde, solo se acercaba a acariciar su cabeza y luego se iba. Un día, decidí hablar con él. Salí al jardín y, al verlo pasar en dirección a su casa, me presenté. Miró mis labios y, por señas, me dijo que era sordomudo. Lo entendí al instante, ya que había aprendido algo de lenguaje de señas por internet, por si alguna vez necesitaba comunicarme con alguien que lo practicara. Me dijo su nombre: Imanol Osorio. A través de señas, me preguntó qué edad tenía Tilde y le expliqué que había cumplido los seis años. Comencé a contarle la historia de mi gata con emoción.

Nunca se me olvidará aquel día que la recogí de la calle. Era muy pequeña, tendría unos tres meses, la adoraba. Una noche de lluvia, observé por la ventana a una gata que estaba temblando de frío en

la calle, era Tilde. Parecía haber sido abandonada pues no llevaba collar. Decidí recogerla. Cogí el transportín y sin pensármelo dos veces, la traje a casa. Con una toalla muy suave, estuve secando su pelo hasta que Tilde dejó de temblar a causa del frío. Conservaba tierra aglomerante en una estantería del garaje y la puse en el arenero. Por suerte aún tenía algunas cosas de nuestro gato, que había fallecido días antes a sus diecinueve años. Tanto a mis padres como a mí, nos produjo mucho dolor. Ellos aceptaron a Tilde con ilusión y a los tres nos hizo olvidar por momentos la pena que sentíamos por nuestro gato. Aquel día, le di a Tilde un poco de jamón dulce que había en la nevera, y la pobre lo devoró en segundos. Estaba hambrienta, mojada y aterrorizada. Era tan buena que no me arañó ni una vez. Esa noche la llevé a mi habitación, puse un bol de agua en el suelo, algo más de comida, el arenero, y me acosté. Al poco tiempo, se acurrucó a los pies de mi cama y se quedó dormida.

Imanol observaba atentamente mis manos mientras le explicaba por señas la historia de Tilde. Le conté que la gata era de raza Toyger, y que su pelaje rayado me recordaba a un pequeño tigre. Al día siguiente, la llevé al veterinario para asegurarme que estuviera bien de salud y en caso de que alguien la buscara, a través del chip, supieran que yo la tenía. Pasaron los meses y nadie la reclamó, ni la policía. Algunos agentes me dijeron que podía quedármela. Ya para entonces, me había encariñado con Tilde, y se convirtió en un miembro más de la familia.

A partir de ese día, que le conté a Imanol cómo llegó la gata a casa, nos hicimos grandes amigos. Nos llevamos cinco años de diferencia, nuestra amistad sigue fuerte, aunque haya pasado el tiempo. Es una persona admirable que, a pesar de su discapacidad, no se siente en desventaja, al contrario, se ha adaptado a vivir con ella y siempre me ha enseñado que nada es imposible de lograr. Unos días después de conocernos, lo acompañé al colegio pues no tenía nada qué hacer y estaba aburrido. Al entrar al edificio y ver el mal estado en el que estaba, me dio tal coraje y sentí tanta impotencia, que, en ese momento, prometí ayudar en lo que fuera necesario y decidí estudiar arquitectura para que nadie sufriera lo

mismo que esos alumnos. Suelo empatizar con la gente y me derrumbé al ver el estado tan deplorable del centro, al que los alumnos debían asistir sin remedio. Quería hacer algo para que otros estudiantes no tuvieran que sufrir lo mismo que aquellos. Una vez de vuelta a casa, bastante impresionado por lo que vi, se lo expliqué todo a mi padre, quien presentó una queja ante las autoridades correspondientes. Afortunadamente, tomaron cartas en el asunto y en menos de un mes, trasladaron a los alumnos a otro centro mientras reformaban el edificio.

Imanol nunca sufrió problemas de salud debido al mal estado del colegio, siempre me ha agradecido mi intervención de aquel entonces. Desde ese día él y yo hemos sido casi como hermanos. Al comienzo de nuestra amistad, me pidió que no sintiera pena por él; su discapacidad es de nacimiento y no tiene cura, pero ha aprendido a vivir con ella, y la tiene totalmente asimilada. Es un chico extraordinario, al que admiro profundamente por su fortaleza y buen carácter. Hoy día, Imanol trabaja como intérprete de lenguaje de señas en una cadena de televisión nacional, un puesto que merece por su dedicación y entusiasmo.

—Eres muy persistente, Teresa Vázquez, que lo sepas —digo a mi madre, intentando chincharla un poco. Soy impulsivo y dicen que también rebelde, es mi forma de ser, qué le vamos a hacer.

—Ya lo sé, es que hoy no he ido a la oficina y estoy aburrida, la verdad.

—¿La empresa «Taxis Vázquez» que dirigís tú y el tío sigue en auge?

—Y menos mal, es una de las razones por las que he decidido no ir hoy.

—Qué raro me resulta escucharte decir eso, hasta Keyla, tu mejor amiga, dice que eres una adicta al trabajo.

—Pues ella no puede hablar mucho, se parece a mí, recuerda que tenemos la misma edad. Es la mejor empleada de nuestra empresa.

—Sí, ya me lo comentaste. Incluso ha escrito una novela contando su historia, titulada *La taxista de Edimburgo*.

—Que, por cierto, no se le dio nada mal. Me encantó su primera novela y la he animado a que siga escribiendo. La admiro, tanto a ella como a su familia. A Meribeth, su hija, la considero mi sobrina.

—Son extraordinarios, sí. Bueno, yo a Meribeth no la veo como mi prima porque no lo es, aunque tengamos la misma edad. Pero, en fin, sigamos con lo nuestro. Tómate el café, que se enfría.

—Pues la chica es maravillosa, reflexiva, calmada, de carácter tranquilo, una excelente estudiante. Trabaja como guía turística en Escocia. Y que sepas que viene a pasar unos días de vacaciones. La he convencido para que nos visite. Espero que no te moleste y salgas con ella alguna vez. Los dos sois jóvenes y querrá salir de fiesta.

—¿Cuándo viene? Te advierto que en cuanto tenga alojamiento me voy a Croacia. No pienso fastidiarme las vacaciones ni por ella ni por nadie. Si pretendías que saliera conmigo, podías haberlo consultado antes.

—No seas aguafiestas, es extrovertida, lo pasaréis bien. Solo te pido que le dediques dos días de tu valioso tiempo. Insisto en que yo fui la primera que quiso que viniera, es tu amiga.

—Mamá, que nos sigamos en redes sociales no significa que mantengamos una amistad. Su madre y tú sí sois amigas, pero nosotros no.

—Sé sincero, ¿Meribeth te cae mal?

—Vaya pregunta... No la conozco lo suficiente. No me cae ni bien ni mal, no sé a qué viene eso. Y por favor, la próxima vez que hagas planes para mí, consúltamelo primero.

—No te enfades. Si llega el caso en que Meribeth está aquí y tienes que irte, te marchas. No te sientas comprometido a quedarte. A mis cincuenta y seis años no me considero tan mayor para caminar con ella por Zaragoza y enseñarle lo más bonito de nuestra ciudad sin embargo no es la primera vez que viene y ya ha visto bastantes sitios.

—En otras circunstancias no me importaría ser su guía, pero en este caso, mi viaje es lo primero, y no pienso retrasarlo —contesto con firmeza, mientras empiezo a explicarle mis planes para los tres próximos meses sabáticos que tengo pensados disfrutar en Croacia.

—Jamás habría imaginado que estuvieras tan estresado.

—Porque no acostumbro a hablar de mis problemas. Necesito estas vacaciones veraniegas, lo tengo todo organizado, entre otras cosas, alquilar una vivienda en Split, que estoy buscando a través de varias agencias.

—Espero que encuentres una adecuada para ti, con alquilar un pequeño piso ya tienes suficiente.

—Sí, no pretendo que sea muy grande.

—¿Y qué harás al llegar? Imagino que estarás deseando ver ese país.

—Ni te lo imaginas. Una vez en Croacia, pienso bañarme en las playas de Istria, recorrer con mi moto las islas habitadas, como la isla de Hvar, que dicen que es preciosa, eso sin mencionar sus campos de lavanda que por suerte los voy a poder ver ya que florecen en los meses veraniegos.

—Jolín, qué envidia me das. Si pudiera me iría contigo, cogería mi mochila y haríamos turismo por esos bellos paisajes, como no por el casco antiguo de Hvar donde sus calles son empedradas. —Está bromeando pues sé que lo de acompañarme, no lo dice en serio.

—También quiero ver la isla de Korcula, famosa por las ceremonias ancestrales que se celebraban allí. Y por supuesto, voy a hacer turismo por Dubrovnik y Zagreb, que es la capital croata.

—Veo que ignoras mi propuesta. ¿Te molestaría que fuera contigo? Yo también me he informado bastante sobre Croacia y vale la pena visitarlo.

—Mamá, no digas sandeces, ni que fueras mi guardaespaldas. ¿Qué parte de quiero ir solo, para experimentar la sensación de independencia, no has entendido? Pensé que bromeabas, pero ya veo que no.

—Solo te diré una cosa, algún día me entenderás, cuando seas padre. Qué borde te pones, tampoco es tan descabellado que quiera divertirme con mi hijo.

—Te repito que no quiero ser padre así que no cambies de tema.

—Sigue contándome qué piensas hacer cuando llegues.

—Entre otras cosas, me gustaría explorar algunos parques naturales, como el parque nacional de Brijuni, y no quiero perderme

los famosos lagos de Plitvice, en resumen, disfrutar de aquellos paisajes deslumbrantes.

—Sigo opinando que debería ir alguien contigo.

—Deja el tema, por favor —reitero una vez más.

—Vale, ya me callo, continúa explicándome tus planes. —Tengo la impresión de que mamá se da por vencida, me conoce muy bien y sabe que cuando decido una cosa, nada ni nadie me hace cambiar de opinión.

—También he visto fotos de varios lugares que Imanol visitó cuando estuvo en Croacia y me ha recomendado que no deje de verlos, tales como la ciudad de Rovinj.

—¿Y piensas ir conduciendo a todos esos sitios? —me pregunta, sorprendida.

—¿Qué tiene de raro? —respondo, algo incrédulo—. Te advierto que he pensado salir desde aquí, de Zaragoza, conduciendo mi moto a una velocidad adecuada. No puedes hacerte una idea de cuánto disfruto al sentir el aire en mi rostro, me sube la adrenalina. Es una sensación de libertad indescriptible.

—El único inconveniente que encuentro es que son muchos kilómetros de aquí hasta allí, y no me gusta que vayas solo.

—Y dale con la misma cantinela…

—Cuando tu padre te regaló tu primera moto, tenías doce años y ya te llamaban la atención. Querías conducirla a toda costa, pero no podías, como es normal, por la edad.

—Lo recuerdo como si fuera ayer. Al cumplir los dieciocho, lo primero que hice fue apuntarme a la autoescuela. Estaba deseando sacarme el carnet para poder conducirla y aunque la tengamos en el garaje, me gusta subirme de vez en cuando para recordar viejos tiempos.

—Mi padre se sentiría orgulloso de ti. También era un buen motero, aunque nunca viajó fuera de España.

—Sigo los pasos del abuelo. ¡Cuánto me habría gustado que viera mi moto! —dije con nostalgia de aquellos maravillosos años en los que pude tener a los cuatro abuelos junto a mí.

—Bueno, cariño, prosigamos con la charla que no quiero verte triste. ¿Por dónde íbamos?

Abrazo a mi madre que tiene los ojos llorosos, perdió a sus padres casi a la vez, a causa de una enfermedad, y le costó mucho superar el duelo.

—Mamá, desde hace un par de años, suelo asistir a concentraciones de moteros. Hay una especie de hermandad entre todos los que conducimos motocicletas. Sabemos respetar las normas de circulación y valoramos mucho el compañerismo entre nosotros.

—Eso está bien, referente a tu viaje, haz lo que quieras. Nada de lo que te diga va a hacer que cambies de opinión. Sé que siempre has sido muy maduro para tu edad. Me lo demostraste una vez más cuando tenías catorce años, gracias a ti detuvieron a Felisa.

Amigo lector, hago otro inciso, espero que no te moleste, pero es que quiero contarte el caso de Felisa para que entiendas a quién se refería mi madre. Te advierto que puede parecer una extraña historia, si bien, te aseguro que es verdadera.

A unos quinientos metros de mi hogar, vivían en una casa tres personas, un matrimonio de edad avanzada y su hija Felisa. La pareja de ancianos solo salía de su domicilio para hacer la compra semanal y apenas hablaban con los vecinos, que intentaban esquivarlos. Su olor corporal era muy desagradable y nadie se atrevía a acercarse a ellos, la mayoría de vecinos, los evitábamos porque apestaban, incluso cuando entraban a una tienda, se quedaba en el local su mal olor, no exagero. Eran muy risueños pero raros, apenas hablaban, unas veces saludaban y otras optaban por caminar con la cabeza baja, sin mirar a nadie. Si Felisa me veía desde su ventana alguna vez, se burlaba de mí debido a mi sobrepeso, como es obvio me molestaba. Solía mirarme con asco, lo adiviné por un feo gesto que hacía con la boca.

Siempre he sentido pena por la gente que padece obesidad, porque yo lo sufrí. Sé que son incomprendidos por la sociedad en algunas ocasiones y no merecen ese desprecio, la obesidad es una patología del metabolismo y es importante que la gente lo comprenda. En mi adolescencia, mi físico cambió debido a una estricta dieta y al deporte que me obligaba a hacer mi entrenador

personal, al que mis padres contrataron para mantenerme en forma, sobre todo para cuidar mi salud.

Cansado de la actitud de Felisa, decidí decirle a un policía, que caminaba por la zona, que la casa de esa familia no estaba lo pulcra que debería estar. Decidí vengarme de ella por su mal comportamiento hacia mí.

Los agentes escucharon con atención mis argumentos, preguntándome en qué se basaban mis suposiciones, respondí que era por el fuerte olor que se respiraba por la calle a consecuencia de esa extraña casa que siempre estaba con las ventanas cerradas, excepto cuando Felisa solía mirar a la gente que caminaba cerca.

Me prometieron que harían lo posible por encontrar una solución.

Dos días después, la policía y una asistenta social se presentaron en el domicilio con intención de ingresar a los ancianos en un centro para que estuvieran bien atendidos. Una vez en la puerta, Felisa la abrió al escuchar el timbre. La conocía poca gente, aparentaba unos treinta y cinco años, tenía el cabello largo y despeinado, vestía un pantalón largo, roto y descosido, igual que su camiseta.

Cuando vio a los agentes, explicó su pesadilla. Los llevó hacia una habitación de la planta superior, en la que descubrieron huesos humanos, todos los presentes se quedaron boquiabiertos, nadie esperaba ver esa imagen tan espeluznante y aterradora. El hedor era insoportable, según relató una atemorizada Felisa, llevaba muchos años dentro de esa terrorífica casa sin apenas tener contacto con el exterior. La única persona con la que hablaba desde su ventana era yo y para lo único que lo hacía, era para burlarse de mí, aunque ese dato, lo ocultó adrede.

Todos la escuchaban con atención, como si estuvieran oyendo una película de terror, no obstante, la historia era real. Por lo visto, a los ancianos padres, quienes se defendían diciendo que eran unas víctimas, los acusó de ser peligrosos.

Felisa continuó diciendo que sus progenitores secuestraban cada semana a dos niños, de once años, para que jugaran con ella, con la intención de que se distrajera. El premio era darle al ganador una chocolatina, el juego consistía en atemorizar a su rival con alguna historia de terror, ella era la única miembro del jurado que elegía el

mejor relato de los que se inventaban los atemorizados niños. Ninguno sabía que la chocolatina estaba envenenada, no podían adivinar que jamás saldrían con vida de allí.

La pareja de policía y todos los que se encontraban en la casa, seguían muy impactados por la historia. Creyeron a Felisa que había conseguido su propósito, logró engañarlos, les hizo creer que ella también había sido una víctima de sus padres y por tanto no tuvo nada que ver con los asesinatos de esos pequeños inocentes.

Una vez que vio con sus propios ojos que se los llevaban detenidos, decidió seguir viviendo en el mismo lugar, continuó jugando con los niños que paseaban delante de su casa, los atraía con alguna excusa.

Ella sabía cómo elaborar la sabrosa chocolatina, por algo fue la inventora. Pasado un tiempo y cansado de su maldad, decidí volver a denunciar al intuir que Felisa era la asesina de los niños ya que algunos de ellos seguían desapareciendo en el pueblo.

En el juicio, se demostró su culpabilidad y fue condenada a prisión. La noticia impactó mucho en Zaragoza, salió incluso en las noticias.

Continúo hablando con mi madre sobre esa familia.

—Y menos mal que la detuvieron, Felisa se lo merecía, era muy mala persona —concluye para zanjar el tema.

—Hace años que pasó y aún lo tengo muy presente en mi memoria.

—Olvídalo de una vez, hijo. Volviendo a tu viaje, ¿dices que irás en moto a Croacia desde Zaragoza?

—Por supuesto, el trayecto en coche sería muy aburrido, yo quiero disfrutar de una aventura más emocionante, no conoces el espíritu motero. ¿Quién no va a querer conducir por el asfalto, una moto con una cilindrada de 853 cc?

—Yo no desde luego —responde mi madre.

—Mamá, si supieras lo emocionante que es, cambiarías de opinión, te lo aseguro.

—Me prometiste que nunca irías a más de 200 km/h que es la velocidad máxima de tu moto, según me dijiste.

—Y así ha sido, no temas. Nunca la he sobrepasado por temor a tener un accidente.

—Sé que eres un chico muy responsable, pero, por favor, no hagas locuras.

—Valoro mi vida, mamá. Por cierto, también he calculado el coste que tendré de combustible hasta llegar a Croacia.

—Supongo que no llevarás mucho equipaje.

—Ya me conoces, soy muy práctico y no suelo ir muy cargado de ropa, de todas maneras, mi moto puede soportar 207 kilos sin el suyo, en vacío. Sin gasolina tiene un peso de 248 kg por lo que no hay ningún problema.

—Hijo, no entiendo tanta devoción por un simple vehículo de dos ruedas.

—Es que me da bastante seguridad. ¿Te puedes creer, que es la envidia de algunos de mis amigos?

—No lo sabía, ¿es porque la compraste nueva en un concesionario?

—Sí, todos se quedaron asombrados. A ver, es una moto muy buena.

—Como para no serlo, te costó bastante dinero.

—No me importó pagar el importe que me pidieron, es justo lo que quería comprar. Al ver su equipamiento de serie, pantalla en color TFT de 6,5 con conectividad, faros Led, tanto en los diurnos, auxiliares, así como en los intermitentes, no lo pensé dos veces.

—Es curioso, hablas de una moto como si se tratara de un objeto muy valioso.

—Desde hace tiempo, soñaba con tener una como la mía. Con parabrisas *touring* con regulación, protección del motor, guardamanos, puente portaequipajes de acero inoxidable.

—Si mi padre te oyera, te preguntaría un montón de cosas acerca de tu moto.

—Ojalá pudiera verla con sus propios ojos. El abuelo se sorprendería de su arranque, confort, control de presión de neumáticos, llamada de emergencia inteligente, sistema portaequipaje de aluminio, bolsa sobre depósito, topcase de

aluminio, así como las maletas laterales y muchas otras características que son igual de importantes.

—Me parece escucharlo. Eres tan apasionado como él —refiere mi madre muy emocionada una vez más al volver a hablar del abuelo.

—Mamá, intenta no preocuparte tanto, no es por vacilar, pero conduzco bastante bien y con esta moto me siento muy seguro cuando viajo por carretera y más con la protección adecuada.

—Es lógico que me preocupe por ti.

—Lo entiendo, pero estate tranquila, compré todo el material, casco homologado, chaqueta, pantalones, guantes y botas para ir protegido mientras conduzco.

—Veo que has decidido irte a Croacia, no hace falta que continúes hablándome de motos. No entiendo nada de esos trastos, solo de coches y en particular de mi empresa de taxis.

—Comprendo que no te guste que coja la moto, no te preocupes, te mantendré informada de mi recorrido por el asfalto.

—Sí, por favor… Por otro lado, haces bien en ir de vacaciones, te he visto muy estresado en los últimos días. ¿No tienes algún amigo que quiera acompañarte? ¿Se lo has referido a Imanol?

—Él lo sabe, sí, ¿qué más da? Yo no necesito compañía, de hecho, te vuelvo a repetir que prefiero ir solo a Croacia, me gustan los retos y este es uno de ellos. La vida de los moteros es una auténtica experiencia, vamos de aquí para allá y si encontramos a algún otro conductor de este apasionante vehículo de dos ruedas que necesita nuestra ayuda, no dudamos en ofrecérsela sin pedir nada a cambio.

—Hablando de retos, desde que me dijiste que te ibas a Croacia, he estado mirando algunas revistas y en una de ellas vi que hay un torneo de caballería. El Sinjska Alka se celebra cada año durante la primera semana de agosto.

—Lo sé, no pienso perdérmelo.

—Me imagino, estarás allí durante ese mes, por eso quiero que lo grabes con tu teléfono y me envíes el vídeo. Sabes de sobra lo mucho que me gustan las fiestas medievales.

—Tenía pensado hacerlo, no te preocupes, como ves me he informado bien, además Imanol lo vio el año pasado y me dijo que no dejara de visitarlo.

—¿En qué consiste ese torneo? —Siente curiosidad.

—Verás, cada jinete que compite, subido a su caballo, corre por la pista con una lanza en la mano que tira con la intención de alcanzar un objeto, el alka, que es redondo y se divide en tres partes, cada una vale una puntuación diferente —voy explicando a mi madre, mientras observo que mira su reloj.

—Hijo, acaba de contarme esto, que me voy ya. Seguiremos hablando en otro momento.

—No te preocupes, solo me falta un pequeño detalle por explicar. El alka tiene un pequeño círculo en el centro que, si es alcanzado por la lanza del jinete, este logra la máxima puntuación del torneo, cuenta con tres intentos para conseguirlo. —Mi madre me escuchó sin pestañear y al terminar de tomar el café, se levantó del sillón dispuesta a dejar las dos tazas en la cocina antes de marcharse. No la dejo, ella no tiene por qué hacerlo estando yo en casa.

—Calvin cariño. Esta tarde llamaré a Meribeth, según me dijo vendrá esta misma semana.

—Muy bien, intentaré ser buen anfitrión, aunque sea un par de días, todo lo hago por ti, no lo olvides.

—Muchas gracias, hijo, me marcho, tu padre me ha enviado un mensaje para preguntar dónde quedamos, tenemos que hacer la compra para cuando llegue nuestra invitada desde Escocia, me has preguntado antes acerca del día exacto, pero aún no lo sé seguro hasta que no hable con ella. —Se acerca a mí para darme un abrazo, dos besos en las mejillas y se va.

Estoy orgulloso de ella, es una mujer tradicional que le gusta cocinar unos deliciosos menús que nos parecen exquisitos tanto a papá como a mí. Emprendedora y honesta que adora a su familia y me ha transmitido ese amor. En una habitación de la casa de mis padres, colgado en la pared, hay un árbol genealógico enmarcado. Como soy bastante curioso, y me gusta saberlo todo acerca de mis antepasados, tanto por parte paterna como la materna, ellos me han contado la historia de sus progenitores y de sus abuelos. Estos

últimos, por parte de la familia paterna de mamá, tuvieron una vida bastante difícil en un pueblo de la Mancha. José y Maruja, se conocían desde niños, se casaron en la iglesia con unas alianzas de oro prestadas pues no tenían dinero para comprarlas. Con el paso de los años, la pareja tuvo tres hijos, dos chicas y un chico, de quienes estaban muy orgullosos. Los tres trabajaban en la ciudad e iban a ver a sus padres los fines de semana. La cocina de Maruja siempre estaba repleta de sabrosos platos que ella preparaba con ilusión para sorprender a los suyos, jamás quiso desprenderse de dos grandes ollas rojas de porcelana, heredadas de su madre, entre otras cosas materiales que guardaba de recuerdo. Maruja también hacía ganchillo y solía regalar algunos detalles a sus nietos, ser abuela le hizo mucha ilusión y lo vivió con intensidad.

José era un experto en el macramé, disfrutaba mucho haciendo maceteros para regalarlos a quienes valoraron su trabajo. Tanto José como Maruja, fueron muy queridos en el pueblo. Mi madre me explicó que la entrañable pareja de abuelos, iban cogidos de la mano cuando paseaban por la calle, mientras en la otra llevaban un bastón. Él era alto y delgado, lucía su boina negra en la cabeza los días que brillaba el sol. Ella, bajita y risueña, solía vestir ropa de color que resaltaba su cara redonda y cutis brillante. Los dos fueron admirados por sus vecinos, una pareja envidiable que, a sus ochenta años, siguieron enamorados toda su vida como el primer día que se conocieron. Por lo visto cuando les preguntaban por el secreto de su felicidad, respondían que, día tras día, se dedicaban un te quiero que les salía del alma. Según me siguió contando mi madre, a José y Maruja les brillaban los ojos cuando se miraban con fervor. El amor siguió presente en la adorada pareja, el paso del tiempo no borró la pasión que sintieron el uno por el otro.

Cuando voy a tomar algo con mis amigos, y sale a relucir este tema, suelo comentar que el amor de la época en la que vivieron nuestros abuelos era diferente al de la actualidad, me explico. Reconozco que las chicas, por norma general, ya que siempre hay alguna excepción, suelen ser más románticas que los hombres y le dan más importancia a las historias apasionadas entre dos personas que se aman por encima de todo, enfrentándose a cualquier

obstáculo que pueda separarles. No obstante, mis amigas coinciden conmigo en que hace años el amor era más profundo e inquebrantable, nada separaba a dos almas que se habían encontrado entre tantas, ni siquiera una mala racha económica podría poner fin a su relación.

Mi madre y yo no compartimos la misma opinión ya que ella está convencida de que no hay tipos de amor que se puedan medir de intensidad, solo hay sentimientos verdaderos hacia alguien que puede ser tu alma gemela sin importar la época en la que se descubra. Yo sigo creyendo que hoy en día, amor y entrega mutua no van unidos.

No creo en ese tipo de amor que dura toda la vida, al menos en la actualidad, ni quiero tener ningún compromiso emocional con una mujer.

Mis padres no han alcanzado la tercera edad para poder opinar sobre ellos, pero sigo pensando que la clase de amor que han vivido mis abuelos y todos sus antepasados no tiene nada que ver con lo que existe hoy día.

Hay amores, como el de ellos, que son tan fuertes como un roble. Duran toda una vida, estén juntos o separados, su amor está presente, el tiempo lo mantiene intacto.

Capítulo 2



La llegada de Meribeth McMoray

El sonido del teléfono móvil me despierta ¡con lo bien que se está en la cama! Es sábado 3 de julio. Me da mucha pereza contestar, no suelo beber alcohol, aunque anoche hice una excepción y tengo resaca, de ahí que me cueste levantarme. Además, la pasada madrugada de ayer hizo un calor sofocante, tuve toda la noche el aire acondicionado en marcha, de lo contrario no habría podido dormir y, aun así, no cerré los ojos hasta las cuatro. Estoy deseando irme de viaje, ya lo tengo todo a punto. El teléfono móvil sigue sonando con insistencia, anoche olvidé bajarle el volumen y ponerlo en silencio, al final decido contestar.

—Buenos días, papá, ¿sucede algo? Son las nueve de la mañana, no pensaba despertarme tan temprano.

—Hola, dormilón, ya era hora que me contestaras, se nota que anoche estuviste de juerga con tus amigos.

—Sí, quería despedirme de ellos antes de mi viaje, como sabes este fin de semana voy a estar ocupado con la llegada de Meribeth, le dejé claro a mamá que todo lo hago por ella.

—Lo sé y de eso quería hablarte, tu madre y yo íbamos a ir a buscarla al aeropuerto, pero ninguno de los dos podemos levantarnos de la cama.

—¿Os encontráis mal? Si queréis vamos al médico.

—No te preocupes, tenemos unas décimas de fiebre y preferimos descansar, debe ser por algún cuadro de gripe o virus estomacal. Te llamo para saber si tú puedes ir a recoger a Meribeth.

—A ver, no me importa hacer el favor, supongo que tendré que acompañarla a vuestra casa, se aloja allí, ¿no?

—Esta es otra cuestión de la que me gustaría hablarte, como comprenderás no puedes traerla aquí, mamá confía en que la lleves a tu casa por si se contagia del mismo virus, no podemos permitir que se vaya a un hotel, ella es como de la familia.

—De acuerdo, me encargaré de todo, si estáis mejor el lunes, acompañaré a Meribeth a vuestra casa, cuidaros mucho.

—Gracias, hijo, te queremos. —Nos despedimos antes de colgar, me levanto corriendo de la cama para ir directo a la ducha, tengo el tiempo justo para asearme, vestirme y coger el coche antes de ir a buscar a Meribeth.

No estoy nervioso por mi próximo viaje del martes día 6, pero me cabrea tener que hacer de guía de la chica escocesa que viene a Zaragoza. Por lo pronto, sé que me espera un fin de semana movidito. A causa de ello, me he visto obligado a hacer un cambio de planes, pensé que esta noche podría ir de fiesta con alguna de mis amigas y ya puestos, si surge, dadnos un buen revolcón como despedida, por lo visto no será así.

Mantengo una estrecha amistad con dos de ellas que son unas auténticas bellezas. Cuando nos apetece, nos llamamos para quedar, tenemos una buena relación y disfrutamos del sexo sin tapujos, me da lo mismo ver a una o a otra, ninguno de los tres tenemos a otra

persona en nuestras vidas, por lo que no engañamos a un tercero. Somos amigos con derecho a roce, como se suele decir.

Por si tienes alguna duda respecto a nosotros, te diré que no formamos un trío, admito que alguna vez he soñado con mantener relaciones sexuales con dos chicas a la vez e incluso que al despertar de mi sueño erótico me he planteado hacerlo realidad, pero de momento me basta con una sola, tanto con Inés Urriaga como con Mía Klein. Las dos son españolas, la familia de la primera es valenciana, la de Mía proviene de Alemania. Para mí son dos mujeres asombrosas, con ninguna de ellas me he propuesto mantener una relación sentimental ni ellas tampoco conmigo. Sabemos diferenciar la relación que nos une, somos libres y sin compromiso.

Una vez en el aeropuerto, miro una de las pantallas en las que anuncian las llegadas y salidas de los aviones.

El de Meribeth, acaba de aterrizar.

Me quedo esperándola justo delante de la puerta por donde salen los pasajeros y la tripulación de los diferentes vuelos que han tomado tierra en Zaragoza. Al abrirse la puerta, la veo caminar hacia mí, en dirección a la salida, lleva puesto un traje chaqueta color verde esmeralda, zapatos plateados de tacón. Luce el traje con estilo, conjuntado con una blusa gris claro de tirantes, con escote en forma de pico. El color verde contrasta con sus grandes ojos del mismo tono y que hacen resaltar su larga y abundante melena pelirroja, recogida con una cola, que le sienta de maravilla.

La veo más guapa que la última vez, más madura, más segura de sí misma, en resumen, ¡está muy buena!

Medirá un metro sesenta más o menos, tiene un bonito trasero redondeado y unos senos generosos y turgentes. Pensarás que no he podido evitar fijarme en su físico y es la verdad. Sé admirar a una gran mujer cuando la tengo delante, también a un tío atractivo, como no. Aunque sea heterosexual, admiro la belleza física de una persona. En cuanto a las mujeres, no me importa que sean altas, bajas, delgadas o con sobrepeso, lo que más me atrae, y suelo apreciar, son sus virtudes y su personalidad. Soy un gran observador, admiro la capacidad intelectual femenina, me excitan las chicas que

en todo momento saben lo que quieren, las que afrontan con valentía cualquier problema que surja, las que tienen miedo e inseguridad y deciden luchar contra estas barreras. Odio que sean sumisas y se sientan menospreciadas, ya que considero que merecen ser tratadas con respeto y cariño, al fin y al cabo, sin ellas no podríamos vivir, tienen el milagroso don de gestar una vida en su vientre.

Continúo hablando de Meribeth que me he desviado del tema por un momento, suele pasarme con frecuencia, ¿lo has notado?

Siempre me llamaron la atención las pequeñas pecas que tiene ella en sus sonrosadas mejillas. El tono cobrizo de su cabello, lo ha heredado de su padre, que es escocés, su madre es española.

Han pasado ocho años desde que nos vimos por última vez, cuando sus progenitores le prepararon una fiesta sorpresa al cumplir veinte años. Yo fui con mi familia a Edimburgo para celebrarlo junto a ellos y el resto de invitados, yo también cumplí la misma edad tres meses después.

—Meribeth McMoray, bienvenida a Zaragoza —nos saludamos con dos besos en las mejillas y puedo oler su perfume.

—Hola, Calvin, no esperaba que vinieras tú, ¿dónde está Teresa? —Está desconcertada y es normal.

—Mis padres no se encuentran bien, me han pedido que venga yo a buscarte, temen contagiarnos el virus estomacal que padecen. No se atreven a levantarse de la cama si no es necesario, solo para comer algo o ir al baño.

—Ufff, con lo mal que se pasa, seguro que llevarán una dieta estricta a base de manzana, arroz hervido y demás.

—Así es, por esa razón y si no te importa, te alojarás en mi casa este fin de semana. El lunes por la noche supongo que estarán mejor y podrás continuar tus vacaciones con ellos, yo me marcho a Croacia el próximo martes día 6 de julio.

—¿No será una molestia para ti? No tengo ningún problema en hospedarme en un hotel.

—Para nada, a ver, nosotros nos hemos visto pocas veces, pero nuestras madres son íntimas amigas y sé que les gustaría que estuvieras en mi casa. Si el martes siguen encontrándose mal, te

dejaré un juego de llaves para que no te veas obligada a irte a un hotel.

—Eres muy generoso y te lo agradezco, si me disculpas, voy a recoger mi maleta, puedes esperarme aquí, ahora vuelvo.

—¿Pesa mucho tu equipaje? ¿Quieres qué te acompañe a la cinta transportadora?

—No te molestes, puedo ir sola, he preferido traer poca ropa, sólo estaré una semana por aquí, después debo regresar a Escocia, necesito trabajar cuanto antes. —Me sonríe y no puedo evitar fijarme en sus perfectos dientes, tan blancos como la nieve. Sus labios son carnosos y los lleva pintados con un tono rojo que aún los hace parecer más blancos. Al sonreír, se le forman unos hoyuelos en las mejillas, otra cosa que ha heredado de Alexander, su padre.

—Pensé que trabajabas de guía turístico según me dijo mi madre.

—Sí, pero la dueña cerró la agencia de viajes por un problema personal.

—Y para despejarte, has decidido coger unas pequeñas vacaciones, bien pensado.

—Exacto, y aparte necesito no pensar en mis problemas. —Percibo que Meribeth se encuentra agobiada, según me va contando en el coche, de camino a casa, Keyla, su madre, la está presionando para que conduzca el taxi en el que ella ejerce. Intenta convencerla para que solo lo coja durante unas horas y de esta forma podría ganar un pequeño sueldo mientras encuentra otro empleo.

Meribeth se independizó de casa de sus padres hace tres años y por suerte para ella no tiene que escuchar la misma sugerencia de su progenitora diariamente. Se niega en rotundo a coger el volante de ese vehículo si no es para alguna urgencia, en ese caso, ya tiene el suyo aparcado en el garaje de su pequeño apartamento.

Por lo que me cuenta, Keyla se parece bastante a mi madre, las dos son autoritarias y mandonas por lo que veo. También le explico a Meribeth algunos detalles de la mía que le sorprenden. Nuestra conversación gira en torno a ellas.

Al llegar a casa, la invito a desayunar, preparo el café con leche, sirvo unos pequeños cruasanes en un plato. Como no conozco sus

preferencias los compré de varios sabores, unos rellenos de chocolate blanco, otros de chocolate negro, así como de crema y cabello de ángel.

Abro la nevera y cojo la mantequilla y la mermelada de frambuesa para untar en unos ricos panecillos que acaban de salir crujientes de la tostadora.

—¿Tienes hambre? También hay embutido si te apetece. Yo sí, lo cierto es que no he desayunado nada, estás en tu casa ponte cómoda.

—Con tu permiso me quito los zapatos, me duelen mucho los pies y ya llevo bastantes horas con ellos.

—Claro, faltaría más, en cuanto desayunemos he pensado que, si no estás muy cansada, podríamos visitar mi ciudad, recuerdo que la última vez que viniste fue hace ocho años.

—Ya ves, me acuerdo de algunos lugares, pero como es normal hubo otros que no vi, habrán abierto locales nuevos en Zaragoza. Me gustaría ir de copas y conocer el ambiente que hay por la noche.

—Eso está hecho, al mediodía iremos a comer a un restaurante que conozco, hacen unos menús muy sabrosos donde puedes pedir lo que quieras.

—Iremos donde digas, tú eres el guía.

—Esta noche te presentaré a mis amigos, anoche ya me despedí de todos antes de mi viaje, pero han insistido en conocerte, ya verás, son muy enrollados.

—En ese caso, me pondré otra ropa y unas deportivas para caminar durante el día.

Seguimos hablando de los planes para este fin de semana cuando al terminar de desayunar, Meribeth recibe una llamada de un número desconocido. Comienza a hablar en inglés y por señas le sugiero que salga de la cocina para que pueda conversar mejor ya que tengo puesto el lavavajillas y hace ruido.

Al salir ella, cierro la puerta y recojo todo lo que hay en la mesa. Me empieza a caer bien, es extrovertida y simpática, estoy convencido de que también les gustará a mis amigos, sobre todo a Imanol, que tiene un don para reconocer, nada más verla, a una buena persona como Meribeth.

Pasados diez minutos, la recién llegada abre la puerta de la cocina con lágrimas en los ojos, me asusto al verla tan emocionada y sin pensármelo dos veces, la abrazo. Mi instinto protector ha emergido como por arte de magia sin pretenderlo. No puedo ver llorar a ninguna mujer, es superior a mí.

Al instante, se separa de mí y comienza a contarme el motivo de sus lágrimas. Lo que me dice a continuación, me deja estupefacto.

—Calvin, no me puedo creer lo que me acaba de ocurrir. Es un milagro.

—¿Estás bien?

—Para no estarlo, más bien en *shock*. Verás, como he ido enviando currículums a varias empresas de turismo internacionales, me han llamado de una empresa que está en Croacia. Aquí viene lo mejor, me han ofrecido un contrato laboral muy bueno para este verano.

—Ostras, es una excelente noticia, dominas el inglés y para ti no será ningún problema trabajar allí. ¿Te han comentado para cuándo debes incorporarte?

—Me han preguntado si puedo estar allí el viernes día 9 sin falta, tras no meditarlo mucho he aceptado, así que mañana mismo regreso a Edimburgo para prepararlo todo. Desde allí cogeré un vuelo a Dubrovnik, donde me harán el contrato en una de sus oficinas.

—Bien pensado, entonces aprovecharemos hoy tu estancia en Zaragoza.

—Sí, déjame que antes llame a mi familia para contárselo, aún no me lo creo.

Meribeth coge su teléfono móvil de la mesa y hace una videollamada grupal, a sus padres, que piden que me una a la conversación para saludarme. Les tengo mucho aprecio a los dos, son buenas personas. Como es lógico al saber la noticia se alegran por su hija. Por lo visto está pasando por un bache y no solo en el ámbito laboral sino también en el terreno sentimental, según parece su expareja y ella acaban de romper su relación.

Keyla y Alexander, aprovechan para comunicarle que Blake Smith, el exnovio, ha ido esta misma mañana a buscarla a su casa con

intención de reconciliarse con Meribeth.

Hace menos de una hora que nos hemos visto y como es normal no soy su amigo para que pueda contarme con total libertad su vida privada, me he enterado de ese dato por casualidad, al haber estado presente en la conversación telemática familiar.

Observo que se queda extrañada al escucharlo y es tajante al respecto, reitera que Blake no se merece tener una segunda oportunidad por todo lo que la hizo sufrir.

No sé nada más sobre esta historia que, por otra parte, me tiene intrigado, llámame cotilla si quieres, no lo niego.

Tras despedirse de sus padres, hasta el día siguiente que los verá en Escocia, salimos de casa para recorrer mi ciudad.

El tiempo corre muy deprisa y quiero aprovecharlo al máximo para ser un buen anfitrión de mi apreciada huésped. Después de comer, hemos pensado hacer la reserva de su vuelo para el día siguiente.

La mañana transcurre muy rápido, visitamos lo que más ilusión le hace de Zaragoza, una vez en el restaurante y al terminar de comer, suena mi teléfono.

—Hola, mamá, ¿cómo os encontráis? Meribeth y yo estamos tomando un café.

—Estamos muy bien, cariño, cuando ella me llamó esta mañana para interesarse por nuestra salud, ya se lo comenté. De momento han desaparecido las náuseas y el dolor de estómago.

—Perfecto, dime, ¿sucede algo? —Me tiene mosqueado esta extraña llamada, procuro que no se me note.

—Pues lo cierto es que te llamo para hacerte una proposición.

—Miedo me das, a ver qué es lo que quieres pedirme.

—Keyla me ha llamado para comentar los planes laborales de su hija y su marcha precipitada de Zaragoza. —Escucho con atención, estoy intrigado.

—Sí, Meribeth está muy ilusionada por esta oportunidad laboral. Mañana mismo volverá a Escocia para arreglar algunas cosas antes de ese viaje a Croacia.

—De eso quería hablarte, mi amiga Keyla y yo hemos pensado que su hija puede irse contigo a Dubrovnik, ¿qué te parece? —Me

quedo anonadado y no comento nada al respecto, respiro hondo y expulso el aire por la boca, intento mantener la calma y que no se me note el cabreo que tengo, no quiero dar un espectáculo delante de la recién llegada.

¡Vaya tela! ¿En serio las dos superamigas, me quieren obligar a cambiar mis planes? ¡Lo que me faltaba por oír!

Una cosa es hacer de anfitrión de la chica en Zaragoza, por un día o dos a lo sumo, y otra muy distinta llevármela de copiloto a Croacia. Por ahí no paso, además, las dos madres no tienen en cuenta mi opinión sin haber escuchado la de Meribeth. Veamos qué tiene que decir, decido preguntarle suponiendo que se va a negar, lo mismo que yo pienso hacer.

—Disculpa, no creo que ella esté de acuerdo con esto. Meribeth —me dirijo a ella poniendo el celular en modo «manos libres» para que pueda escucharla mamá, ya no queda ningún cliente en el restaurante y podemos charlar tranquilamente, el local es de unos amigos míos—, mi madre está al otro lado de la línea, dice que ha hablado con la tuya por teléfono, se les ha ocurrido la brillante idea de que tú y yo viajemos juntos a Dubrovnik, lo veo descabellado, supongo que tú también.

—Teresa, ¿de verdad habéis planeado esto? —pregunta Meribeth asombrada.

—Ya ves, en cuanto Keyla me ha informado de tu oferta de trabajo en Croacia, las dos hemos pensado lo mismo.

—Sois tal para cual, y os lo agradezco, os preocupáis por los demás. No obstante, mi intención es seguir con el plan inicial —responde Meribeth muy decidida.

—Estoy segura de que a mi hijo no le importará que viajéis juntos —insiste una vez más.

—Mamá, ella no tiene aquí ropa suficiente ni tampoco la necesaria para subir a mi moto. —De nuevo procuro poner excusas para que no sea tan evidente que no quiero compañía. Por lo visto no le ha quedado claro a mi madre. Creo saber una de las razones que ha tenido para esta proposición, quiere conseguir, sea como sea, que no viaje solo. Conociéndola, tenía que haberlo previsto.

—La ropa es lo de menos, la tienda de motos que hay al lado de casa abre los sábados por la tarde, Meribeth podría ir a comprarla hoy mismo, en cuanto a su equipaje, Keyla ha comentado que se lo enviará ella misma por correo. —Mamá me está demostrando, una vez más, que tiene solución para cualquier problema que surja en su vida. Para Teresa no hay obstáculos que no se puedan saltar. Observo a Meribeth que está muy pensativa mirando por la ventana del restaurante. Responde una vez más.

—Calvin, estoy dando vueltas a mi cabeza y si te soy sincera tampoco veo que la idea sea tan descabellada. Yo de todas maneras tengo que ir a Dubrovnik y no me importaría ir contigo.

—¿No prefieres ir sola? Viajarás mejor, he de reconocer que la moto es más incómoda que el avión, eso sin hablar del tiempo que te ahorrarías durante el trayecto.

—La verdad es que tienes razón, pero considero que por la carretera podré ver más pueblos y ciudades. Lo cierto es que tengo unos días por delante antes de reunirme con el departamento de recursos humanos de la empresa. En cuanto a la moto no me preocupa, yo suelo subir a la de un amigo y no me resulta incómodo, todo es acostumbrarse. —Mi madre sigue en silencio al otro lado de la línea telefónica, se sentirá orgullosa de haber convencido a la hija de su amiga.

Esta jugarreta que me ha hecho se la voy a echar en cara cuando hablemos a solas, con cierto sarcasmo le reprocharé que haya trastocado mis planes, sé que se acabaron antes de comenzar mis vacaciones. De esta manera, será imposible hacer esa soñada ruta por la calzada con total libertad.

No soy un hombre tolerante y paciente, temo ese viaje porque si Meribeth me saca de mis casillas, la paz y amor que pretendo tener durante el día de hoy se irá al garete en cuanto ella suba en mi moto.

En estos momentos estoy muy cabreado, me siento impotente, me cuesta reconocer que mi querida madre ha manejado esta situación a su antojo.

De un tiempo a esta parte, se ha vuelto manipuladora, incluso a veces nos hace chantaje emocional a papá o a mí, de vez en cuando

él y yo tenemos nuestras conversaciones y hablamos de los defectos de mamá, que, por otra parte, es normal que los tenga, lo hace con buena voluntad, nadie es perfecto.

No puedo negarme a llevarla conmigo, me han puesto en este compromiso del que es imposible escaquearme, aunque quisiera.

—Pues en ese caso, sugiero ir a visitar un centro comercial en el que encontrarás todo lo que necesites para nuestro viaje, nos iremos de ruta a Croacia pasado mañana. —Aprovecho para despedirme de mi madre y cuelgo el teléfono, disimulo delante de Meribeth para que no me note el enfado.

—Perdóname, no te he preguntado qué te parece que te acompañe, espero no ser un estorbo para ti —me dice algo apurada.

—No, al contrario, no me importa, vayamos de compras, iremos primero al centro comercial para ver si venden la indumentaria adecuada para subir en la moto y sino, miremos la tienda que ha comentado mi madre, la que está al lado de su casa —miento con descaro ante su comentario y he preferido cambiar de tema, hablando de la ropa.

¡Pues claro que me importa que venga conmigo, sigo dolido por esta forzada situación! Me siento obligado cuando mi sueño, respecto a este viaje, era otro.

Que conste que empiezo a conocerla y me va cayendo bien, es extrovertida y alegre, desprende energía positiva, hecho que valoro en una persona.

Pago la cuenta y salimos del restaurante. Caminamos hacia el *parking* para coger el coche e ir hacia el centro comercial, con intención de hacer las compras antes de ir a cenar y tomar algo con mis amigos. Odio ir a esos centros, están repletos de gente a todas horas y algunos niños no paran de dar vueltas correteando por las tiendas. Me duele hasta la cabeza, entre los dichosos niños y las compras, siento que me va a estallar.

¡Y luego dice mi madre que quiere ser abuela, ni por asomo le pienso dar ese gusto!

A ver, me gustan los niños y tengo paciencia con ellos, pero a veces me ponen de los nervios. Resulta curioso que no los tolere

cuando yo mismo fui un pequeñajo muy rebelde y travieso, lo reconozco.

Tras mirar varios comercios, encontramos uno que han inaugurado esta misma semana, Meribeth compra todo lo que aconsejo para el viaje y es obligatorio llevar. Por suerte conozco al dueño y le ha hecho un descuento considerable en la factura. Decidimos ir a mi casa a dejar las bolsas y ducharnos antes de ir a ver a mis amigos.

Una vez que llegamos, ella es la primera en entrar al baño, al salir, lo hace con una toalla enrollada en su cuerpo desnudo y otra en su preciosa melena pelirroja, por la mejilla le cae un mechón de su cabello mojado y, por un momento, me quedo mirándola sin pretender que se sienta incómoda. Siempre he visto muy sensual a una mujer que lleva la toalla alrededor de sus excitantes curvas femeninas, ella ha caminado delante de mí con tanta naturalidad, que apenas me ha dado tiempo a reaccionar y mirar para otro lado.

Me sonríe con cariño y sin pretenderlo mi miembro muestra su erección. No quiero causar la impresión de ser un chico que no controla sus impulsos e intento disimular. Por primera vez, he visto en sus verdes ojos la mirada de una mujer maravillosa y no puedo evitar pensar, que el hombre que ocupe su corazón será muy afortunado.

Al entrar ella en su habitación, cojo mi ropa y me voy al baño para ducharme, procuraré que el primer chorro de agua que baje por mi piel sea lo más fría posible.

Ella se viste mientras tanto en su dormitorio y ahí mismo seca su cabello con el difusor que, por lo visto, deja su melena con más volumen, tal como le gusta, según me ha comentado.

Al salir del dormitorio que ocupa, yo ya estoy listo y esperándola en el salón, me quedo perplejo cuando la veo, lleva un vestido largo, muy veraniego, que le sienta fenomenal, así como los zapatos abiertos de tacón, luciendo unas uñas perfectas y pintadas.

Siempre me ha gustado fijarme en los pies femeninos, eso sí, procuro ser discreto para que la chica en cuestión no lo note. Si los tienen bien cuidados, aun sin conocerla de nada, ya me dice mucho

de ella, como es en el caso de Meribeth. Una chica risueña que alegra la vista a cualquiera.

Silbo con admiración, echándole un piropo que me sale del alma, está deslumbrante.

Capítulo 3



Conociendo a Calvin

Meribeth le está muy agradecida a su anfitrión, ha logrado ruborizarse con el bonito piropo que le ha dedicado, no se lo esperaba y la ha pillado desprevenida. Ha sido una auténtica sorpresa, poco a poco lo va conociendo más.

Calvin y ella se habían visto pocas veces antes de este viaje. En las anteriores ocasiones solían coincidir en la casa familiar de uno u otro, en Zaragoza o en Edimburgo. Tanto unos progenitores como otros se llevan muy bien, mantienen el contacto pese a la distancia.

Respecto a Alexander y a Daryl, los padres de ambos, tuvieron sus diferencias comerciales años atrás debido a sus empresas de whisky. Fue antes de nacer sus hijos, no obstante, eso cambió y se hicieron buenos amigos, hecho que alegró mucho a Teresa y a

Keyla, que son casi como hermanas sin haber entre ellas ningún vínculo familiar.

Desde que Meribeth vio a Calvin hace ocho años, no habían vuelto a coincidir, lo encuentra bastante cambiado físicamente, por suerte también es más maduro de lo que fue en su infancia.

Nunca le hizo ningún daño físicamente, pero se burlaba de ella con frecuencia, una actitud que a ella le costó entender y aceptar.

Teresa guarda algunas fotos de años atrás en los que se reunían las dos familias para hacer actividades juntos, justo en esos encuentros era donde el travieso Calvin se mofaba con la buena de Meribeth.

Aquellos maravillosos años, se metía con ella por su precioso pelo cobrizo. Él incluso le puso un mote, pues de pequeña era más baja de la estatura normal que debería tener para su edad.

Cuando cumplieron los siete años, comenzó a llamarla «*small apricot*» que significa «pequeño albaricoque» en inglés, en referencia a su estatura, así como al color de su cabello. El nombre no le gustó nada a la niña que era entonces, le pedía una y otra vez que no la llamara así. Al escucharlo por primera vez, se puso a llorar desconsolada, sus padres le preguntaron qué le sucedía, ella se negó a responder, no solo esa vez sino en las posteriores que él siguió molestando.

Mientras, Calvin la miró aquel día con asombro por no haberlo delatado, el niño que era entonces no sintió en ningún momento compasión ni arrepentimiento. Para Meribeth era un verdadero sacrificio tener que coincidir con Calvin, al que no podía ver por lo mal que la trataba cuando estaban solos y al que consideraba un idiota.

Delante de sus padres se comportaba de una manera y cuando no estaban presentes, el niño se convertía en un auténtico diablillo.

El bueno de Calvin engañó a todos con su cara de ángel, aunque era un pequeño demonio que se lo hacía pasar mal cada vez que se veían, daba igual donde fuese, ella se sentía en desventaja, ya que él era más alto y procuraba intimidarla, creyéndose superior a la dócil Meribeth.

Desde los siete a los quince años, continuó llamándola «*small apricot*», no obstante, ella aprendió a no dar tanta importancia a esas palabras, ya que en plena adolescencia comenzó a cambiar, a ser más madura.

Con el paso del tiempo, de los quince a los veinte, su relación fue más cordial.

Meribeth era casi invisible para él, pasó de la burla a la indiferencia.

Ellos nunca fueron amigos, se toleraban porque no había más remedio.

Han pasado los años y vuelve a ser por momentos aquella niña noble y paciente, deseosa de realizar sus sueños y llegar a alcanzar sus metas en el futuro. A veces medita sobre la vida en general y cree que es tan corta que nunca hay que dejar de soñar y mucho menos de tener ilusiones. Está convencida que las personas no cambian nunca, seguirán siendo las mismas y se debe aceptar, incluido Calvin y su personalidad. Ha comprendido que la realidad nos hace más fuertes para intentar salvar los obstáculos y que la inocencia de cuando era niña, la sigue teniendo en algún profundo lugar de su interior.

A sus veintiocho años, el cabello del chico sigue siendo vigoroso, rizado y rubio, heredado de su madre, sin embargo, su piel está muy bronceada, él mismo ha referido que suele ir a las playas de Salou para tomar el sol en verano.

Cada fin de semana, recorre esa distancia en moto entre Zaragoza y Tarragona, acostumbra a ir acompañado de algún amigo o amiga y se alojan en un hotel del municipio costero.

Los bonitos ojos de Calvin, tan azules como el sereno mar, transmiten bondad, hecho que lo hace más atractivo. Aquel arrogante y soberbio niño de su infancia, se quedó en el pasado y en la actualidad, es un hombre amable y educado. Sus labios son carnosos, igual que los de ella que les da color cada vez que se los maquilla con naturalidad.

Por lo que va descubriendo de él, es un hombre que se cuida mucho, ella sabe el grave problema que tuvo en su infancia a causa

del sobrepeso y lo mal que Calvin lo pasó hasta recuperar el peso ideal adecuado a su edad.

Es alto, de metro ochenta y seis, nariz aguileña y sonrisa perfecta, sus manos son grandes, igual que sus pies ya que calza un número cuarenta y cinco.

Se ve a simple vista que le da importancia a su apariencia, luce la ropa con estilo y a la última moda, tanto el traje de chaqueta como la ropa deportiva e informal, le sienta fenomenal.

Por su parte, a ella también le gusta vestir con las últimas tendencias de cada temporada. Considera que Calvin es guapo y atractivo. Le parece un modelo de revista, de los que tienen un bonito cuerpo musculado y posan luciendo sus bíceps con orgullo, lo ha conseguido haciendo pesas en el gimnasio.

Calvin es especial para ella quien no puede evitar sentirse atraída por él.

Meribeth está conociendo a un posible amigo estupendo que solo pretende que se sienta cómoda en su compañía. Nunca han hablado de los recuerdos que comparten juntos, quizás un día saque el tema para reír mientras comentan lo mal que se llevaban.

Desde que ha llegado a la capital aragonesa, ha cambiado su vida por completo, será aún mejor junto a Calvin de aquí en adelante. Sabe que el viaje que está a punto de disfrutar será bastante divertido, que es justo lo que necesita debido a un problema de salud que debe afrontar y del que nadie sabe nada, este es uno de sus secretos. Él tiene buen sentido del humor y reconoce que será una buena compañía.

El hecho de haber viajado a Zaragoza fue idea de Keyla, su madre, que le aconsejó que se tomara unos días de descanso lejos de Edimburgo, insistió en que fuera lo antes posible, nada más conocer su ruptura sentimental con el exnovio.

Meribeth jamás imaginó que Blake Smith pudiera dejarla. Es un odontólogo inglés con el que estuvo muy bien mientras duró su relación. Lo conoció durante la visita a un museo, aquella tarde ella ejercía de guía turística y saltaron las chispas al instante, intercambiaron miradas y algunas palabras mientras él hacía algunas preguntas con interés acerca de la exposición del interior. Más

adelante, volvieron a coincidir en la consulta a la que Meribeth acudió por una urgencia, descubriendo por casualidad que el doctor Smith era el propietario.

Aquel día, quedaron para tomar algo y tres meses más tarde, comenzó la relación que duró dos años. Eran felices por llamarlo de alguna manera, o al menos eso intentaba Meribeth para olvidar a su gran amor que mantenía oculto en el fondo de su corazón.

Cuando Blake conoció a la que es su actual pareja, no fue sincero con ella y estuvo manteniendo su relación pese a estar enamorado de otra chica.

La noticia fue muy impactante, sin embargo, a Meribeth no le dolió como esperaba, de hecho, cuatro meses después lo ha superado.

Keyla estuvo muy pendiente de ella para que no sufriera mucho tras la ruptura, sin saber que otro hombre hacía latir el corazón de su hija más rápido de lo normal. Su sexto sentido tampoco le falló en esta ocasión incluso le había advertido que no le gustaba Blake. Era algo inexplicable, el chico desprendía una energía negativa que no le inspiraba confianza.

Desde que su hija y él comenzaron a salir, la vida de Meribeth fue diferente a la que era antes de ser su pareja, él pretendía ser el centro de atención a donde quiera que fuesen. Un hombre acaparador que intentó una vez prohibirle que saliera sola con sus amigos, ella no le hizo caso, no tolera que nadie intente manipularla. Blake era tan antisocial, que a menudo solía sacar alguna excusa para no quedarse solo en casa, le hacía chantaje emocional procurando que ella estuviera a su lado, por ese motivo a Meribeth le extrañó que se fijara en otra mujer, a quien contrató él mismo para trabajar en su clínica.

Cuando Keyla intuía algo sospechoso en su comportamiento, y sacaba el tema sobre él, la hija siempre daba la misma respuesta, no iba a renunciar por nadie al único chico que tenía a su lado.

Meses después, Keyla tuvo ocasión de conocer a Blake durante una fiesta local y no le cayó bien, no obstante, se abstuvo de seguir comentando nada acerca de él por no hacer daño a su hija.

El tiempo puso a cada persona en su lugar, terminó por darle la razón.

Meribeth no le guarda rencor a Blake, sabe que quienes hieren con hechos y palabras, tarde o temprano se arrepienten y más cuando tienen mucho que agradecer a la persona que han herido.

***

—¿Nos vamos? —pregunta Calvin al coger las llaves de casa para salir por la puerta, ha quedado con sus amigos de los que se volverá a despedir antes de su viaje a Croacia.

—Sí, ya estoy, gracias por el cumplido, tú también estás muy guapo —responde Meribeth con sinceridad. Cogiéndose de su brazo, salen de casa y se dirigen al ascensor para ir hacia el *parking* del edificio.

Una vez que llegan al local, Calvin aparca el coche. Se dirigen caminando a un pub donde ponen música en directo y hacen buenos cócteles.

Al entrar, ve a la pandilla en unas mesas reservadas con antelación para todos ellos. Calvin ya había comentado que es muy extrovertido y tiene muchos conocidos pero que los presentes, son sus verdaderos amigos, con los que tiene más confianza para hablar de cualquier tema que surja.

—Hola, chicos, antes de saludaros a todos, haré una presentación general y luego decís lo que os venga en gana, ¿ok? Ella es Meribeth McMoray. —Calvin sonríe dirigiéndose a su invitada —. Ellos son, tal como los ves de frente de izquierda a derecha, Enzo Cano, Saúl Herrera, Inés Urriaga, Mía Klein, Imanol Osorio, Aitana Barceló y Valentina Godoy. —Al terminar Calvin de hablar, se acercan a la chica pelirroja. Le plantan dos besos en las mejillas. Meribeth ya conoce las costumbres españolas en cuanto a la forma de saludarse, está acostumbrada, su madre siempre le demuestra su amor con unos cuantos besos cada vez que la ve.

—Bienvenida a Zaragoza, Meribeth, soy Inés, espero que la próxima vez vengas con más tiempo y podamos conocernos mejor, tengo un pequeño negocio de tatuajes justo aquí al lado.

—¡Ohhh! Siempre he querido hacerme uno, pero nunca me he atrevido, pienso que debe doler mucho. —Meribeth responde con

franqueza.

—Qué va, para nada, les puedes preguntar a cualquiera de ellos, todos están tatuados por mí, ya sabes, los amigos son quienes sufren la inexperiencia de las primeras veces. —Inés comienza a reír a carcajadas por su comentario y todos se suman, dándole la razón.

Meribeth calcula que tiene unos treinta años, es atractiva, apenas lleva maquillaje en su rostro. Viste un pantalón tejano y un jersey holgado de estilo hippie de los años ochenta, que vuelve a estar de moda. Tiene un brillante cabello negro y una risa contagiosa. Le ha caído bien nada más verla.

—Sí, sí, ríete que nos lo hiciste pasar muy mal, nunca nos teníamos que haber prestado a hacer de conejillos de indias dada tu inexperiencia —responde por señas uno de los chicos a Inés antes de dirigirse a Meribeth—. Encantado de conocerte, señorita McMoray, soy Imanol —se dirige a la recién llegada también por señas antes de darle dos besos. Ella enseguida le da las gracias respondiendo con el mismo lenguaje, hecho que sorprende a los chicos. Explica que, para ejercer en Escocia como guía turística, también tuvo que aprender el lenguaje de signos en varios idiomas, incluido el español. Imanol le ha parecido un hombre guapísimo, alto y delgado, con unos grandes y preciosos ojos color miel que delatan su optimismo y simpatía, facultad que valora en un hombre por lo que es digno de elogio. Mientras iban hacia el pub en el coche, Calvin le ha explicado algo acerca de los amigos a los que iba a conocer, ya de paso le ha contado la historia de cómo se conocieron Imanol y él, ha referido lo importante que es para él la amistad que mantiene con el chico de veintitrés años al que admira por su carácter.

—Un consejo, antes de tatuar tu piel —le asesora una chica del grupo—, espera unos días para pensártelo mejor, eso siempre y cuando quieras que te lo haga Inés —comenta medio en broma la exuberante mujer de cabello largo y rubio y la que no le echa más de veintinueve años, viste un vestido negro y ceñido a su estilizada figura—. Me llamo Mía, soy logopeda, tengo mi consulta en el centro de la ciudad. Es un placer conocerte, guapa —suelta con naturalidad antes de acercarse a ella para darle dos besos y un abrazo.

Meribeth le corresponde de igual manera, está disfrutando mucho dialogando con los amigos de Calvin, son muy agradables y no se siente incómoda, tiene la impresión de conocerlos desde siempre.

—Pero bueno, no agobiéis a Meribeth con los tatuajes, ¡cambiad de tema, pesados! Por cierto, me llamo Enzo, soy motero igual que Calvin. —Se aproxima a ella un hombre corpulento que, sin ser muy guapo, resulta gracioso por su buen humor, hace dos días ha cumplido los treinta y lo celebrará con una gran fiesta a la que Calvin no irá debido a su viaje. Trabaja de guardaespaldas con alguien famoso y del que jamás ha querido revelar su identidad. Meribeth también le sonríe, antes de saludarlo con dos besos, igual que a los anteriores. En realidad, ninguno sabe que viajará a Croacia con Calvin esa misma noche, él mismo les informará de sus imprevistos planes.

—¿Hasta qué día te quedarás? —Una chica muy bonita, cuyo rostro parece de porcelana debido a su brillo, sonríe con dulzura al hacer esa pregunta. Enseguida se da cuenta que Aitana, ella misma se ha presentado con ese nombre, es del tipo de mujer que puede ser una gran amiga, de hecho, Meribeth y ella son de la misma edad. También comparten su afición por la música, Aitana es profesora de música en una escuela de Barcelona.

—Lo cierto es que pensaba quedarme una semana y no voy a poder, de hecho, me voy pasado mañana a Croacia —responde Meribeth, mirando a los demás que se han sorprendido por la noticia.

—¿He entendido Croacia? Disculpa, Meribeth, soy una tonta, no me he presentado, me llamo Valentina. Casualmente estoy en Zaragoza por asuntos de trabajo, soy camionera y voy de aquí para allá.

—No tienes que pedir disculpas por eso. Así es, me voy a Dubrovnik. Ya os iréis enterando de más cosas —informa Meribeth que se ha quedado impactada ante Valentina, no es porque le atraiga el género femenino, pero le ha visto algo que le ha recordado a ella. Una chica de treinta y dos años que por lo visto es de armas tomar. Guapa, extrovertida, guerrera y con coraje.

Calvin permanece callado para que los demás puedan expresarse con total libertad ante su invitada. Cuando terminen las presentaciones, les dirá que ha habido cambio de planes respecto a su viaje. Mientras tanto, permite que todos se vayan conociendo sin interrumpirlos.

Entre bromas, todos sus amigos ya han advertido, a la chica escocesa que acaban de conocer, que Valentina debido a su trabajo como camionera, es una chica de fuerte personalidad que no se deja manipular por nadie, emprendedora nata que no teme a nada.

Meribeth alaba a las mujeres como Valentina, porque ella tampoco suele tener miedo de afrontar con valentía cualquier bache que tenga por delante.

—¿Me he perdido algo? Es demasiada casualidad que Calvin y tú vayáis a Croacia —les interroga Saúl con absoluta sinceridad, dando dos besos a Meribeth después de guiñar un ojo para hacerle entender que bromeaba. Los miró muy sorprendido, tanto a ella como a Calvin al conocer ese dato. Él es un seductor bombero de treinta y tres años, que apagaría el fuego interior de más de una persona, de cualquier orientación sexual. Parece un actor de cine de aquellos tan guapos que llama la atención por donde quiera que vaya salta a la vista.

Ante la pregunta de Saúl, Meribeth no sabe qué contestar, todos esperan que les saquen de dudas. Hasta el momento ella lo está pasando bien con los siete amigos de Calvin, que son maravillosos, aunque prefiere que esa duda de Saúl, la responda él en su lugar.

—Bueno, chicos, si os parece nos sentamos y os informo de todo. —Calvin comienza a relatar el cambio de planes, Meribeth viajará con él a Croacia.

Sus amigos se sorprenden por los acontecimientos, no comentan nada por respeto, pero conociéndolo, saben que a él le fastidia tener que ir con otra persona a ese viaje. Es muy independiente y no admite consejos.

Ninguno de los presentes, se explica cómo su madre ha manipulado la situación a su antojo para que su único hijo, no viaje solo hasta Split, que es su destino final en la ruta que ha planificado. Con anterioridad, unos meses atrás, les había comentado todo lo

que desea hacer desde que salga de Zaragoza, el itinerario que piensa recorrer por carretera, estaba tan ilusionado, que le aplaudían al escucharlo. Calvin acostumbra a ir en moto a donde quiera.

En este viaje, habría sido la primera vez que se hubiera desplazado solo, lejos de su casa, estaba deseando que llegara el martes para conducir su potente moto que tanto le gusta. Este mismo sábado, ha tenido que renunciar a su sueño, solo esperan que Calvin no se lo ponga difícil a Meribeth durante el trayecto. Es un hombre genial con valores y lo admiran, no obstante, lo conocen muy bien, él no puede fingir ante una situación incómoda como, por ejemplo, esta. Ni siquiera imaginan que está iracundo debido a esta historia.

Bromeando mientras se toman unas copas, y para intentar quitarle hierro al asunto, los chicos comienzan a brindar por esa aventura conjunta. Calvin los mira con cara de pocos amigos mientras que Meribeth, ajena a todo, extiende con la mano su copa de champán con los mejores deseos para ese viaje.

—Brindemos por esta ruta, ya que para mí será la primera que haré en moto. —Al decir esto último, brindan con ella, la cara de sorpresa de los chicos es un poema y más la de Calvin, que no se esperaba esas palabras de la pelirroja escocesa. Si antes no quería ir con Meribeth, ahora al saber que es la primera vez que ella hará un trayecto de tantos kilómetros, menos todavía.

No comenta nada al respecto, comienza a sudar y siente un leve mareo, refiere que necesita ir al baño para refrescarse porque en el local hace mucho calor. Imanol, que es quien mejor lo conoce, deduce que es una excusa y le indica por señas que lo acompaña, no se fía de dejarlo solo. Ninguno de los allí presentes, intuye la angustia que padece Calvin.

—¿Estás mejor? —le interroga Imanol mediante el lenguaje de signos. Una vez en el lavabo, Calvin se lava la cara con agua fría.

—Dime la verdad, ¿a ti te parece lógico todo esto? Me siento como si fuera un pájaro encerrado en una jaula y me privaran de libertad —responde un estresado Calvin, también por señas.

—Te veo muy nervioso, relájate, ¿qué te pone tan tenso?

—¿Tú me lo preguntas? Ya te habrás percatado que me sudan las manos. En primer lugar, no quiero ir con ella.

—Siempre que te alteras más de lo debido, te sudan las manos. No sé por qué te sucede en esta ocasión. Es una chica encantadora, pensé que te caía bien, además, te olvidas de una cosa, este viaje con ella será una vez, cuando regreses volverás solo a España.

—Tienes toda la razón, de hecho, ella no es el problema, sin embargo, no entraba en mis planes que viniera conmigo.

—Entiendo, si tanto te molesta díselo claramente, seguro que Meribeth lo comprenderá.

—Por si esto no era suficiente, dice hace un momento que esta será su primera ruta. Al oír eso, me ha entrado una mala leche que ni te imaginas.

—Da igual, tienes experiencia conduciendo la moto, no creo que sea tan grave.

—Hombre, habría preferido que al menos con anterioridad hubiera ido en moto por otros trayectos igual de largos. Esta ruta es de varios kilómetros y no sé cómo reaccionará.

—Ya te he dado la solución, dile que no quieres que vaya contigo y listo, eso sí, hazlo con delicadeza que tú eres muy sincero y a veces sueltas las palabras tal como las piensas, procura tener tacto.

—Fíjate que soy incapaz de negarme a que ella viaje conmigo. Me conoces bien, me quejo de algunas cosas antes de hacerlas y luego me arrepiento de mi comportamiento infantil cuando veo que está en mi mano hacer feliz a otra persona.

—Por esa razón eres mi mejor amigo, entre otras virtudes, eres muy generoso con los demás. —Imanol lo abraza con afecto.

—Tú eres como un hermano para mí —le responde Calvin al separarse de él tras ese cálido abrazo fraternal—. ¿Sabes qué sucede? Pues que a Meribeth la veo tan ilusionada que en el fondo me da pena, soy un sentimental.

—No se trata de sentimentalismos, sino de que eres buena persona y tienes un gran corazón pese a tener un fuerte temperamento.

—Gracias por tus palabras y tu buen consejo, Imanol. Estoy mejor, necesitaba desahogarme y soltar todo lo que pienso, por

supuesto no quería hacerlo delante de ella.

—Antes de salir del baño y reunirnos con los demás, quiero darte otro consejo, intenta ser paciente con Meribeth durante el viaje.

—Ufff, haré todo lo posible pero no te prometo nada, a veces soy demasiado sincero y se me da fatal mentir.

—Lo sé, por eso te lo digo, ahora ya que estás mejor, salgamos que los demás nos estarán extrañando.

—Estoy más tranquilo, sí, gracias una vez más.

Calvin e Imanol salen del baño y se dirigen hacia el reservado del pub donde se encuentra el resto del grupo. Han puesto la excusa de haber ido a refrescarse durante ese rato que han estado ausentes.

Justo entonces, unas cariñosas Mía e Inés se acercan a Calvin preocupadas, le dan un beso en los labios, primero una y después la otra. Todos conocen la especial amistad que hay entre ellas dos y Calvin, no les extraña las empalagosas caricias que han tenido las dos chicas hacia su amigo.

Cuando Meribeth le iba a preguntar cómo se encontraba, levantándose de su asiento y dirigiéndose hacia él, se ha quedado sentada al ver que las dos se habían adelantado para ir corriendo en dirección a Calvin, a la invitada no le ha pasado inadvertido el hecho de ver una actitud demasiado cariñosa entre los tres. Meribeth es muy observadora y no se ha perdido ningún detalle de ese caluroso y efusivo acercamiento. ¿Formarán Calvin, Mía e Inés, un trío amoroso? ¿O por el contrario serán solo amigos con derecho a roce? Son preguntas que ella se hace sin que nadie pueda leer su pensamiento.

En cualquier caso, ese hecho no debería molestarle, es bastante madura. Piensa que cada persona es libre de hacer lo que le dé la gana con su vida sin que nadie lo juzgue ni lo cuestione, pero se siente un poco dolida en su interior.

Capítulo 4



Últimos preparativos para el viaje

Son las ocho de la mañana de este soleado domingo. Hoy no ha sonado la alarma del teléfono móvil para despertarme, no quise ponerla para levantarme tarde y descansar todo el día antes de emprender mañana lunes el viaje a Croacia tenía previsto salir el martes, pero he decidido adelantarlo un día.

Anoche Meribeth y yo llegamos a casa sobre las tres de la madrugada, he dormido pocas horas.

Lo cierto es que sigo nervioso pensando en cómo irá todo a partir de mañana.

La velada de la noche anterior transcurrió con normalidad, fue muy entretenida. No bebí nada de alcohol, tengo muy claro que, si ingieres bebidas alcohólicas, no puedes conducir un vehículo bajo sus efectos, hubiera sido una locura coger el volante en ese estado.

Mis amigos y yo procuramos que Meribeth se sintiera cómoda en nuestra compañía, ella comentó que se divirtió mucho.

En el interior del pub hay una pequeña pista donde actúa un solista que canta temas de diferente género musical, descubrí que a mi invitada también le gusta el pop, el rock, así como escuchar música clásica, incluso latina. Con intención de ser amable, la invité a bailar cuando sonó una sensual bachata. Yo daba por hecho que me diría que no, no sé por qué pensé que no le gustarían este tipo de temas, aun así, me sorprendió, aceptando encantada y descubrí que sabe mover sus caderas con gracia, que es justo lo que requiere este baile tan sensual. Descubrí que su parte materna, que es española, la tiene muy presente en su vida.

También me he fijado que suele saludar con dos besos en las mejillas cuando ve a algún familiar, amigo o alguien conocido, igual que yo. La sangre española que corre por nuestras venas se percibe en algunas de nuestras costumbres propias de mi país, que es España. Por lo visto, le encanta bailar lo que se tercie.

Anoche estuvimos bailando juntos varios temas y descubrí que ella se movía al compás de la música. Considero que hay gente que no percibe la música como es debido, una cosa es mover los pies y el cuerpo con gracia mientras la escuchas, y otra muy distinta sentir que llega a todos tus sentidos mientras te dejas llevar por su sonido. Si el mismo baile lo requiere, te invita a mover las caderas con gracia y salero, Meribeth los tiene de sobra. Una chica divertida con la que mis amigos se lo pasaron en grande. Ella fue el centro de atención. Éramos una pareja muy compenetrada, musicalmente hablando.

Antes de irnos del pub, también estuve bailando con Mía e Inés un tema bastante romántico, se preocuparon mucho por mi cuando me vieron que fui al lavabo a lavarme la cara debido a mi enfado monumental y quería agradecérselo prestándoles atención a ellas también.

Entre mis amigos y yo tenemos un grupo de mensajes telefónicos, llamado «Los inseparables» en el que comentamos con frecuencia cualquier tema novedoso.

Como era de esperar, la protagonista en estos días es Meribeth a la que también quieren agregarla al grupo, del que soy administrador. De momento prefiero esperar, conocerla mejor antes de que entre a formar parte. Les cayó tan bien, que una vez que anoche se despidieron, invitándola a volver a Zaragoza en otra ocasión, los comentarios acerca de ella, en el grupo, no tardaron en llegar a mi celular tales como:

«Calvin tío, Meribeth es una mujer maravillosa que confía en ti, no la decepciones».

«Cuídala mucho, ¿ok? Considérala tu hermana y como tal, intenta protegerla».

«No seas malo y reprime tu carácter, esta chica es un ángel caído del cielo, irás bien acompañado».

«Tu viaje será muy ameno a su lado, es la mujer ideal para compartir contigo esta ruta. Disfrutad mucho».

No pretendo aburrirte con los mensajes que compartieron junto con emojis de simpatía, fuerza, guiño, corazoncitos y demás, imagina el cachondeo que tienen. En cierta manera los entiendo, de algo tienen que hablar, son bastante cotillas. He compartido algunos de esos mensajes para que te hagas una idea de sus comentarios, siempre los han hecho desde el respeto hacia Meribeth, como no podía ser de otra manera.

En el grupo todo son alabanzas hacia ella, las palabras de admiración provienen tanto de las chicas como de los chicos. Ellas, por lo que han comentado, han visto en Meribeth a una posible amiga digna de total confianza, del tipo de mujer a la que se lo puedes contar todo porque sabes que te guardará el secreto si se lo pides, lo cierto es que una chica discreta que cuenta con mi admiración. En cuanto a ellos, mi invitada les ha parecido una mujer que carece de orgullo, íntegra.

Anoche nos contó que es la presidenta de una asociación de animales sin hogar y está muy involucrada en este tema. Como todos «Los Inseparables» somos amantes de los animales, aplaudimos al saber este dato sobre ella.

Poco a poco voy descubriendo sus valores morales y hasta el presente, me gusta lo que veo. Coincido con mis amigos en su

primera impresión de Meribeth pese a que no somos nadie para opinar sobre ella. Supongo que estarás de acuerdo conmigo en el hecho de que al conocer a alguien solemos tener una primera impresión acerca de esa persona que tal vez, tiempo después, nos haga cambiar de opinión, y así lo he comentado también en el grupo.

A mí, en particular, me parece una mujer comprensiva, empática, con una paciencia inquebrantable y una dulzura que salta a la vista, creo que al final les voy a dar la razón, este viaje con Meribeth va a ser inolvidable.

En resumen, cada uno de los siete, me dio su consejo respecto a mi ruta hasta Split, el más importante de todos es que procure contener mi mal temperamento. Reconozco que lo tengo, y más cuando me enfado. En mi puesto de trabajo también me conocen, saben que soy discreto y me considero buena persona, pero mi mal humor es bastante conocido también.

—Buenos días, Meribeth, veo que tú también has madrugado. ¿Has dormido bien? Estoy preparando café —la saludo al verla ir hacia el servicio, lleva puesto un pijama de verano con corazoncitos de varios colores, que le queda fenomenal.

—Buenos días, he dormido como un tronco, en mi apartamento hay un vecino que vive en el piso superior y no sé qué hace cada mañana, que me despierto por el ruido y de mal humor.

—Por esa razón escogí un ático para vivir, a veces necesito descansar lo suficiente para concentrarme en mis proyectos de arquitectura.

—Yo cualquier día me mudo de casa, es muy estresante tener un vecino escandaloso.

—Una cosa, ¿te apetece desayunar o quieres que esperemos? —Le indico a mi invitada que he preparado de casi todo, ya que no sé lo que le gusta. En la mesa hay pan tostado recién hecho, mermelada de varios sabores frutales, mantequilla, jamón dulce, queso en lonchas, salchichón, cereales, cruasanes, galletas, y algunos dulces más de bollería hechos en una pastelería que hay al lado de casa. Soy muy goloso y también un cliente asiduo por sus deliciosos postres caseros que hoy he comprado para que los pruebe

Meribeth—. Tengo el supermercado a dos minutos, si te apetece algo en concreto, voy ahora mismo a buscarlo.

—Está todo perfecto. No puedo esperar más para probar ese delicioso café que huele de maravilla, prefiero tomármelo ya, si no te importa que esté en pijama, claro está. Tengo hambre, en cuanto desayunemos me iré directa a la ducha.

—Claro que no, estás en tu casa. Hoy prefiero quedarme aquí para preparar todo mi equipaje y dejar el piso recogido.

—Por supuesto, yo mientras tanto y como no he deshecho mi maleta, iré a dar un paseo matutino por Zaragoza.

—Bien hecho, me sabe mal no acompañarte, pero es que no quiero dejarme nada, pretendo estar tres meses fuera y no me gustaría olvidarme de algo importante.

—No te preocupes por mí, esta tarde también prepararé mi ropa, no llevo mucha, por suerte. Lo que no quepa en mi maleta, lo dejo aquí si te parece bien. Ayer hablé con tu madre y me la enviará a Edimburgo. —Intento no dar importancia a ese comentario, como no podía ser menos, mamá también se ha inmiscuido en este tema. Procuro no enfadarme esta vez, tengo que estar relajado para mañana y pienso mantener la calma.

—Por mí bien, de todas maneras, intenta llevarte lo máximo posible, la ropa de verano no pesa mucho y la puedes necesitar allí —sugiero con una amplia sonrisa.

—Gracias una vez más, si necesito algo, una vez establecida en Croacia, mamá me lo enviará. ¿Ya tienes toda la ruta planificada?

—Desde hace días, soy muy organizado, me gusta prepararlo todo con antelación.

—¿Y por dónde comenzamos? —pregunta con interés.

—Si me lo permites, «*small apricot*» y ya que me porté contigo fatal durante nuestra infancia, quiero compensarte sorprendiéndote con los diferentes destinos de esta ruta.

—Me dejas muy asombrada, no me puedo creer que te hayas acordado del mote que me pusiste.

—Por supuesto, tengo buena memoria. Es más, si cierro los ojos, veo a aquella preciosa niña pelirroja, con pecas en el rostro y a la que herí varias veces con mis palabras, disculpa —digo arrepentido.

—No hace falta que me pidas perdón, éramos dos niños por entonces.

—Nunca tuve intención de hacerte ningún daño, fui un bocazas que siempre estaba enfadado, tenía complejos debido a mi sobrepeso y lo pagué contigo. Eres tan buena persona que nunca me delataste ante nuestros padres.

—Aquello se quedó atrás.

—Te aseguro que nunca olvidaré que tú fuiste la única niña, de las que conocí, que no se metió conmigo al tener unos kilos de más.

—Hubiera sido muy cruel por mi parte burlarme de ti, además, siempre he pensado que el peso y la estatura de una persona no lo define, lo importante es que tenga un buen corazón.

—Sí, yo opino lo mismo, reconozco que en mi infancia y posteriormente en mi adolescencia, debí valorarte más. En vez de eso, cada vez que te veía, me metía contigo o te ignoraba. Sé que el pasado no se puede cambiar, pero quiero agradecerte todo lo que callaste por mí.

—¿A qué viene recordar hoy nuestra infancia? Creo que deberíamos hablar del viaje de mañana.

—Tienes razón, olvidé que debo seguir preparando mis cosas, ¿te cuento un secreto? Odio hacer el equipaje.

—A mí me pasa igual, ja, ja, ja. —Al verla reír, me contagia su buen humor y termino riendo yo también—. Te ayudo a recoger la mesa, después me ducharé, y al vestirme me iré a dar una vuelta —me dice al levantarse de la silla.

Sin pretenderlo, mis ojos se van directos a los suyos, veo franqueza, decisión, poderío, autoconfianza, aparte de una personalidad arrolladora. Su visita ha alegrado cada rincón de mi hogar, llenándola con su fresca fragancia floral y su buena energía positiva. Tal vez te sorprenda esta afirmación, pero es la verdad, igual que Meribeth, también tengo mi casa decorada con la técnica del Feng Shui, de la que habrás oído hablar alguna vez, suelo aplicarla en casa para estar rodeado de la máxima energía positiva que sea posible, aunque también procuro alejar de mi vida a la gente que transmite energía negativa.

—Disfruta mucho, hay un bus turístico que recorre la ciudad.

—Volveré pronto, hoy te invito a comer. Eres muy buen anfitrión, me siento cómoda en tu casa, aparte que ya te comenté que suelo fijarme mucho en la decoración. Enseguida que entré por la puerta, percibí la buena armonía que hay entre estas cuatro paredes.

—Gracias, es importante para el bienestar, a nivel personal me refiero. Cambiando de tema, luego tenía pensado ir a despedirme de mis padres, pero no será posible. Sé que tú tampoco vas a poder verlos, se han hecho el test de coronavirus y han dado positivo.

—Lo sé por tu madre, me ha enviado un mensaje para pedirme que les hagamos una videollamada esta tarde y así nos vemos, aunque sea a través de la pantalla del móvil.

—De hecho, yo quería ir a su casa igualmente, poniéndome una mascarilla en la boca, claro está, pero ella y mi padre me han disuadido para que no lo haga, no se fían de que los veamos, dicen que podían contagiarnos el virus.

—Con la debida protección, no hay ningún riesgo, es una lástima que no podamos verlos.

—Conozco a mis padres y sé que se sentirían culpables si no pudiéramos ir mañana a Croacia por haberlo contraído.

—Me lo imagino, son maravillosos. Por cierto, no hemos hablado de los gastos del viaje, propongo hacer un bote común a partir de mañana. Para empezar, podemos poner la cantidad que te parezca, ¿doscientos euros por persona estaría bien?

—Pues no es mala idea, bien pensado. En vez de pagar cada uno lo nuestro cada vez que hagamos una parada en algún lugar, o de invitar el uno al otro, podemos ir pagando todos los gastos de dicho bote.

—Sí, incluida la gasolina de la moto. ¿Sabes? Me hace ilusión hacer esta ruta con un motero tan experimentado como tú. —Su cálida voz pronunciando esas palabras de admiración, me dejan descolocado. Mirándome a los ojos, creo percibir un brillo especial en su mirada. Sé que comienzo a ser su amigo, sin embargo, por un instante observo su rubor al expresarlas, me gusta ver sus prominentes pómulos rosados. Es tan encantadora, que sigo viendo en ella a aquella preciosa niña que solía llevar dos coletas en su

cabello e intentaba jugar conmigo cuando éramos pequeños, la que rechacé tantas veces.

—Vete ya a dar una vuelta, si continúas hablándome de esta manera, engordaré tanto que no podré ponerme mi ropa.

—Si te mereces un cumplido, no me voy a callar, solo te he dicho la verdad.

—¡Eres una chica increíble! Acepto tu invitación a comer, conozco un restaurante que te va a encantar, eso sí, pagamos a medias si no te importa.

—De eso nada y te ruego que no insistas en pagar tú la cuenta porque me voy a negar, hablamos luego. —Meribeth coge su bolso y sale por la puerta, mientras, yo sigo haciendo la maleta y ordenando la casa. Como solo debo llevar ropa de verano, el equipaje es más ligero.

Intento llevar el menor peso posible, ya que, al ir dos personas en la moto, sé que no debería sobrepasar el límite de carga estipulado, eso al menos es lo que procuro hacer.

Al mediodía, quedo con ella en el restaurante y pasamos unas horas muy entretenidas, por nada del mundo ha permitido que yo me haga cargo de la cuenta, he dejado que sea ella quien la pague, al fin y al cabo, estamos en igualdad de condiciones y no pretendía que se sintiera ofendida con mi negativa. Después de comer, nos dirigimos a mi casa y hablamos por videollamada con nuestros respectivos padres, primero con los de Meribeth y más tarde con los míos.

—Chicos, tened cuidado, sabemos que ambos sois adultos y no deberíamos entrometernos, pero nunca viene mal un consejo —comenta Keyla, es una mujer estupenda. Yo no soy padre y en cierto modo la entiendo, no obstante, mi madre es igual que ella, las dos aman a sus hijos y se preocupan por nosotros.

Por su parte, Alexander también ha querido dedicarnos unas palabras, varias veces nos ha deseado que vivamos esta ruta a tope, los dos me han demostrado que confían en mí ya que han reiterado que su hija no podía hacer este viaje con nadie mejor que yo, me he sentido halagado al escucharlos, por supuesto les he dado las gracias.

—Meribeth, preciosa, este viaje será para vosotros muy especial ya que sois amigos y os lleváis muy bien, disfrutadlo mucho e id informándonos de vuestro trayecto. Calvin no ha querido decirme nada sobre el itinerario así que tendremos que ir sabiéndolo sobre la marcha, nunca mejor dicho. —Mi madre también aporta su granito de arena en esta aventura, pese a ponerme a veces de los nervios, en parte la comprendo, como he mencionado antes.

A su lado está mi padre, que nos pide a Meribeth y a mí que le llamemos si tenemos algún problema. Tanto Alexander como papá, tienen buenos clientes por varios lugares del mundo, debido a su negocio. Han comentado que, si tuviéramos algún contratiempo en carretera, están seguros de que alguno nos ayudaría en lo que hiciera falta.

Tanto unos como otros, nos desean un buen viaje y nos piden que les vayamos informando de cómo estamos.

Ayer por la tarde, y por insistencia de mis amigos, agregamos a Meribeth al grupo de WhatsApp, «Los Inseparables» porque así nos consideramos. Amigos que comparten sus inquietudes como también las alegrías y las penas. Todos los miembros, le dieron la bienvenida con cariño.

Estamos encantados con ella, antes de formar parte del grupo, no solíamos darnos las buenas noches ni desearnos los buenos días por mensaje, pero desde que Meribeth está en el grupo, ha cambiado todo. Los mensajes son muy frecuentes, menos mal que tengo silenciadas las notificaciones porque, de lo contrario, mi móvil estaría sonando todo el día.

Tanto ella como nuestro viaje a Croacia, son el tema principal. Cada día nos dedicamos unas simples palabras con graciosos emoticonos, la chica ha sido como un golpe de aire fresco que nos ha renovado la energía, ya que últimamente todos los miembros del grupo, estábamos cabizbajos debido a nuestros problemas.

Yo, en particular, estaba muy agobiado por el exceso de trabajo, por querer abarcar más de lo que podía. Comencé a tener episodios de ansiedad y mi médico me sugirió que me tomara unas largas vacaciones, por esa razón decidí parar mi actividad en los próximos tres meses.

La arquitectura es muy enriquecedora a nivel personal pese a ser estresante en ocasiones. Soy bastante perfeccionista en todo lo que hago y me cuesta admitir que puede haber inconvenientes y complicaciones inesperadas como sucede en cualquier empleo.

Por otro lado, mis amigos tampoco han pasado por su mejor racha, han tenido que lidiar con algún que otro despido, problemas económicos, ruptura de pareja, pérdida de algún familiar, entre otras cuestiones que son normales en cualquier persona de nuestro entorno. Es curioso, si nos paramos a observar a la gente de nuestro alrededor, siempre hay alguien que, por una razón u otra, está atravesando un bache en su vida cotidiana.

***

Al sonar la alarma, a las cinco de la mañana, ya estoy despierto. Apenas he dormido pensando en el viaje de hoy, día 5 de julio. Me levanto en un santiamén, voy directo al lavabo y después a la ducha. Una vez seco y vestido, abro la ventana de mi habitación y voy a la cocina para preparar el desayuno. Meribeth también aparece tras diez minutos, después de levantarse y ducharse, lleva puesta la ropa ideal que se ha comprado para subir a mi moto, el pantalón le queda perfecto, y no me extraña, ya que tiene unas bonitas piernas.

—Buenos días, por lo que veo ya estás lista para iniciar la ruta, ¿has dormido bien? —lanzo esa pregunta mientras sirvo el café con leche en las tazas, la mesa ya está preparada con varias cosas para comer.

—Hola, Calvin, la cama es muy cómoda, ya te lo comenté, sin embargo, a las tres de la madrugada estaba despierta. Siempre que viajo a algún lugar me pasa lo mismo, me desvelo por lo que sea, una vez que abro los ojos no logro retomar el sueño.

—Yo igual, apenas he dormido —le comento sin pretender que mis palabras suenen a victimismo.

—¿Quieres que retrasemos el viaje un par de días y descansas? Hasta el viernes no tengo que presentarme en mi puesto de trabajo, no tengo prisa —me pregunta con interés, es tan detallista que me causa una ternura inexplicable.

—Para nada, nos vamos hoy, ya descansaré a la noche en el hotel —respondo, intentando que mi voz suene convincente, no me

gustaría posponer el viaje ni fastidiar sus planes, si no es por causas mayores que me impidan conducir.

—Como prefieras, sigues sin decirme dónde nos hospedaremos, pero lo dejo en tus manos. Me gustan las sorpresas.

—Gracias por confiar en mí —le digo pasada media hora en la que hemos desayunado bien. Si te parece, recojo todo esto, nos ponemos la chaqueta, cogemos el casco, los guantes y nos vamos.

—Sí, te ayudo. Dame dos minutos, antes de irnos quiero lavarme los dientes, odio comer algo y no pasarme el cepillo y el hilo cuanto antes.

—Claro, faltaría más, de hecho, yo también lo haré, soy muy escrupuloso. Me gusta tener una buena higiene dental.

***

A las seis de la mañana, Meribeth y yo estamos listos para hacer esa esperada ruta hacia Croacia. Hay bastantes kilómetros por delante y, sin embargo, no me importa recorrerlos. Su equipaje y el mío, ya está guardado en las magníficas maletas laterales de aluminio de la moto.

En el *parking*, antes de subir a mi precioso vehículo de dos ruedas, el cual a mi acompañante le gustó mucho, cojo mi teléfono móvil para hacernos un *selfie* antes de ponernos los guantes y el casco. En este preciso momento, al estar ella tan cerca de mí, me embriaga con su penetrante perfume floral que invade mis fosas nasales.

La miro a los ojos, seguidamente a sus labios y siento el deseo de besarla, no obstante, una voz interior, algo parecido a la voz de la prudencia, me frena. Me siento atraído por ella, no lo puedo evitar, ¿desde cuándo? No lo sé, tal vez desde siempre, no podría responder con certeza.

En cambio, temo que, si hago algo que ella no desea, desaparecerá la magia que hay entre los dos. No quiero que rompamos nuestra amistad por un impulso propio de mi personalidad, a veces he actuado según mis impulsos y no me ha ido demasiado bien. Tengo muy claro que debo ser precavido y prudente, sobre todo procuraré controlarme para que ella no se sienta incómoda en mi presencia.

Al capturar la imagen de este instante tan especial, antes de nuestra aventura juntos, subo a la moto con el equipo completo de protección.

—¿Preparada? —pregunto antes de poner la moto en marcha.

—Estoy lista, cuando quieras nos vamos —contesta poniéndose los guantes y el casco.

Sube y se sienta como debe, agarrándose al asidero. Es la primera ruta que hace mi copiloto, sin embargo, no es la primera vez que va en moto y sabe qué postura debe adoptar.

Capítulo 5



De ruta hacia Croacia

A medida que avanzan por la carretera N2, disfrutan viendo el paisaje. Meribeth se siente en las nubes, y no porque esté despistada, como podríamos decir en sentido metafórico, sino porque tiene muy claro lo que siempre ha sentido hacia él.

No es solo una buena amistad, sino que hay un sentimiento más profundo en su corazón que nadie conoce.

Él es su amor imposible que procura mantener en el más absoluto secreto. El chico con el que sintió la chispa por primera vez.

Dicen que, para una niña, su padre es el héroe ideal y el único al que admira desde pequeña, ella adora al suyo, sin embargo, su hombre perfecto, siempre ha sido y será Calvin.

Cuando era una niña, pese a meterse con ella y llamarla «*small apricot*» tanto en inglés como en castellano, con lo que ella se

disgustaba, intentó justificarlo, aunque llegó a no tolerar su compañía.

Aún recuerda las veces en las que su madre le decía que habían quedado para verse con sus amigos de Escocia, los padres de Calvin. Ella deseaba escaquearse con alguna excusa para no acompañarlos a los eventos amistosos entre las dos familias, sin embargo, nunca pudo hacerlo. Keyla es insistente y no podía negarse.

A solas en su habitación, procuraba excusar al hijo de Teresa por su mala conducta y terminaba por perdonarlo sin haber expresado él ni una sola palabra de arrepentimiento.

Años más tarde, aquella chica que fue comenzó a madurar, cada vez que veía a Calvin, notaba que sentía algo fuerte por él. Es tan buena actriz que ha disimulado siempre para que nadie lo note. Siendo muy joven, con catorce años, se enamoró de aquel chico guapo y atractivo en su adolescencia.

Sus amigas lo vieron una sola vez, cuando ambos paseaban junto a sus padres por Edimburgo, e intentaron que Meribeth les diera el número de teléfono de Calvin, sin éxito. Ella no quería que ninguna intentara ligar con él, de hecho, no salía con sus amigas durante los días que la familia Connor los visitaba en Escocia. Esos días procuraba estar el mayor tiempo posible junto a él. No es celosa pero siempre ha considerado a Calvin como un hombre muy especial en su vida y jamás ha querido que lo sea para alguien más.

Al conocer a Blake, sintió algún sentimiento parecido al amor, a su manera fue feliz a su lado y en cierto modo le hacía olvidar a Calvin.

Intentó por todos los medios impedir que el hijo de Teresa, la mejor amiga de su madre estuviera tan presente tanto en su cabeza como en el corazón, ya que consideraba que era una locura estar enamorada de un chico que vive a bastantes kilómetros de Escocia y, además, nunca fue correspondida.

Cuando Blake se enamoró de otra mujer y rompió su relación con ella, Meribeth se sintió dolida por su orgullo femenino, aunque no tanto como debería estar.

En cierta manera lo entendía, nunca pudo entregarse a él de la forma en la que hubiera deseado. Le gustaba Blake, era bastante

guapo y buena persona, disfrutaba sexualmente junto a él, pero le faltó sentir las mariposas en el estómago, la conexión indispensable para estar junto a alguien, la química que debían tener como pareja, sin embargo, no hubo nada de eso, ya que seguía obsesionada con Calvin. Era el adonis de sus sueños.

Siempre ha presumido de ser sincera y no lo ha sido con él respecto a sus sentimientos. Solo pretende utilizar sus armas de mujer antes de darse por vencida. Cree que jamás es tarde para cambiar el rumbo del destino. Vale la pena intentar conquistarlo, él es el hombre ideal con el que sueña tener a su lado. Si bien es cierto que le atrae mucho, lo que más le gusta de él, es su bondad.

El pequeño rebelde que fue cuando era pequeño cambió por completo y se convirtió en un chico extrovertido del cual se enamoró perdidamente.

Al quedarse sin empleo y días después de producirse la ruptura de su relación sentimental, ella necesitaba un cambio de aires y ¿cuál era el lugar ideal de todo el planeta para hacerlo? Pronto obtuvo la respuesta a su pregunta, Zaragoza, ciudad española por la que el río Ebro sigue su cauce hasta desembocar en el mar Mediterráneo, y lo más importante, en esta maravillosa ciudad, estaba Calvin.

Supuso que él le haría olvidarse de todo con solo ver su rostro. No solo necesitaba huir de Escocia durante unos días, sino también estar cerca de él. Ella es feliz si Calvin lo es, aunque no puedan serlo juntos. Nunca se ha atrevido a confesarle lo que siente, se conforma con su amistad que considera que es valiosa. Cuando supo que él iba de vacaciones a Croacia, sintió que *el tren de las oportunidades* pasa solo una vez y debía subir a ese vagón. Ese viaje junto a él es un sueño hecho realidad, por esa razón está en el mejor lugar que podría soñar.

Está tan absorta en sus pensamientos, que cuando se da cuenta, Calvin para la moto para repostar en un área de servicio.

—Hora de bajarse a estirar las piernas, llevamos dos horas en la moto y nos merecemos un descanso, vamos a tomar un café antes de proseguir, ¿te parece bien? —pregunta el conductor al estacionar el vehículo en una plaza de aparcamiento.

—Y tanto que sí, además, necesito ir al baño —contesta muy apurada.

—¿No lo podías haber dicho antes? Creo que hay suficiente confianza entre nosotros para pedirme lo que quieras.

—Solo intento no ser una pasajera tocanarices. Por cierto, ¿a cuánto estamos de nuestro primer destino?

—No tenemos prisa, como bien has dicho, hasta el viernes hay tiempo y quiero visitar contigo algunas ciudades. He calculado bien la ruta para poder hacer varias paradas. Cuando necesites ir al servicio, paro la moto en cualquier gasolinera. En cuanto al primer lugar al que iremos, estamos a una hora de distancia.

—Sigo sin saber cuál es —comenta Meribeth mientras los preparan en el bar un café con leche a cada uno, acompañado de un plato de cruasanes pequeños de varios sabores.

—Yo había pensado jugar contigo a las adivinanzas, darte pistas para saber hacia dónde nos dirigimos. Vas a jugar con cierta ventaja, eres guía turístico y enseguida lo adivinarás.

—Ponme a prueba —le retó ella.

—¿Si yo te dijera, que vamos hacia una ciudad que me fascina y en la cual comeremos una mariscada en un restaurante del Puerto Olímpico, con vistas al mar?

—Esta es fácil, pues te diría que nos dirigimos a Barcelona. Una vez te oí decir que es de tus ciudades preferidas.

—Barcelona tiene un encanto especial, incluso hace un tiempo, me planteé vivir allí.

—No me extraña, sé que Aitana vive en un piso céntrico, al lado de Plaza Cataluña.

—¿Sabías que trabaja en la Ciudad Condal como profesora de música?

—Sí, la otra noche en el pub, fuimos juntas al baño y me lo dijo. Me comentó que va a Zaragoza muy a menudo porque sus padres son de ahí.

—Y buenas personas, por cierto. Lo que comentas del lavabo, ya que lo mencionas, nunca entenderé por qué las chicas soléis ir juntas al servicio.

—Es una anécdota curiosa, el hecho de preguntarnos unas a otras si necesitamos ir cuando estamos reunidas, puede parecer raro a simple vista, te doy la razón, no obstante, nuestro comportamiento tiene su significado.

—¿Cuál es la explicación? No digo que lo hagáis todas ya que no me gusta generalizar, pero sí la mayoría de las mujeres.

—No tiene ningún misterio. Lo solemos hacer para comentar algo a solas en ese pequeño espacio, para prestarnos maquillaje, o bien para sujetarnos el bolso la una a la otra mientras entramos al lavabo en cuestión. Los tíos lo tenéis más fácil.

—Eso sin mencionar lo incómodo que resulta para vosotras si los servicios son pequeños.

—Ni te lo imaginas, ponte por un momento en mi lugar. Hace un instante, te he dejado mi bolso por si me encontraba en apuros al entrar al lavabo. Con una mano, si no hubiera habido un cerrojo en la puerta, habría tenido que hacer presión mientras hacía mis necesidades fisiológicas, es bastante molesto que intenten abrirla desde fuera una vez que yo estoy dentro.

—Ufff, debe ser una postura incómoda. —A Calvin, casi se le escapa una carcajada, al final empatiza tanto con Meribeth en ese momento, que se cohíbe sin soltar la risa y opta por seguir escuchándola.

—Aún hay más, sigue imaginando, me encuentro en el baño, una vez que tengo la puerta cerrada debo coger el papel higiénico para limpiarme, a veces hay sorpresas, no está donde debería o se ha acabado, total que yo suelo llevar mi propio rollo para estos apuros. Resumiendo, si hay alguna otra mujer que conozcas, al otro lado de la puerta, nos sujetamos el bolso entre nosotras y si no hay cerrojo, vigilamos que no entre nadie en el mismo servicio que ocupamos —concluye Meribeth, lo explica todo con tanta naturalidad, que Calvin la mira embelesado sin interrumpirla.

Ella intenta hablar con él sobre cualquier tema, como si fueran una pareja normal, solo que comienzan a ser unos buenos amigos que comparten una aventura por carretera. Le encanta escucharla. No pueden controlar las carcajadas, comentando entre ellos el

curioso tema, tan fuera de lugar, que han escogido para su primer día de ruta. Continúan hablando de Barcelona.

Al salir del bar donde han desayunado, cuando se disponen a ir al *parking* para subir a la moto y reanudar la marcha, comienza a llover. El suelo de la calzada está resbaladizo debido al agua y a la grasa que hay en el asfalto. Antes de subir a la moto, Meribeth resbala y casi cae al suelo. Calvin, que ya estaba a punto de poner en marcha su vehículo, la coge rápidamente por la cintura para evitar que se caiga.

Están tan cerca el uno del otro, y es un momento tan especial, que esta vez, Calvin no se echa para atrás y sigue sus impulsos. Su «pequeño albaricoque», como la llama desde que eran unos niños, es tan seductora y bonita, que le resulta imposible controlarse. No se para a pensar en las consecuencias de sus actos, ni en la importancia que puede tener ese acercamiento.

Mirándola a los ojos, no puede resistirse, la besa en los labios. A ella la ha pillado tan desprevenida, que, por unos segundos, se queda bloqueada y sin saber qué hacer. Había soñado tanto con ese beso, que le parece mentira que su sueño se esté haciendo realidad. En los fuertes brazos de Calvin, se siente tan bien, que le corresponde a su vez. Es un beso largo y apasionado que los dos desean. Al separarse, él dice unas palabras que a Meribeth la dejan estupefacta.

—Perdóname, no tenía previsto que pasara esto, este beso ha sido un error —Calvin se disculpa abochornado.

—No te preocupes, ha sido un beso sin importancia. Ahora me gustaría que me dejaras subir a la moto, gracias por sujetarme. Si no llega a ser por ti, me hubiera caído al suelo.

—¿Te duele algo? —pregunta preocupado.

—No, estoy bien, sigamos la ruta —miente con descaro Meribeth, pese a que él no sea consciente de los sentimientos que despierta en ella.

Está dolida por su actitud, sabe que Calvin es respetuoso, sin embargo, está decepcionada. Tiene un cabreo monumental, sobre todo con ella misma que ha sucumbido al guapo de Calvin sabiendo que no es correspondida.

Durante los segundos que sus labios se unieron, ella tenía la esperanza de que entre ambos hubiera nacido una bonita historia de amor. Cuando él le ha preguntado si le dolía algo, ha estado a punto de decirle que, en efecto, pero no a causa del resbalón, sino por razones que él no entendería en ese momento.

Le ha dolido el corazón tan fuerte, que aún tiene el nudo en la garganta por reprimir las lágrimas, pero se controla para no derramarlas en su presencia.

Ese beso no ha sido un simple beso, para ella significaba que la química había surgido, por lo visto se equivocó. Tiene la impresión de ser una marioneta en las manos de Calvin y él es quien maneja los hilos a su antojo. Quiere evitar a toda costa que nadie, ni siquiera el hijo de Teresa, juegue con sus sentimientos. Aprendió a valorarse como mujer.

Se define a sí misma como una mujer paciente, pero no estúpida para dejarse manipular. Es como un torbellino, cuando alguien le hace enfadar, se inquieta por la razón que sea.

A medida que la moto va en dirección a Barcelona, Meribeth recapacita sobre lo que ha pasado. Confía en que ese beso sea el primero de los que puedan producirse más adelante.

Por el momento, piensa disfrutar del viaje por carretera mientras Calvin y ella descubren nuevos lugares.

Una vez en Barcelona, después de una hora y pico de viaje, hacen una nueva parada en la playa de la Barceloneta, en el Puerto Olímpico.

—Espero que estés disfrutando —comenta Calvin al bajarse de la moto, después de quitarse el casco.

—Pues claro, igual que tú, yo también prefiero conducir mi coche por carreteras nacionales en lugar de por autovía o autopista, el paisaje es diferente.

—Sí, no tiene nada que ver, por cierto, ¿habías estado en Barcelona?

—Hace un par de años vine con una amiga, aquella semana nos alojamos en un hotel de Diagonal. Nos encantó esta ciudad.

—¿Estuvisteis en la marisquería «El cangrejo azul»? Está a pocos metros de aquí, si te parece bien comemos allí antes de proseguir.

Los platos son deliciosos.

—No, y lo cierto es que he oído hablar muy bien de ese local.

—Suele estar muy concurrido, tienen varios menús y muy sabrosos, aunque para mi gusto, lo mejor es el marisco fresco que sirven, por esa razón hice ayer la reserva.

—Veo que compartimos algunos gustos culinarios, me encanta disfrutar de una buena mariscada, se me hace la boca agua con solo pensarlo.

—Pues allá vamos, te sorprenderás.

Al entrar al restaurante, de cinco tenedores, tienen una mesa reservada a nombre de Calvin, en la mejor zona de la sala, con unas impresionantes vistas al mar. Nada más sentarse, el camarero les lleva las cartas de vinos y los platos que sirven. Ambos coinciden en pedir un vino blanco fresco, sin alcohol, recomendado por el chef del restaurante. Para comer, piden un entrante para compartir a base de un plato de gambas con ajillo, otro de almejas y otro más de chipirones. Seguidamente, una bandeja grande en la que les sirven la mariscada que han pedido.

La comida es tan exquisita, que quedan bastante satisfechos. Ninguno se ha atrevido a pedir los postres.

—Madre mía, en mi vida había comido un marisco tan rico, ¡qué vergüenza! No hemos dejado nada en la bandeja. —Meribeth ha disfrutado mucho mientras devoraba la comida.

—Sabía que te iba a gustar. Siempre que vengo a Barcelona, procuro visitar este local, es como una tradición para mí. Si hubiéramos pedido los postres, ten por seguro que no habríamos podido levantarnos de la silla, tendríamos el estómago superlleno, los hacen caseros, están riquísimos.

—¿Más todavía? Porque tengo la sensación de que voy a explotar, fíjate que por normal general procuro comer poco pan para mantener la línea, pero hoy he hecho una excepción.

—Esa sí que es buena, pues te advierto que iremos parando en varios sitios que me han recomendado y se come igual de bien, aunque no sea marisco.

—¿Has pedido opinión a alguien en concreto?

—No me ha hecho falta, como he ido hablando con otras personas acerca de este viaje, me han sugerido los sitios donde podía hacer cualquier cosa. Los moteros, solemos recomendarnos entre nosotros los lugares que nos han gustado, ya sean rutas, restaurantes para comer, alojamientos y tiendas.

—Es admirable que haya esa conexión entre vosotros.

—Lo cierto es que sí. Desde que me agregaron a un grupo de WhatsApp, en el que hay gente tan aficionada a las motos como yo, pese a ser algunos de ellos unos desconocidos para mí, estoy descubriendo un mundo completamente distinto. Es sorprendente que, por norma general, nos ayudemos unos a otros.

—Sois algo así como una hermandad. Una vez vi un documental en la televisión que hacía referencia a esto. Me llamó la atención que, si alguien necesita ayuda, circulando por carretera, un motero acude enseguida a ayudarle.

—En efecto, la solidaridad y el compañerismo nunca faltan. Espero que no tenga que comprobarlo ninguna vez, a ser yo el que los necesite.

—Cambiando de tema, aún no me has dicho dónde piensas vivir los próximos tres meses. —Meribeth tiene curiosidad.

—Es cierto. Me alojaré en Split, concretamente en un barrio antiguo de la ciudad, Veri Varos.

—¡Ohhh, qué maravilla! Siempre he soñado con vivir cerca de la playa.

—Por eso estuve buscando una casa de Croacia en la que pueda relajarme los tres próximos meses. Podía haberla alquilado dentro de las murallas del palacio de Diocleciano, pero opté por esta zona.

—Yo también hubiera hecho lo mismo, una amiga mía visitó el palacio de Split cuando fue un verano de vacaciones y me contó toda su historia.

—Supongo que al trabajar de guía podrás explicársela a los turistas.

—Tendré que conocerla mejor antes de informar como es debido.

—Imanol me contó que, en su visita a ese palacio, el guía explicó que Diocleciano, un emperador romano, fue quien mandó construirlo.

—Volviendo a Veri Varos, ¿has alquilado, una casa o un piso?

—Me daba igual, estuve buscando y encontré una casa que está situada a cien metros del famoso palacio y el paseo marítimo. Me gustan las edificaciones de piedra y vi ésta en concreto, que se adapta a mis preferencias.

—Es comprensible, al fin y al cabo, vas a estar un tiempo y lo suyo es que te sientas cómodo en tu nueva vivienda.

—Como es lógico, de momento solo la he visto por fotos, gracias a que el propietario me las envió por correo electrónico.

—¿Y es grande, o qué?

—Está bastante bien. Dispone de dos amplios dormitorios, dos baños completos, sala de estar con cocina y todo el equipamiento y mobiliario que necesito. La casa tiene un pequeño jardín que está muy bien cuidado. También tendré garaje privado para aparcar mi moto.

—Yo también tendré que buscar donde hospedarme, una vez que llegue. Supongo que la empresa que me contrata me proporcionará el alojamiento.

—No te preocupes, seguro que no tendrás ningún problema.

—Eso espero, si no me da algo. A ver qué me encuentro al llegar. No quiero dar muchas vueltas al tema. Supongo que pronto emprendemos la marcha, antes voy al baño.

—Sí, mientras pago la cuenta, te espero fuera.

—¿Cuál es nuestro próximo destino?

—Aún tenemos unos cuantos kilómetros por delante. Te comenté que iría dando pistas en el juego de las adivinanzas, allá voy, ¿qué ciudad francesa tiene el puerto comercial más importante de todo el país?

—Vale, acepto seguir jugando, parecemos dos niños pequeños, ja, ja, ja. Eres muy gracioso, Calvin Connor. Se te olvida que también he estudiado geografía, pero si te hace ilusión hacerme preguntas, allá tú. Vamos a Marsella.

—Allí nos dirigimos, sí. De acuerdo, admito que este juego es infantil, incluso puede darte la impresión de que somos dos tontos en apuros.

—Yo no he dicho tal cosa, pero reconoce que el juego de las preguntitas es una chorrada. —Meribeth suelta una sonora carcajada, disfruta mofándose con él, es muy intuitiva y tiene la impresión de que Calvin no es un hombre que acepte muchas bromas. Le resulta tan guapo cuando se enfada, que intenta cabrearlo cada vez más por el simple hecho de ver cómo se arquean sus cejas, gesto que la vuelve loca.

—Tal vez te moleste responder, sin embargo, me gusta crear un ambiente infantil de vez en cuando. Nunca debemos permitir que el niño de nuestro interior desaparezca por completo.

—Calvin, hace mucho tiempo que dejé de ser una niña, ¿acaso no lo has notado ya? —Se acerca a él coqueteando y guiñando un ojo.

—Yo tampoco soy un niño, ¿quieres qué te lo demuestre? —responde con firmeza. La atrae hacia sí con intención de volver a besarla. Sigue enfadado, aunque piensa que, si Meribeth quiere jugar, la va a complacer. Él también está dispuesto a seguir su juego de seducción.

—No, gracias, sigamos la ruta —responde ella apartándose de él, antes de ponerse el casco para subir a la moto y reanudar la marcha. Calvin le sonríe, poniéndola nerviosa, en ese momento lo hubiera estrangulado.

El trayecto hacia Marsella ha sido silencioso, han hecho tres o cuatro paradas desde Barcelona hasta la ciudad francesa y apenas se han dirigido la palabra. Son dos personas obstinadas que quieren tener la razón a toda costa. Él se siente ofendido porque la chica lo ha tratado como a un niño, por su parte, Meribeth también está iracunda y apenas habla con él. Siempre ha sido muy bromista y no entiende cómo Calvin no tiene sentido del humor. Por una parte, está deseando llegar a Croacia, sin embargo, por otro lado, desearía que el reloj no marcara las horas para que el tiempo a su lado fuera eterno.

Le encanta su personalidad, es un hombre con carisma que tiene un lado inocente como un niño y otro endemoniado como un diablillo y Meribeth no sabe cuál ama más. Cree que todas las personas tenemos una parte angelical y otra que es todo lo

contrario, tanto una como la otra, se deja entrever en algunas situaciones inesperadas. Le resulta imposible no acercarse a él, acariciarlo y a su vez sentirse protegida en sus brazos.

La tensión sexual entre ellos sería visible para cualquiera, sus ojos desprenden chispas cuando se miran.

A veces se siente desdichada, toda su vida se ha centrado en un amor no correspondido, tiene la impresión de haber tenido mala suerte en su vida amorosa. Ella podría ser una de tantas personas que visitan el museo de las relaciones rotas que se encuentra en Zagreb, de hecho, se ha propuesto ir para ver los objetos de exparejas que fueron felices por un tiempo. Por lo visto, al separarse depositan allí algunos objetos personales de la relación que terminó fracasando. Ella no llevaría ninguno si viviera en Croacia, todos los regalos de Blake los guarda en una caja, y no porque le importe conservarlos, sino porque piensa que él puede pedírselos algún día, considera que está en su derecho reclamarlos.

Capítulo 6



La vida te da sorpresas

Son las ocho de la tarde cuando aparco la moto en el *parking* subterráneo de un hotel de Marsella. Meribeth y yo nos apeamos y cogemos las maletas que vamos a subir a las habitaciones del hotel. Me ofrezco a ayudarla con la suya, no me deja, insiste en llevarla ella. Es testaruda la verdad, yo lo hacía por ser amable, pero da igual, allá ella.

Estoy bastante enfadado, en Barcelona me ha hecho la cobra justo cuando pretendía besarla y me ha sentado fatal. Ansiaba ese beso, incluso me gustaba el juego que ella misma había iniciado.

Tras ese beso que no se produjo, yo imaginaba una noche loca con Meribeth, pero al girar la cara para evitar que la besara, me enfadé al no ser correspondido. No sé por qué motivo, esperaba otra reacción por su parte. En algún momento, creí ver en sus ojos la

misma pasión que yo sentía, por lo visto me equivoqué, menuda decepción. Sigo excitado y enfadado a partes iguales, ahora mismo no sabría explicar esta sensación con palabras.

Al entrar en el hotel, sacamos los carnets de identidad para registrarnos, pasaremos aquí la noche antes de reanudar la marcha al día siguiente. Nos atiende una chica muy atenta que nos dice muy amablemente que hay un problema con mi reserva. Solo tiene una habitación disponible en todo el hotel, lo que me faltaba por oír.

—No lo entiendo, ayer mismo reservé dos habitaciones individuales, una para mi amiga y otra para mí, ¿me puedes explicar por qué están ocupadas? —contesto enojado y tuteando a la recepcionista.

—En realidad solo tenemos una habitación doble a su disposición, le pido disculpas, como bien sabe, en Francia, celebramos anualmente, en el mes de julio, el Tour, la carrera ciclista que pasa por Marsella.

—¿Y yo qué tengo que ver? —Estoy tan alterado que Meribeth me coge del brazo para que me calme, pidiéndome que deje hablar a la chica, al fin y al cabo, ella no tiene culpa de nada. Decido hacerle caso y permito que la empleada del hotel se justifique.

—Verá, estos días se está rodando una película francesa, varias escenas están basadas en esta carrera y aprovechando que es el Tour, algunos actores quieren verlo de cerca para desempeñar su papel con éxito. El resto del equipo, así como otros miembros del rodaje, se alojan tanto en este hotel como en otros de la ciudad.

—Vale, ya lo entiendo. ¿Y se puede saber qué gano con eso? De momento lo único que han hecho es dejarme sin alojamiento, por lo que considero que he perdido.

—Nos hacemos cargo, ha sucedido todo tan rápido que no hemos tenido tiempo de realojar a nuestros huéspedes en otros hoteles de la cadena, nos ha sorprendido la reserva del equipo cinematográfico. Entienda que, con la cancelación gratuita, no sabíamos hasta última hora si se alojarán usted y su acompañante y hemos aprovechado la ocasión.

—A ver, si te soy sincera, yo también estoy sorprendida porque es la primera vez que escucho esto, nadie tiene derecho a hacer lo

que le venga en gana con la reserva de sus clientes. Pienso quejarme por escrito, tengo claro que no recomendaría este hotel a nadie. —Meribeth no ha podido callarse tampoco ante esta inesperada contrariedad.

—Mañana antes de irnos pediré la hoja de reclamaciones, danos la llave y dinos qué habitación es, por favor.

—Tenga, es la número 188, una vez más le pedimos disculpas. Verán que tienen asignada una suite matrimonial con preciosas vistas al puerto de Marsella. Sin coste alguno por supuesto, por las molestias que hemos ocasionado. Le devolveremos el importe íntegro de su reserva, tendrán gratuitamente la cena de esta noche y el desayuno, que los subirán a su habitación.

Meribeth y yo nos dirigimos al ascensor para subir con el equipaje hasta la primera planta del hotel. Al referir la recepcionista que mi acompañante y yo íbamos a compartir habitación y baño, nos miramos por un momento a los ojos sin saber qué decir. Desde luego no entraba en nuestros planes vernos en esta tesitura, pero es solo una noche y necesitamos descansar.

Cuando abro la puerta, dejo que Meribeth entre la primera. Ambos nos quedamos igual de sorprendidos, es una espaciosa suite en la que hay una cama de dos metros con una colcha blanca y algunos pétalos de rosa roja encima. Estamos impresionados, toda la habitación está decorada con detalles románticos, como solo una suite nupcial puede tener.

La mesa para dos está preparada con varios platos para degustar, también vemos una botella de champán francés dentro de la cubitera.

Seguimos mirándolo todo y entramos al lavabo que tiene una gran bañera con jacuzzi.

Lástima que solo nos podamos quedar una noche porque la habitación es una pasada.

Cuando Meribeth y yo estamos a punto de sentarnos a cenar, en el pequeño balcón de la suite con vistas al mar, mis amigos hacen una videollamada grupal en «Los inseparables». Más inoportunos no podían ser, pero bueno, tendré que ser paciente.

Al aceptar, veo que todos los miembros del grupo se han agregado y faltábamos solo nosotros dos.

—Hola guapos, ¿dónde estáis? —nos pregunta Imanol por lenguaje de signos, él ha sido el primero que ha realizado la videollamada, según parece ya había quedado con los demás.

—Dormiremos en un hotel de Marsella, el viaje va bien, gracias por preocuparos.

—¿Meribeth y tú habéis reservado una habitación contigua? Veo que estáis juntos. —Enzo, que es un mal pensado, me guiña el ojo.

—No, ha habido un problema con la reserva y compartiremos esta noche la misma habitación, es una historia muy larga, ya os la contaremos. —Los saluda Meribeth a su vez. Ambos nos fijamos en el impacto que ha tenido ese comentario entre los chicos.

—¿En serio? Pues empezáis bien, menuda faena os han hecho. —Saúl no puede dar crédito, el bombero está acostumbrado a dormir en hoteles debido a su trabajo, sin embargo, nunca ha tenido ese problema.

—Vosotros me conocéis, lo cierto es que me han dado ganas de largarme de aquí, pero estamos cansados y necesitamos dormir en una cama.

—Tienes ojeras, cariño, cuídate mucho y descansa. —Me aconsejan casi a la vez Inés y Mía. A veces dan la impresión de ser dos hermanas gemelas que pueden leerse el pensamiento. En ningún momento se han dirigido a mi acompañante para nada, la han ignorado por completo. Creo que a Meribeth tampoco le ha pasado desapercibido este detalle por parte de ellas. Como he comentado con anterioridad, Inés y Mía son amigas íntimas con derecho a roce, me sentiría incómodo si alguna pretendiera tener otro tipo de relación conmigo y más si noto que están celosas de Meribeth, como parece ser. Esa actitud me ha desconcertado.

—Dejadlos tranquilos que deben descansar para mañana, ¿lo estáis pasando bien? Sé que habéis estado en Barcelona, Calvin, espero que a la vuelta llegues a mi casa. —Aitana es una chica muy familiar a la que tengo cariño.

—Viajar en moto es alucinante, no os podéis imaginar lo que estoy disfrutando, aunque tengamos que parar a menudo para

estirar las piernas. Espero que me vaya bien en Croacia, ya que de lo contrario haría el viaje de vuelta a España con Calvin, es un motero excelente. ¿A mí no me invitas a tu casa de Barcelona? —responde Meribeth a Aitana con esa pregunta inesperada, ni por un instante había pensado en la posibilidad de que ella regresara conmigo a España dentro de tres meses. A ver, reconozco que es una chica increíble, sin embargo, tenía la esperanza de volver solo a Zaragoza. Nadie se da cuenta que soy un hombre libre que no desea llevar ninguna «mochila» a sus espaldas. No me malinterpretes, soy buena persona, pero no un idiota que intenta hacer felices a los demás antes de intentar conseguir mi propia felicidad. Es un poco extraña su actitud, lo normal sería que Meribeth se quedase más tiempo en Croacia, ya que todavía desconoce por cuánto tiempo le harán el contrato laboral por el que va a este país, allá ella. La vida te sorprende y a mí me está dejando boquiabierto.

—Pues claro que estás invitada a casa de Aitana, es encantadora, como si vienes a la mía, serás bien recibida donde quiera que vayas. Por cierto, yo también voy de ruta con el camión, debo llevar un porte de calzado nacional a Francia —responde Valentina, es una mujer estupenda.

—Gracias, Valentina, yo también te quiero —bromeo con mi amiga, sé que todos tratan bien a Meribeth, como no podía ser menos, sin embargo, siento que a veces me ignoran.

—Calvin, no te pongas celoso, guapo, sabes que te adoro. Es que solo puedo hablar un rato, como podéis ver estoy en un área de descanso de la autopista, comiéndome un bocadillo dentro del camión y tengo el tiempo justo. De hecho, os dejo, quiero seguir circulando. Pasadlo muy bien, ya volveremos a hablar, un besazo a los dos.

—Un beso, Valentina, ya os iremos informando de nuestra ruta. Seguiremos enviando algún que otro mensaje al grupo para que sepáis dónde estamos. —Meribeth le sonríe al expresar estas palabras.

Al despedirnos de Valentina, los demás también hacen lo mismo para dejarnos cenar. La mesa de la suite está repleta de varios platos en los que hay tacos franceses, soufflé de pimiento y queso,

ensalada de patata, magret de pato con manzana, así como una tabla de quesos que son típicos de Francia, entre otros más. De postre tenemos *clafoutis* de cereza y *macarons* de varios sabores, también diversos pasteles de trufa, crema, nata y caramelo. Como no voy a conducir, puedo beber alcohol, le sirvo a Meribeth una copa de champán francés que se mantiene frío, a ninguno de los dos nos apetecía abrir la botella de vino que hay sobre la mesa. También coincidimos en nuestro buen gusto por el champán, aparte del whisky, ya que de hecho nuestros padres son los propietarios de las empresas más reconocidas, a nivel mundial, de este licor escocés que les genera a ambos grandes beneficios.

—Oye, Calvin, menuda cena nos han traído. Todo estaba delicioso, la verdad.

—No ha quedado casi nada en los platos. Ja, ja, ja, el error del hotel nos ha beneficiado, creo que con el cambio hemos salido ganando, ¿no te parece?

—Ahora que lo mencionas, ¿cómo vamos a dormir? Aquí no hay sofá, por lo que veo. —Al hacerme ella esa pregunta, contesto sin pensármelo dos veces.

—La cama es muy grande, ¿te importa que la compartamos?

—Me da igual, no tengo ningún problema en que durmamos juntos. Estoy deseando darme una ducha, ponerme el pijama y dormir.

—Te prometo que me portaré bien, en cuanto yo también me duche me meteré en la cama, estoy rendido.

Mientras Meribeth se ducha, pongo a cargar la batería de mi teléfono móvil y miro el tiempo que va a hacer al día siguiente. Este verano no está siendo demasiado lluvioso y aprovechando que estamos en Marsella, le propondré visitar esta ciudad antes de hacer una parada en Longchamp y seguir nuestro camino hacia Génova. Creo que a Meribeth le gustará mi plan.

Cuando sale del baño, una vez más me quedo embelesado al mirarla, por un momento mi imaginación se desborda como por arte de magia. He prometido no acercarme a ella en la cama, sé que será complicado. Me repito a mí mismo una y otra vez que es una buena

amiga y como tal debo respetarla, pero no puedo dejar de contemplar sus bonitas y sensuales curvas que llaman mi atención.

En fin, llega mi turno de ducharme a ver si me despejo. Como no podía ser de otra manera, al entrar al baño huelo su perfume, una mezcla de fragancia floral y cítrico que cada día me gusta más, igual que ella.

Empiezo a sentirme atraído por Meribeth, me inspira un sentimiento especial que no logro describir. Tengo ganas de protegerla, de cuidarla, de estrecharla entre mis brazos, de enredar su cabello cobrizo entre mis dedos. Siento como un fuego interno incontrolable que me abrasa por dentro y me resulta imposible apagar mi sed de pasión. ¿Seré capaz de contener mis impulsos esta noche, durmiendo a su lado? Ufff, será difícil no acercarme a ella y abrazarla de tal manera que oiga latir su corazón pegado a mi pecho. Cuesta renunciar al deseo que arde en mi cuerpo y que solo ella puede apagar.

—Buenas noches, Calvin. —Sus palabras suenan a música para mí. Se ha acostado con un veraniego pijama, camiseta de tirantes y pantalón corto. Antes de meterse en la cama, no he podido desviar la vista a otro lugar que no fueran sus senos, por la tela de raso, se dejan entrever su pecho redondo y turgente, así como sus pezones erectos al rozar la prenda de color azul brillante. Es posible soñar despierto, ya estoy seguro, teniendo una mujer al lado como ella, es fácil hacerlo, lo complicado será reprimir el deseo. Soy consciente que me espera un viaje entretenido, solo espero que mañana haya camas disponibles en el siguiente hotel al que iremos porque de lo contrario, no sé cuánto tiempo podré aguantar.

—Descansa, Meribeth —respondo con mi tono de voz grave que nada tiene que ver con la seductora voz aguda que tiene ella.

Una vez dormido, cuando son las dos de la madrugada, mientras descansamos cada uno de nosotros en un extremo de la cama, ella pronuncia unas palabras que me despiertan. Por lo visto tiene una pesadilla y está sudando, muy alterada. Decido no despertarla, mi instinto protector me empuja a acercarme a ella, está de espaldas a mí, la abrazo por detrás diciéndole unas palabras, intento tranquilizarla mientras introduzco mis dedos entre su cabello.

Me inspira tanta ternura en ese momento, qué no puedo evitar sentirme su ángel de la guarda. La veo como una niña asustada que ve monstruos por la noche y se esconde para no ser vista por ninguno.

Al sentir mi contacto, se gira para acurrucarse en mi pecho. Me enfrento a una gran prueba, nunca me había pasado nada parecido con ninguna otra mujer que ha estado en la misma cama que yo solo que esta vez, no ha habido sexo.

—Calvin, perdóname, siento engañarte, pero no puedo decirte la verdad. —La oigo susurrar esas palabras mientras algunas lágrimas inundan sus preciosos ojos. Entonces me hago una pregunta: ¿Qué ha querido decir con eso? ¿Qué verdad esconde y por qué no puede revelar el secreto?

—Shhh, tranquila, Meribeth, mientras esté a tu lado no te pasará nada. —Al referir estas palabras, abre los ojos y me mira, ya se ha despertado. La luz de la habitación está encendida, intento separarme de ella para coger un pañuelo y secar sus lágrimas.

—Olvídate de los pañuelos, abrázame fuerte. —Al hacer lo que me pide, comienza a acariciar mi espalda.

—Meribeth, si sigues así no podré controlarme. ¿Deseas continuar? Lo pregunto porque no quiero que haya ningún malentendido entre nosotros. Te advierto que una vez que me deje llevar será imposible echarme para atrás. —No quiero engañarla, ni aprovecharme de su vulnerabilidad.

—¿Por qué sigues hablando tanto? ¿Acaso no me deseas tanto como yo a ti?

Sin pensarlo dos veces, sus manos comienzan a recorrer mi cuerpo, acaricio su rostro y me acerco a sus rosados labios, que se abren al sentir el roce de los míos. Tras ese beso, le quito poco a poco el pijama y la ropa interior con pequeños y suaves mordiscos. Estoy tan excitado, que en este instante me siento en las nubes, lo único que deseo es llevarla a ese cielo conmigo.

Ella es como una droga para mí, una adicción de la que no puedo salir. Lo único que pretendo, es satisfacerla sexualmente. Mi prioridad es lograr que sienta el máximo placer antes de pretender el mío propio.

Hacemos el amor y no puedo evitar mirarla, está tan sexi que me vuelve loco. Su larga melena cae sobre mi cintura mientras mi «pequeño albaricoque» cabalga como una potra encima de mí, salvaje y libre, haciendo lo que le apetece, llevando las riendas de su destino.

Yo me dejo llevar, aunque a veces cambiamos de postura mientras nuestros cuerpos forman uno solo.

Cuando llegamos juntos al clímax, nos miramos al ser conscientes de lo que acaba de pasar.

—Meribeth, hacía tiempo que deseaba hacer el amor contigo. Eres tan atractiva que me ha costado mucho no caer en la tentación.

—Umm, gracias. Tú tampoco estás nada mal —susurra en mi oído.

—Espero que no pienses que el haber tenido sexo nos compromete de alguna forma.

—Pues claro, no seas antiguo, ambos lo deseábamos, no tiene tanta importancia que hayamos echado un polvo. —Así es ella, clara y directa, sin pelos en la lengua.

—La realidad es que tú vives en Escocia y yo en Zaragoza, si tuviéramos una relación, sería a distancia y eso no va conmigo. Necesito tener contacto con mi pareja, lo entiendes, ¿verdad?

—No le des más vueltas, yo lo he pasado bien, de momento no quiero tener otra relación, bastante he tenido con mi exnovio.

—Perdona mi intromisión, oí a tu madre cuando te informaba que el chico había ido a buscarte a tu casa.

—Sí, así fue por lo visto. Blake, mi ex, le dijo que pretendía hablar conmigo, ella lo encontró muy decaído. Él me ha enviado varios mensajes, pero no quiero escucharlo.

—¿Sigues enamorada? ¿Estás resentida aún? —Hago esa pregunta y por un segundo temo la respuesta, no puedo evitar sentir celos de ese tal Blake que fue tan idiota de dejar escapar a una maravillosa mujer como Meribeth.

—A ver, dicen que donde hubo amor, sigue habiendo fuego, sin embargo, el mío se apagó por completo. —A continuación, resume en pocas palabras lo que es el amor para ella y yo la escucho con atención. Amor significa respeto mutuo en primer lugar y Blake

demostró no amarla lo suficiente al ser infiel con otra mujer y jugar a dos bandas. Lo peor fue que no se lo dijo a su novia nada más conocer a la otra mujer—. El amor se trata de comprender, admirar, aceptar a la pareja tal cual es, con defectos y virtudes y no pretender cambiar ni un ápice de su personalidad y carisma. Demostrando a diario cariño, tolerancia, empatía, siendo paciente y constante, para caminar junto a la persona que tienes al lado y la consideramos tan especial. Amar sin condiciones, en los días amargos y en los que brilla el sol, cuidarla como si fuera la flor más hermosa de nuestro jardín. Él o ella debería ser tu prioridad y no tu opción en un momento dado.

Amor, según su opinión, es una palabra de cuatro letras con la que podemos demostrar, por gestos y atenciones, lo importante que es la otra persona para nosotros. Sé que suena cursi lo que me dice, pero por mi parte opino igual, solo que yo, al contrario que Meribeth, nunca he sentido eso por nadie.

—Me ha encantado tu percepción del amor, yo no lo podría haber explicado mejor.

—Calvin, ¿cómo es que nunca has tenido novia? Bueno, que yo sepa claro está, aunque en caso de haber tenido una relación seria, me habría enterado por mi madre.

—Así es, la tuya y la mía, se lo cuentan todo. Verás, todavía no he encontrado a la mujer ideal —le respondo con sinceridad, no soy un chico que vaya vacilando de su vida íntima con otras mujeres.

—Ya que estamos de buen rollo y de confesiones, quiero hacerte una pregunta sobre una duda que tengo, ¿puedo?

—Vale, dispara, te advierto que igual no te respondo. —A ver qué quiere preguntarme, miedo me da cuando una mujer intenta saber algo sobre mí.

—Creí percibir que, entre tú, Inés y Mía hay algo más que amistad, ¿me equivoco?

—Por norma general no suelo contestar cuando alguien me pregunta algo sobre mi intimidad, pero contigo haré una excepción.

—Vaya, pues como quieras, estás en tu derecho de no contestarme.

—Lo sé, no obstante, te diré que ellas son dos buenas amigas con las que comparto un buen rato en la cama de vez en cuando.

—¿Formáis un trío? —me pregunta con unos ojos tan expresivos que reflejan su sorpresa, yo he estado a punto de reírme por su actitud—. ¿Se puede saber qué te ha hecho tanta gracia? No te reprimas Calvin, sé que has estado a punto de soltar una carcajada. Tampoco he preguntado nada del otro mundo.

—A ver, «*small apricot*», lo cierto es que procuro que nuestros encuentros sexuales sean satisfactorios y con dos mujeres a la vez, dudo que pudiera hacerlo. La respuesta es que no formamos un trío, prefiero hacer el amor con una sola mujer.

—Te entiendo, ahora si no te importa, sigamos durmiendo porque tengo mucho sueño. Gracias por abrazarme antes cuando tenía esa horrible pesadilla.

—Ha sido un placer acurrucarte en mis brazos, no dudaría en volver a repetirlo, siempre y cuando no sea debido a un mal sueño. Sigamos durmiendo, sí. Mañana madrugaremos para proseguir el viaje. —Meribeth me da la espalda para dormir. Continúa desnuda ya que, igual que yo, prefiere acostarse sin nada de ropa, tal como su madre la trajo al mundo. Me cuesta volver a dormirme. Pienso en lo que está sucediendo. Hacer el amor con ella ha sido mágico y excitante.

Al día siguiente, martes, despertamos abrazados. Meribeth tiene su rostro apoyado en mi pecho y como es normal, estoy excitado una vez más.

—Buenos días, guapísima, ¿has dormido bien? ¿Quieres que pidamos ya el desayuno? —pregunto acariciándole sus pómulos, tiene un cutis suave y brillante.

—Hola, Calvin, como quieras, ¿hemos dormido toda la noche así de pegados, tan cerca uno del otro?

—Según parece, sí. ¿Te molesta?

—No, para nada, comienza a haber confianza entre nosotros —responde dándome un beso en la mejilla. Si ella pudiera ver a través de mis ojos, se daría cuenta que comienza a ser alguien muy especial para mí. En el fondo soy un romanticón, no lo puedo evitar.

—En fin, voy a darme una ducha y al vestirme llamo al servicio de habitaciones para que nos traigan el desayuno, ¿te parece bien?

—Sí, por favor, en cuanto salgas, me ducharé también ¿Hoy hacia dónde vamos, o no me lo vas a decir?

—No, es un secreto, me gustaría enseñarte algo de Marsella y después iremos a Longchamp, no sé si lo has visto.

—Pues no, y mira que he oído hablar de esos jardines, pero como he estado tan ocupada trabajando, no he tenido mucho tiempo de visitar algunos lugares europeos.

—Es normal, cuando salgamos de Marsella, iremos en dirección a Génova y pasaremos allí la noche.

—¡Qué bonita es Italia! Cualquiera de sus ciudades tiene un encanto especial.

—Te doy la razón, y ahora señorita McMoray, me voy a la ducha. —Me levanto de la cama y me dirijo al baño, mientras caminaba, he notado su mirada en mi trasero. Sé que es feo decirlo, pero estoy satisfecho de mis músculos y mi cuerpo escultural, me ha costado mucho esfuerzo conseguirlos. Como ya he referido con anterioridad, lo he conseguido a base de hacer deporte y llevar una dieta sana y equilibrada y no ha sido fácil para mí. Lo cierto es que, si quieres algo, debes luchar por ello, como ha sido mi caso.

Al bajar a la planta principal, una vez que hemos desayunado en la suite, entregamos la llave de la habitación. Vamos hacia el *parking* para subir a la moto.

Durante toda la mañana, visitamos los lugares más importantes de la ciudad, donde nos tomamos varias fotos, como también en Longchamp. Personalmente, estoy encantado de ir con mi acompañante. De vez en cuando nuestras madres nos envían un mensaje para ver cómo y dónde estamos, como si fuéramos dos niños pequeños. Si soy padre alguna vez, cosa que dudo, no seré tan pesado como ellas. Ya sé que es fácil decirlo cuando no tienes hijos, pero así lo creo.

Por supuesto no les hemos contado cómo Meribeth y yo terminamos compartiendo la misma cama debido a la mala gestión del hotel. Sacarían enseguida sus conclusiones. Ellas no son

ningunas mojigatas, aunque sé que, tanto una como la otra, intentarían emparejarnos y no me extrañaría nada.

Al mediodía, comemos un menú en un restaurante de carretera, en dirección a Génova. El viaje transcurre sin incidentes y llegamos al hotel antes de lo esperado, bien entrada la tarde. Nos alojamos en nuestras habitaciones, que son contiguas, por cierto, y salimos al balcón.

—Me alegro de que nuestros balcones sean colindantes, así puedo charlar contigo mientras me fumo un cigarrillo. —Primera noticia, no sabía que ella fumara.

—¿Desde cuándo fumas?

—Pues comencé en mi adolescencia, pero estoy intentando dejarlo, aunque solo fumo tres o cuatro cigarrillos al día.

—Yo fumaba casi dos cajetillas diarias, era más adicto que tú entonces. Lo dejé hace un tiempo.

—Hiciste bien, ¿y cuándo comenzaste?

—De hecho, a los quince años, fue por aquello de no destacar entre algunos compañeros de clase, lo típico a esa edad. Todos me decían que perdería peso ya que la nicotina reduce el apetito, menuda tontería.

—Parece mentira los complejos que tenemos en la adolescencia.

—Por lo menos desaparecen con el tiempo en la mayoría de las personas, como fue mi caso. Por norma general le damos demasiada importancia a la opinión de los demás.

—Mira, Calvin, yo hace tiempo que dejé de dársela, tengo claro que solo tengo una vida y pienso disfrutarla a tope, nunca se sabe cuándo será nuestro último día. —Meribeth pronuncia estas palabras con cierta tristeza, que para mí no pasa desapercibida.

—¿Sucede algo? —pregunto con atención.

—Nada, ¿por qué lo dices? —me responde con otro interrogante.

—Me ha dado la impresión de que tu última frase sonaba a melancolía, me has recordado a mi abuela.

—Alaaaa, qué dramático eres —ríe a carcajadas—, es que a veces me pongo en modo filosófica y las palabras fluyen solas, jolines, pareces mi padre.

—Menos mal, me has asustado.

—Venga, vamos a dejarnos de tonterías y bajamos al comedor del hotel que, si no nos quedaremos sin cenar, ya debe ser muy tarde. —Los dos salimos de nuestra habitación y esa noche cenamos una pizza italiana de tamaño familiar, admito que estas pizzas elaboradas en Italia, como toda la pasta en general, tienen un sabor único, la masa es incomparable con otras, estas son las mejores.

Capítulo 7



Verdades ocultas

La compañía de Calvin supone para Meribeth una ráfaga de aire fresco para su vida y que tanto necesita en estos complicados días para ella. Su carácter extrovertido y abierto, le infunde seguridad. A veces siente que se queda sin oxígeno, sin fuerzas para continuar y este hecho está menguando sus energías. Sus pensamientos la llevan a unos días atrás, en los cuales se preocupó bastante por temas de salud. Después de un chequeo rutinario en el odontólogo, la amable enfermera del hospital principal de Edimburgo contactó con ella para decirle que debía someterse a un tratamiento bucal lo antes posible para tratar correctamente una enfermedad de encías. Por aquel entonces ya sabía que Calvin viajaría a Croacia y quería ir con él. Bajo ningún concepto estaba dispuesta a hablar con nadie, ni siquiera con su madre.

Antes de someterse a algún tratamiento que no sabe cuánto tiempo durará, y al que le tiene pánico, ha querido disfrutar al lado del único hombre que ama. Pasados unos quince días, volverá a Edimburgo para someterse al tratamiento, así se lo dijo a la enfermera que la llamó, quien le aconsejó que no se demorara, sobre todo por su salud.

Está haciendo lo que le dicta el corazón, ideó su plan con premeditación.

El viaje a Zaragoza no ha sido casual, lo ha promovido ella a conciencia. La llamada de teléfono que supuestamente recibió cuando estaba en casa de Calvin, respecto a su contrato laboral en Croacia, también fue una farsa. Casi a diario recibe alguna llamada a su celular para ofrecerle alguna oferta comercial, entre ellas pidiéndole que se cambie de operadora, pues bien, el día que la llamaron desde Croacia, no sucedió tal cosa.

Ella, con Calvin delante, simuló haber hablado con la empresa croata, pero al otro lado de la línea no había nadie, estuvo conversando sola y actuando por primera vez, como si de una actriz de cine se tratara.

Nunca le ha gustado engañar a nadie y menos en esta pesadilla que está sufriendo sola. Se siente ruin por engañarlos a todos. Lo último que quiere es que se preocupen por ella y desea evitarlo a toda costa. Por supuesto ni su madre ni Teresa saben nada, mucho menos sus planes, no obstante, el destino está manejando sus hilos y le está abriendo algunas puertas, todo está saliendo a pedir de boca.

Cuando Calvin y ella lleguen a Croacia, se las ingeniará para permanecer a su lado el mayor tiempo posible. Después regresará a Edimburgo, la ciudad que la ha visto nacer. Como vive sola, le será fácil tratarse sin que nadie de su entorno lo intuya. Mientras tanto, piensa olvidarse de su problema de salud lo mejor que pueda, para disfrutar en esta increíble ruta junto al hombre de sus sueños.

Lleva un rato dando vueltas en la cama, pensando en todo ello. Cansada, ve que son las siete, se pone el pijama y sale al balcón a fumar un cigarro, el médico se lo prohibió, pero un pitillo reduce su ansiedad.

—Buenos días, vecina —la saluda un sonriente Calvin desde su balcón.

—Hola, ¿qué tal? Veo que también has madrugado.

—Sí, apenas he podido pegar ojo, el colchón era incómodo y he dormido fatal. ¿Y tú?

—Buah, yo lo mismo, una cosa, supongo que bajaremos pronto a desayunar y reanudaremos el viaje, ¿no? ¿O quieres que veamos algo de Génova?

—Como prefieras, hoy también es larga la ruta. Mi intención es continuar desde aquí hacia Mónaco, hacer una breve visita en moto por sus calles y dirigirnos a Liubliana.

—Bien pensado, pues entonces lo ideal sería no tardar mucho en irnos, la verdad es que ya he visto Génova, no me importa ir a desayunar para marcharnos cuanto antes de aquí. Tampoco quiero que conduzcas demasiados kilómetros el mismo día.

—No te preocupes, no me da pereza coger la moto, por cierto, gracias por pensar en mí.

—Eyyy, tampoco te creas tan importante. —No puede contener la risa, Calvin siempre saca lo mejor de ella—. Quedamos en media hora, me ducho y al vestirme recojo mi ropa y nos vamos.

—Ok, yo haré lo mismo, te espero en la puerta de tu habitación.

Pasado ese tiempo, se ven en el pasillo del hotel, ella viste un pantalón tejano y una blusa de tirantes color mostaza que le sienta fenomenal. A Calvin se le van los ojos a su escote que deja ver parte de sus senos.

La atracción entre ambos es recíproca.

Él se ha puesto un polo azul de manga corta y unos pantalones largos de color negro, Meribeth lo mira con disimulo, está tan guapo que en ese mismo instante haría el amor con él.

Una vez que terminan de desayunar, se ponen la vestimenta completa antes de subir a la moto. Nada más llegar a Mónaco, recorren parte de su costa mediterránea antes de llegar a su siguiente destino, que es Liubliana.

Cada dos horas, Calvin hace varias paradas para comer algo en un área de servicio, aparte de repostar en la gasolinera.

El día transcurre con normalidad y después de hacer una ruta de setecientos y pico kilómetros, llegan a la capital eslovena. El hotel en el que pasarán la noche está situado en el casco antiguo, todas sus habitaciones tienen vistas al río Ljubkianica. Una vez que Calvin deja la moto en el estacionamiento privado del recinto, hacen el *check in* y suben a su habitación, esta vez están separadas, aunque se encuentran en la segunda planta del hotel.

—¿Meribeth, te apetece que salgamos a cenar un burek? Tengo entendido que aquí al lado los hacen riquísimos —le pregunta Calvin una vez en la puerta de su habitación.

—Claro, cómo no, yo también he escuchado lo que te ha dicho el recepcionista, ¿pero no estás muy cansado? Has conducido bastantes horas.

—Otra vez preocupándote por mí, ¡es que eres maravillosa, Meribeth McMoray! —Calvin le acaricia la mejilla con ternura, retira de su cara un mechón de su cabello y le da un beso en la frente antes de abrazarla. Es detallista y sensible, tal como le gusta a ella. Un hombre apasionado, que la hace estremecer con solo rozar su piel.

Calvin inclina la cabeza para besar los dulces labios de la chica que se abren para recibir el beso con deseo. Otro huésped, que los ve y le llama la atención por besarse en un espacio público, les aconseja irse a otra parte a dar rienda suelta a sus impulsos. Ellos ríen como dos adolescentes ante el comentario y optan por hacerle caso al malhumorado y desconocido quejica.

Entran en la habitación de Meribeth y cierran la puerta tras de sí. Dibujan un cielo de estrellas en el que se sienten volar. Son dos almas gemelas que transitan por el espacio, experimentando intensas sensaciones mientras el universo del placer se abre para ellos.

Han olvidado la cena, están hambrientos de sexo y necesitan saciar su apetito sabiendo que muy pronto llegarán a su destino y finalizará el viaje en común.

Después de haber alcanzado juntos el clímax, ella se acurruca en el pecho masculino mientras él enreda sus dedos en los cabellos color cobrizo de la escocesa.

—Nena, ¿por qué eres tan sensual? Cuando te veo, en lo único que pienso es en hacerte el amor —susurra Calvin en su oído.

—Vaya, te confieso que esto no me lo esperaba, gracias —respondió acariciando sus labios con un dedo. Calvin, con ese simple gesto, vuelve a excitarse. Admira a la mujer que tiene al lado. Observa sus ojos y se pierde en esa mirada que lo vuelve loco. Ella, al ver su erección, inicia su propio juego erótico que a él lo lleva al séptimo cielo.

—Dios, si sigues así no vamos a salir de esta habitación en varios días.

—¿Y qué más da? No seas aguafiestas. —Meribeth coge las manos del chico, y con el cinturón de un albornoz del hotel, se las ata al cabecero de la cama para iniciar su juego. Calvin se sorprende, nunca antes había estado en esa posición, la escena le resulta excitante. Ella, en estos días, pretende no pensar en su problema de salud, la única persona que es capaz de hacérselo olvidar es Calvin, a quien ama más que a su vida.

—¿No quieres salir y comer un burek? —le pregunta él bromeando mientras tiene las manos atadas, el nudo del cinturón está flojo y en cualquier momento puede deshacerlo, sin embargo, intenta no moverse para que ella haga lo que desee.

—Hablas demasiado, Calvin Connor. Pareces un malote y a veces te comportas como un niño. —Lo mira con picardía mientras baja la cabeza a su ombligo, acariciando con la lengua cada centímetro de su piel.

—Por favor, suéltame, quiero acariciarte y no puedo, me tienes atado y a tu merced —ruega un seductor Calvin.

—Shhh, silencio. Ahora eres mi esclavo.

—Uhhh, por lo visto tengo un ama muy autoritaria, ten piedad de mí —suplica, guiñándole un ojo. Meribeth siempre ha tenido esa fantasía sexual, incluso ha soñado varias veces con ese momento. Calvin es un adonis y disfruta coqueteando con el guaperas rubio. Para ella, el sexo es muy importante en una pareja.

—Te libero en este momento. —Tras recrearse con numerosos besos y caricias, desata sus manos. Ha sido una experiencia asombrosa para los dos, la primera vez que la han experimentado.

—Así que te gustan esta clase de juegos, ¿eh? Pues ahora me toca a mí. —Él es quien coge el cinturón para atarle sus pequeñas y suaves manos, igual que ha hecho ella con anterioridad.

—¿Y no se nos hará tarde para ir a cenar? —Meribeth simula estar enfadada, aunque desea seguir con ese juego en el que Calvin y ella están descubriendo todo acerca de lo que le excita al otro. Ella se deja llevar, las suaves manos de él, y la húmeda lengua, rozan sus zonas erógenas.

—La cena puede esperar —susurra en su oído un excitado Calvin, que también tapa los ojos de la chica con un antifaz para que la sensación sea más intensa. Meribeth es tan excitante para él, que desea oírla gemir de placer una vez más.

—¿Debo confiar en ti? Esto de no ver lo que vas a hacer, me deja descolocada —pregunta con interés.

—Tú solo déjate llevar y disfruta del momento. —Calvin besa su frente, sus mejillas, su nariz, su boca. Lentamente, va besando y acariciando todo su cuerpo, nunca había sentido hasta ahora ese deseo irrefrenable de hacer el amor con una mujer.

Con delicadeza, coge el antifaz que está sobre los ojos de Meribeth. Él no se ha percatado de sus sentimientos. Quita el nudo del cinturón del albornoz, con el que había atado las manos de la chica a la cama. Ella está tan feliz, que le gustaría parar el tiempo para seguir disfrutando como ha hecho minutos antes. Como no quiere precipitar las cosas, opta por no sincerarse con él.

—Háblame de ti, a veces creo que te conozco, pero me sorprendes con frecuencia —pide Calvin una vez que sale con ella al balcón para fumar un cigarro. Ya que no hay ningún edificio enfrente, nadie puede ver que están desnudos.

—No hay mucho que contar, llevo una vida normal, ¿y tú?

—Lo has vuelto a hacer.

—¿El qué? No sé a qué te refieres.

—Reconoce que a veces eres bastante cerrada, tengo la impresión de que me ocultas algo, pero no logro adivinar qué es. Respondes a mis preguntas con otro interrogante, ¿por qué?

—Son figuraciones tuyas, no te oculto nada. —Meribeth se sonroja y no se atreve a mirarlo a la cara para que él no descubra

que, en efecto, le oculta algo muy importante, sus sentimientos y la enfermedad que padece y sufre en solitario.

Después de ducharse y vestirse, salen a cenar con intención de comer un borek, pero es muy tarde y no encuentran ningún comercio abierto por lo que piden al personal del hotel que les lleven un bocadillo a la habitación. Calvin se despide de ella cuando terminan de cenar y se dirige a su dormitorio.

A la mañana siguiente, los dos se ven en la cafetería del hotel para desayunar.

—Buenos días, nuestro destino ya está cerca —refiere Meribeth con una sonrisa.

—Sí, hoy llegamos a Croacia, pronto estaremos en Zagreb.

—Siento curiosidad por saber cómo es ese país. Tengo entendido que hay unos cuantos osos.

—Así es, quiero hacer un recorrido para verlos en el parque natural de Velebit, en el que también hay linces, lobos y gatos salvajes. En concreto para ver los osos, según me han dicho, por lo visto dos días antes de la visita no puedes echarte desodorante para no atraerlos.

—Eres muy valiente. Yo ciertos animales no quiero verlos ni de cerca, me conformo con admirarlos en la televisión.

Siguen charlando media hora más y después de desayunar, suben a la moto en dirección a Zagreb. Una vez en la capital croata, Calvin nota algo extraño en la moto que no es normal.

—Maldita sea, ¿y ahora qué narices pasa? —Está enfadado.

—¿Qué sucede? —pregunta su acompañante.

—La moto no va bien, he preferido parar antes de seguir y arriesgarnos a tener un accidente.

—Uffff, ¿imaginas cuál puede ser el problema?

—Creo que se ha salido una pieza de la rueda, a ver cómo lo soluciono, tal cual está, no puedo seguir circulando.

—Nos encontramos en el arcén, en un país que no conocemos. Es un problema.

—Gracias por tus ánimos, me quedo más tranquilo —responde él bastante nervioso y con recochineo.

—Pero es que es la verdad, nos hemos quedado tirados, ¿y qué? Ya saldremos de esta, casi todo en la vida tiene solución.

—Haremos autostop, aunque sea.

—Ni de coña dejo la moto aquí. Por cierto, me gusta tu optimismo, pero en estos momentos estoy bastante mal. —Nada más decirlo, acude en su ayuda un motero que pasaba por ese lugar.

Conversan los tres en inglés y el desconocido, después de mirar la moto y tal como Calvin sospechaba, comenta que le falta una pieza en la rueda trasera. El chico vive a unos cuarenta kilómetros y va de camino al trabajo. Alega que tampoco tiene la pieza en su moto para echarles una mano. Calvin y Meribeth le dan las gracias por intentarlo al menos. El motero pide disculpas, llevaba las herramientas necesarias para cambiar la pieza, pero tampoco la tenía, se despide de ellos con amabilidad, alegando que debe irse, ya que no le sobra mucho tiempo hasta llegar a su puesto de trabajo.

—Calvin, no te preocupes, todo irá bien, ya lo verás. —Meribeth no sabe cómo tranquilizarlo una vez que vuelven a estar solos. Se ha dado cuenta de que las manos le sudan, él camina de un lado a otro sin saber qué hacer.

—Tú lo ves todo muy fácil.

—Pero bueno, ¿a ti qué te pasa? Me estás hartando. —Meribeth, que tiene la virtud de la paciencia, está perdiendo los nervios también.

—¿Cómo dices? Pues chica, coge tus cosas y lárgate, yo no quería que vinieras conmigo a este viaje —suelta él de pronto para sorpresa de ella que no se esperaba ese comentario.

—Sé que te has visto obligado, pronto dejarás de verme, no te preocupes.

—Con lo feliz que estaba yo con este viaje, y una gafe como tú me lo ha chafado.

—Eres un idiota, nunca debí aceptar. Si pudiera echar marcha atrás, hubiera dicho que no —dice ella cruzándose de brazos y sentándose en el suelo de asfalto de la calzada. Era totalmente sincera, le dolía ver que esa chorrada de la moto era un grave problema para él.

En este momento se arrepiente de haber viajado con Calvin. Siente que debía haberse quedado en Zaragoza, disfrutando de las vacaciones y una vez pasadas, haber vuelto a Escocia, a su hogar. Nunca debió idear este plan de ir con él a Croacia, inventando un contrato laboral que no existía.

De pronto, ven que un nuevo chico que viaja con una chica frena su vehículo. Se dirige a ellos en croata, al ver que le indican por señas que no lo entienden, comienzan a hablar en inglés.

—Hola, me llamo Dragan, mi chica es Mirjana —les saluda un joven guapo y sonriente que ha presentado a su novia con orgullo.

—Encantado, ella es Meribeth, mi amiga, y yo soy Calvin.

—Mucho gusto, ¿tenéis algún problema en la moto? —pregunta un atento Dragan.

—Sí, he tenido que estacionar aquí porque de pronto ha comenzado a fallar.

—Ufff, veamos si puedo ayudarte. Mi moto es del mismo modelo que la tuya, aunque de inferior nivel.

—Vaya, qué casualidad, creo que a esta le falta un cojinete de la rueda trasera.

—Tengo aquí mis herramientas, la miro. —Dragan intenta arreglar la moto, pero sin éxito.

Mientras, las chicas han entablado una animada conversación, han congeniado al instante. Meribeth le ha referido a Mirjana el motivo de su viaje. Después de unos minutos, Dragan ve que, en efecto, falta una pieza en la moto de Calvin.

—Pues no sé qué voy a hacer, no pienso dejar la moto aquí, en esta carretera. ¿Hay algún mecánico por aquí? —Calvin está desesperado.

—Tengo un amigo que abrió un taller hace poco, vivo aquí cerca, propongo llevar la moto a mi casa y que él mañana le eche un vistazo.

—¿Mañana dices? ¿No puede ser hoy?

—Hoy es imposible, es fiesta en Croacia y está todo cerrado.

—Qué mala suerte, siempre pasan estas cosas cuando menos te lo esperas. —Meribeth lo observa, no ha querido referir nada acerca de la moto, sigue enfadada con Calvin.

—Creo que lo mejor sería ir a mi casa tal como os he dicho.

Calvin pregunta a Meribeth su opinión al respecto, ella decide mantenerse al margen y así se lo comunica.

—De acuerdo, vamos entonces —decide Calvin, Meribeth sube al coche de la pareja y él los sigue con la moto, caminando por el arcén.

Una vez que llegan a la casa de Dragan, dejan la moto en el patio y él los invita a entrar para tomar algo.

En su interior, hay varias personas, familiares del chico, que los miran extrañados, ya que Meribeth y Calvin son unos completos desconocidos para ellos.

Están charlando en un amplio salón. Al ponerlos Dragan al corriente, les dan la bienvenida a los invitados y les ofrecen la comida y la bebida que hay en la mesa.

Tanto Meribeth como Calvin piensan en la suerte que han tenido al conocer por casualidad a sus nuevos amigos croatas, Dragan y Mirjana, que son estupendos.

El joven hace una llamada de teléfono para contactar con su amigo, el mecánico, por lo visto irá al día siguiente a arreglar la moto de Calvin a casa de Dragan, le hará ese favor.

Pasado un rato, los dos invitados se despiden de todos los presentes agradeciéndoles su amabilidad. Ellos deben ir al hotel que han reservado con antelación.

Ya que es tarde para desplazarse en transporte público, y van con las maletas, Dragan les ofrece acompañarlos en coche al hotel, aceptan al instante la propuesta.

Al registrarse Calvin y Meribeth y dejar el equipaje en sus habitaciones, se van con sus nuevos amigos a dar una vuelta y a tomar algo por Zagreb.

—Dragan, me siento muy afortunado, no sé cómo agradecerte todo lo que estás haciendo por nosotros.

—No tenéis que darlas tantas veces, sois unos pesados. —El chico croata comienza a reír a carcajadas.

—Si no hubiera sido por vosotros, no sé qué habríamos hecho —comenta Meribeth.

—No os preocupéis, lo importante es que el amigo de Dragan tiene la pieza que le falta a la moto de tu novio y mañana mismo podréis seguir con el trayecto. —Les tranquiliza Mirjana, quien les ha caído muy bien.

—Así es, me sabe mal no venir a buscaros al hotel, ya que mañana trabajo, tendréis que ir a mi casa en el autobús. Ya le he dicho a mi madre que sobre las once iréis a recoger la moto para continuar vuestro viaje de novios.

—Antes habéis comentado que visitasteis España en una ocasión, ya que nos hemos intercambiado el número de teléfono, contad conmigo en lo que necesitéis. Mi casa es la vuestra, me habéis hecho un gran favor. —Calvin ha pasado por alto aclarar las dudas sobre su relación con Meribeth y ella lo hace al instante.

—Calvin y yo solo somos buenos amigos. No hay nada entre nosotros.

—Pues lo habría jurado —responde Mirjana totalmente convencida de que hay algo más que una simple amistad.

—No, qué va. Viajamos por intereses distintos —informa Calvin mirando de reojo a Meribeth que continúa tensa con él.

Mientras toman una copa, los dos explican a sus nuevos amigos las razones de su viaje, así como la relación que los une.

—Es bonito que os conozcáis desde pequeños. —Mirjana sonríe a Meribeth que asiente con la cabeza, dándole la razón.

—Y lo mejor es que me caía mal porque Calvin era muy travieso y se burlaba de mí. De hecho, me disgustaba oír por labios de mi madre que nos veríamos con una amiga y su familia de Zaragoza.

—¿Qué le harías para no querer ni verte? —pregunta Dragan a su amigo.

—Yo nada, pero disfrutaba metiéndome con ella al verla tan vulnerable. Nunca debió hacerme caso.

—Vaya, ahora resulta que tendré yo la culpa, madre mía, lo que hay que oír.

—Chicos, os veo tirantes, no sé qué os pasa ni quiero entrometerme, pero relajaos —aconseja Dragan que se levanta de la silla con intención de despedirse.

—¿Os vais ya? —Calvin desiste de seguir con la discusión, se siente abochornado ya que no suele discutir en presencia de nadie ajeno a la disputa.

—Sí, Mirjana y yo trabajamos mañana y tenemos que madrugar. Una cosa, si mientras estáis en Croacia necesitáis algo, no dudéis en llamarme.

—Espero no tener que hacerlo. —Calvin se levanta también y le da un abrazo. Sabe que nunca olvidará a esa increíble pareja, ni su acompañante tampoco. Da dos besos en las mejillas a Mirjana y Meribeth hace lo mismo. Cuando ambas chicas están abrazadas, la croata aprovecha la distracción de los amigos para darle un consejo a Meribeth sin que ellos se den cuenta.

—No sé a qué jugáis Calvin y tú, pero solucionarlo cuanto antes, se ve a leguas que hay química entre vosotros y sería una pena que lo ignoréis. —Al mencionar estas palabras, le guiña un ojo antes de irse Dragan y ella.

Meribeth se ha quedado sin palabras, ¿acaso es tan evidente para los demás, el amor que siente hacia Calvin? En ese caso tendrá que seguir disimulando si quiere que se fije en ella porque está segura de que ahí sí se equivoca Mirjana cuando ha insinuado que el sentimiento es mutuo por parte de ambos.

Es cierto que a veces ha notado que él la mira con deseo, en cambio, de ahí a sentir algo por ella, hay un abismo.

¿Ha dicho que hay química entre los dos?

Puede ser que sea su alma gemela y el hombre que nació destinado para caminar junto a ella, sin embargo, no quiere hacerse ilusiones, si es así, espera tener por delante mucho tiempo para comprobarlo.

Capítulo 8



El tiempo se hace corto y no quiero que sea tan breve

Son las siete de la mañana y debo levantarme ya. Apenas he dormido en toda la noche pensando que soy un verdadero idiota. Ayer perdí los nervios cuando tuve la avería en la moto y dije algunas palabras a Meribeth que no sentía. Reconozco que me molestó tener que arreglar la moto. No me lo esperaba, ya que antes de hacer este viaje, el mecánico le hizo la revisión y no vio el fallo que tenía. Cuando vuelva a Zaragoza le daré mis quejas. Intento morderme la lengua cuando me cabreo mucho, pero ayer no lo hice. Meribeth merece una disculpa por mi comportamiento infantil y se la voy a dar.

¿Cómo pude decirle que no debería haber viajado conmigo en esta ruta?

Estamos viendo pueblos y ciudades preciosos; sin embargo, nada hubiera sido lo mismo sin ella.

La soledad significa independencia, pero no siempre es buena para nadie, sobre todo para una persona tan extrovertida como yo que necesita libertad, así como tener a alguien cerca para charlar. De vez en cuando, mis amigos del grupo me preguntan cómo nos va a los dos e intento no dar demasiadas explicaciones. Siendo sincero, respondería que no tengo ninguna prisa por llegar a Veri Varos, donde me espera mi nuevo hogar los próximos tres meses, ella continuará hacia Dubrovnik, para trabajar como guía y me da la impresión de que tampoco está deseando llegar a su destino. Me levanto de la cama para ir directo a la ducha antes de bajar al comedor del hotel para desayunar. Al llegar, veo sentada a Meribeth que me mira seria.

—Buenos días, veo que tomas una taza de chocolate, ¿está rico? —intento hacer las paces con ella, con una amplia sonrisa.

—Es la segunda que bebo, te la recomiendo. —A su vez me dedica una sonrisa que me derrite por dentro. Esta mujer me descoloca por completo.

—Pues entonces, aceptaré tu sugerencia.

—Sí, este chocolate está de muerte.

—Nena, quiero pedirte disculpas por lo de ayer —comento una vez que decido sentarme a su lado para tomar mi taza de chocolate que me la bebo con gusto, mientras como unos dulces típicos, los Salenjaci, unos pastelitos rellenos de mermelada que están deliciosos.

—Calvin, a veces me pones muy nerviosa, sacas tus conclusiones y juzgas sin motivo. Por Dios, no seas tan impetuoso, te lo digo por tu bien.

—Así es, lo reconozco, nunca debí decirte que me molestas.

—Recuerda que tuve mis dudas antes de decidirme a hacer este viaje, que, por cierto, aprovecho para decirte que será inolvidable —lo dice con recochineo, lo sé.

—Te entiendo, por esa razón quiero enmendar mi error, ¿me perdonas? —Me levanto de la silla e intento acercarme a ella para darle un abrazo de reconciliación, no me importa que la gente del local nos mire.

—Una cosa es perdonarte y otra muy distinta, caer rendida a tus pies. No te equivoques conmigo. —Ella pone su mano en mi hombro para alejarme y ese gesto, me duele en el alma.

—No volverá a suceder, solo me acercaré a ti cuando lo desees —susurro totalmente arrepentido, es tan bonita cuando se enfada, que estaría todo el día chinchando para deleitarme con su belleza. Pero mejor no me arriesgo.

—Cambiemos de tema, anoche estuve mirando por internet la línea de bus que debemos coger para ir hasta la casa de Dragan.

—Bien hecho, en cuanto lleguemos y le pague a su amigo, el mecánico que ha arreglado mi moto, continuaremos la ruta.

—¿Hoy qué planes tienes?

—He pensado que podríamos ver Rastoke y los lagos de Plitvice. Tengo entendido que son espectaculares y están cerca de aquí, de Zagreb. ¿Qué te parece?

—Lo veo bien. Croacia tiene unos bonitos rincones que vale la pena recorrer. —Me responde, según parece, no continúa enfadada conmigo y ese hecho me tranquiliza.

Diez minutos después, pagamos la cuenta y vamos hasta la parada de buses, que pasan con frecuencia. La noche anterior nos acompañaron Dragan y Mirjana al hotel, por lo que las maletas no las debíamos llevar en la mano, pero el regreso a la casa de Dragan, Meribeth y yo lo hacemos en transporte público y cargando las maletas, que, por cierto, pesan mucho.

Una vez ahí, su madre nos abre la puerta y muy amablemente nos da la bienvenida y nos invita a tomar café. Le damos las gracias por su buena acogida y por dejar que el mecánico arregle mi moto en el patio de su propiedad. La avería está resuelta, por fin, el profesional me ha cobrado una tarifa normal como hubiera hecho cualquier mecánico español. Creo que hemos tenido suerte al cruzarme con unas buenas personas. Sé por experiencia que poca

gente se ofrece a ayudar a alguien desconocido y menos a abrirle las puertas de su casa, como ha hecho Dragan.

Al despedirnos de su madre, le damos las gracias una vez más. Meribeth y yo subimos a mi moto con la sensación de dejar a unos buenos amigos en esa zona de Croacia. A veces la vida te concede estos pequeños regalos que al final de la etapa vital son los mejores. Nos empeñamos en dar demasiada importancia a las cosas materiales cuando en realidad lo esencial son quienes nos rodean.

Al aparcar la moto en el *parking* que hay a la entrada del pueblo de Rastoke, recibo un mensaje de Imanol y lo llamo por teléfono para saludarlo, le hago una videollamada mientras apoyo el móvil en un banco para poder mover las manos con libertad. Meribeth se aleja un poco de mí para darme privacidad.

—Hola, amigo, ¿cómo estás? —le pregunto a Imanol por señas.

—Calvin, perdona que te moleste, de salud me encuentro bien, pero tengo un dilema.

—¿Qué te pasa? Estás muy nervioso.

—Nada fuera de lo normal, creo que me he enamorado por primera vez en mi vida y no sé qué hacer. —Imanol está bastante serio.

—Te veo bastante apurado, ¿cuál es el problema?

—Realmente ninguno si no fuera porque la mujer que amo es Aitana.

—¿Nuestra amiga?

—Sí, ella misma.

—No entiendo dónde está el problema, es una chica maravillosa.

—Lo sé, no obstante, estamos muy lejos uno del otro, ella vive en Barcelona y yo en Zaragoza.

—Sigues sin decirme cuál es tu dilema.

—Calvin, ¿acaso no lo ves? No podría llevar una relación a distancia.

—En este caso, no te puedo ayudar, tendrás que resolverlo tú solo.

—Pues vaya solución. —Imanol comienza a enfadarse, es un tío extraordinario, pero cuando se mosquea por cualquier motivo, no atiende a razones.

—Sobre todo, procura no agobiarte, reconoce que, en temas sentimentales, cada cual debe hacer lo que crea que es mejor para su felicidad.

—Estoy muy confuso. Si le digo lo que siento y ella acepta a que mantengamos una relación, tal vez me pida que me mude a Barcelona y no me he planteado cambiar de trabajo la verdad.

—Por eso te decía que es decisión tuya.

—Dicen que el amor verdadero se presenta una vez y si dejo escapar ese tren por un puesto de trabajo, me arrepentiré toda mi vida, estoy seguro.

—¿Piensas declararte a Aitana? —Ha cambiado de opinión en dos minutos y eso me sorprende.

—Sí, suena un poco raro, ya que al comenzar a hablar contigo tenía mis dudas, pero no quiero echarme atrás.

—Así se habla, amigo. —Aplaudo con emoción. Me da igual que la gente de mi alrededor me observe.

—Gracias, Calvin, lo cierto es que, si propongo mi traslado a Cataluña, la televisión local me daría un puesto en cualquier cadena y aunque tuviera que desplazarme cada día de provincia, estaría relativamente cerca de ella.

—Una cosa, ¿estás preparado para la respuesta? —No me gustaría que le rompieran el corazón a mi mejor amigo.

—Sé que le gusto a Aitana, me lo dicen sus ojos cada vez que me mira. —Imanol continúa diciéndome, que tal vez el amor, sea una razón poderosa para justificar la locura.

Se ama con el corazón y se pierde la razón. Se demuestra con hechos y no solo con palabras. Se lee en el brillo de la mirada. Se percibe en el aire, nadie logra fingirlo.

—Qué bonito es el amor, algún día me gustaría tener esa sensación —lo digo tal como lo siento.

—Llegará cuando menos te lo esperes, Calvin. Sabrás que esa persona es la correcta cuando sientas que cambia tu vida por completo y a la que echarías de menos en la distancia.

—Como a ti te sucede con Aitana entonces.

—Verás, el otro día fui a Barcelona para ver a un amigo que tenemos en común, que estaba ingresado, y Aitana y yo coincidimos

en el hospital. Al vernos, me dio tal abrazo que me dieron ganas de besarla. No sé cómo me contuve. Ese día, me propuso dormir en su casa en vez de alojarme en un hotel.

—Qué emocionante debió ser para ti. Por favor, no me dejes en ascuas, dime qué responde a tu declaración.

—Te mantendré informado, faltaría más.

Antes de colgar el teléfono, Imanol me pregunta qué tal va mi viaje, le cuento con detalle el incidente con la moto y me responde que no se refería a eso. Su interés va más lejos, quiere saber si entre Meribeth y yo hay algo. Sin pensarlo dos veces, respondo con una tajante negativa. Entiendo que pueda pensarlo, pero le aclaro que ella y yo solo somos buenos amigos. Comienza a reír y me guiña un ojo, no se ha creído ni una sola palabra de lo que le he dicho, aunque es la realidad.

Es cierto que desde que hicimos el amor no he podido dejar de pensar en ella, en lo ardiente que es y en lo mucho que disfrutamos los dos del sexo. No me gusta hacer comparaciones y menos con las personas, pero el sexo con Meribeth, fue doblemente más placentero de lo que suele ser con Mía e Inés, quienes no dejan de preguntarme por el viaje de vez en cuando. A veces me recuerdan a mi madre por su insistencia y aunque a ella se lo tolero por quien es, a mis amigas no se lo acepto. No me gusta que intenten controlarme.

Me dirijo hacia donde está mi acompañante y la veo conversando con una familia compuesta por una simpática pareja y su hija de unos ocho años. La niña, muy risueña, lleva en la mano un libro de cuatro cuentos que le enseña a Meribeth. *Pequeños cuentos de mar y montaña* que, según comenta, le regalaron por Navidad. La familia es española, en concreto tarraconense y también veranean en Croacia. Como la niña, que se ha presentado como Gisela, se ha encariñado tanto con Meribeth, nos pide que la acompañemos a ella y a sus padres, a caminar por Rastoke, ellos tres se alojan en un hotel del mágico pueblo.

Meribeth acepta encantada y yo tampoco me opongo. Son una familia encantadora. Verla junto a la niña me ha conmovido, no obstante, he intentado disimularlo. La manera tan cariñosa de hablar

con Gisela e interesarse por su libro de cuentos con atención, me ha dejado sin palabras. En el fondo soy un sentimental.

Pasadas dos horas de recorrido, nos despedimos de esta familia y Meribeth y yo nos subimos a la moto. Somos como dos nómadas que viajan viendo mundo y se encuentran con gente que vale la pena conocer, como es nuestro caso. Desde Rastoke vamos a los lagos de Plitvice que están cerca y también son una pasada. No sé si existirá el paraíso, pero sin duda estos paisajes, me lo han recordado.

—Esta tarde será la última etapa de nuestra aventura. —Meribeth me lo comenta mientras se pone el casco antes de subir a la moto.

—Sí, en Veri Varos ya me espera el casero para darme las llaves del que será mi hogar en los próximos meses.

—Yo también buscaré algún alojamiento allí para esta noche, mañana temprano cogeré un bus para ir a Dubrovnik, donde el lunes me esperan quienes me ofrecieron trabajo.

—¿Han vuelto a ponerse en contacto contigo? —pregunto con interés.

—No tienen por qué, si bien es cierto que me dijeron que hoy viernes, como fecha límite, debería presentarme en las oficinas de turismo, les expliqué por WhatsApp el contratiempo que ha habido con tu moto y solicité ir el lunes, me contestaron que no pasaba nada si llegaba un par de días más tarde. Ya les puse mis condiciones y les comenté que el lunes estaría en Dubrovnik.

—Siento que por mi culpa puedes quedar mal.

—Nadie es culpable, los vehículos fallan de vez en cuando como es lógico, no supone ningún problema.

—Como compensación por los problemas ocasionados, y ya que mi casa de Varos tiene dos habitaciones, te invito a alojarte conmigo esta noche, no hace falta que hagas una reserva en el hotel. Si no te importa, claro está.

—Pues acepto, si quieres podemos ver algunos lugares juntos este fin de semana, por fin el domingo me iré y te dejaré tranquilo.

—Eres muy exagerada, sabes que no molestas. Si quieres, el domingo te acompaño a Dubrovnik en moto, iremos por los pueblos

de la costa adriática, así de paso que los vemos, llegarás más rápido que en el transporte público y podrás descansar. ¿Cómo lo ves?

—No me voy a negar, en ese caso, aprovecharemos el fin de semana. —Estas palabras de Meribeth me reconfortan, aún puedo seguir disfrutando de su compañía antes de separarnos.

—¿Qué propones para mañana? Tenemos el sábado por delante. —Intento que tenga más confianza conmigo y sea ella también quien se involucre en nuestros planes.

—Verás, yo también he anotado algunos sitios de este país, aunque como es normal no podemos verlos todos, ya los iremos descubriendo. Entre ellos, me gustaría ver Lokrum.

—Ostras, coincidimos sin duda. Lokrum lo tengo anotado en una hoja como destino pendiente para visitar. Es una pequeña isla, por lo visto un parque natural.

—Dicen que es espectacular. Tampoco quiero perderme el trayecto turístico que hace un barco por Dubrovnik.

—Así es, tenemos tiempo de ver Croacia tanto tú como yo. Imagino que te harán el contrato para los meses estivales y podrás estar aquí bastante tiempo.

—A ver, hasta que no esté allí, no lo sabré seguro. —Se encoge de hombros. En realidad, tiene razón, hasta que no vaya a las oficinas, no tendrá toda la información.

***

En dirección a Split, paramos en un restaurante a comer, antes de llegar a Zadar para ver la bonita puesta de sol desde ahí. Tengo entendido que también es un lugar digno de visitar por su historia, como yo no puedo tomar alcohol debido a que tengo que conducir, le propondré a Meribeth que pruebe un licor color rojo que es afrutado y delicioso que se hace con cerezas marasca, el Maraschino, aún conservo parte de la botella que me trajo Imanol como regalo y solo lo tomo en ocasiones especiales. Eso sí, compraré un par de botellas para beberlas en casa durante mi estancia en Croacia los tres próximos meses.

En la ruta, vemos un restaurante cerca de un pequeño bosque arbolado y decidimos parar. Una vez sentados, Meribeth pide un rico filete de atún, de unos 400 g a mí me apetece probar un filete de

ternera con salsa gorgonzola que está delicioso. Antes de estos platos, hemos compartido otros entre los dos. Ostras y calamar fritos, ensalada de patata y hamburguesa de pulpo. Nuestro estómago está lleno y salimos satisfechos del local.

El camarero que nos ha atendido nos ha recomendado un chiringuito que hay a pocos metros y por lo visto hacen buenos cócteles.

Dejo la moto aparcada, al lado del restaurante, y Meribeth y yo andamos por un camino de tierra hacia el lugar, con intención de movernos un poco tras la abundante comida. De pronto, oímos un ruido extraño y vemos a un jabalí que se cruza por delante de nosotros con su pequeña cría detrás.

—Calvin, el jabalí nos está mirando, ¿crees que nos atacará? Es muy grande, en mi vida había visto uno tan cerca de mí y de ese tamaño.

—Qué va, no me digas que tienes miedo. —Me quedo sorprendido por su actitud.

—Por si acaso, avanza más deprisa, por favor, no te pares. —Meribeth está temblando y sin pensarlo dos veces, le cojo la mano para pasar juntos el tramo hasta llegar al chiringuito. Adoro sentir su contacto, así como sus finos dedos entrelazados con los míos, siento que debo protegerla e imagino por un momento que soy un superhéroe con capa que estaría dispuesto a hacer cualquier cosa por ella.

¿Me estaré volviendo loco?

La imaginación no tiene límite, sin duda. Seguimos caminando hacia el bar y una vez allí nos relajamos mientras nos sirven un rico cóctel típico de la zona. Desde luego, no me gusta que esté tan asustada y con cierto temor. Si ella pudiera ver a través de mis ojos, vería cuánto me preocupaba al verla tan espantada por un simple jabalí. Puestos a pensar, diría que la situación es de risa, pero no es el momento ideal para bromear sobre los miedos de cada uno. Yo también tengo un poco de pánico la verdad y procuro que no me lo note para evitar que se ponga aún más nerviosa. Sé de sobra que los jabalís hembra defienden a sus crías de cualquier amenaza y

puede intentar atacarnos si percibe que podemos hacerle daño a su pequeño.

—¿Estás mejor? —le pregunto a Meribeth que sigue tensa y asustada.

—Sí, gracias, aunque solo de pensar que debemos volver hacia el *parking* del restaurante por el mismo camino, estoy acobardada.

—No creo que volvamos a ver a los jabalís, se habrán alejado al vernos.

—Yo no estoy tan segura, tú por si acaso terminas tu cóctel lo antes posible, no quiero tener que regresar de noche y sin que haya iluminación. No me hace ni pizca de gracia todo esto.

—He visto que hay una carretera, igual podemos volver andando por el arcén y de esta manera evitamos regresar por el mismo camino.

—Si me coges una vez más de la mano, iré más tranquila. —Me mira a los ojos y me derrito por dentro, ¿estará intentando decirme algo relevante que no consigo adivinar?

—¿Ya no estás enfadada conmigo?

—Digamos que te concedo una tregua, si coges mi mano estaré más tranquila.

—Aunque no te lo creas, para mí es un placer lo que me pides. —Y soy sincero porque le estoy diciendo la verdad. Mis palabras la han desconcertado, he podido leerlo en su mirada. Le guiño un ojo, pido la cuenta y nos vamos.

Su petición me ha pillado por sorpresa, sé que es una chica valiente y saber que, con ese acercamiento entre nosotros, va más segura, me halaga. Mientras regresamos al restaurante andando, parecemos dos enamorados que van uno al lado del otro. Me doy cuenta de que sus pequeñas manos sudan debido a los nervios y sin pensarlo dos veces, me paro y la beso. El mundo se detiene para mí, su perfume me hipnotiza. En este instante tengo la impresión de estar en un pequeño bosque encantado con una preciosa hada que me besa también, elevándome al mismo cielo. Solo existimos nosotros dos. Me es indiferente que haya cerca jabalís, que, por cierto, los oímos una vez más, así como si alguno intenta atacarnos,

mi miedo ha desaparecido. En lo único que pienso, es en la asustada Meribeth.

Al separar nuestros labios, la beso en la frente y comienzo a cantar un tema romántico en inglés, ella me felicita, ya que según dicen tengo una bonita voz. Hay algún refrán que otro para estas situaciones, uno de ellos, es que si tarareas un tema musical mientras sientes pánico por algo, alejas tus propios miedos. Para distraerla, comienzo a hablar de las rutas turísticas que deberíamos hacer juntos. Las islas Jabuka, Svetac y Brusnik entre algunos lugares, por poner un ejemplo, así como hacer un recorrido por Trogir.

Cambiando de tema, sigo con su trabajo, ella me responde con monosílabos a cada pregunta que le hago. Sufro al verla tan nerviosa y me siento impotente.

—Gracias —dice Meribeth una vez que llegamos al *parking* donde tengo mi moto. Ella suelta mi mano.

—No tienes por qué dármelas,

—Ya se me ha pasado, he sentido verdadero pánico de ser atacada por los jabalís.

—Es comprensible, los hemos tenido muy cerca.

—Vámonos de aquí cuanto antes. —Casi me lo suplica.

—Ahora mismo seguimos a Zadar para ver la puesta de sol —lo digo tan serio y preocupado que ella me mira a los ojos. No sé qué pasa en este momento, que de repente los dos nos descojonamos de la risa. Casi lloramos y todo.

—Calvin, ¿te has parado a pensar en todo lo que está ocurriendo durante nuestro viaje? —me pregunta sin parar de reír.

—¿A qué te refieres? —le respondo haciéndome el distraído, aunque sé perfectamente qué quiere decir.

—A ver, nos han pasado muchas cosas. Que, si nos alojan en una misma habitación la primera noche, que, si tu moto nos deja tirados, y, por último, ya esto de los jabalís ha sido el colmo.

—Te doy la razón, espero no tener más anécdotas de este tipo que contar a nadie sobre esta ruta tan entretenida.

—Ya llegamos esta noche a Veri Varos, a tu casa.

—Esta noche descansaremos bien, espero que la cama sea cómoda. Después del domingo, que te acompañaré en moto a Dubrovnik, tendremos que volver a vernos para hacer turismo.

—Sí, espero aprender todo acerca de este país para trabajar en mi nuevo empleo. Necesito prepararme bien para ejercer como guía —contesta Meribeth con cierto misterio que no logro descifrar. Me he dado cuenta de que a veces se queda pensativa, sus ojos reflejan melancolía, ajena a lo que sucede a su alrededor. Tengo la impresión de que está preocupada por algo, como si viviera en otro mundo paralelo a este. Soy muy observador y suelo fijarme mucho en los gestos y el comportamiento de las personas. Debido al trabajo que desempeño, como arquitecto, puedo visualizar en mi cabeza mis futuros proyectos antes de llevarlos a cabo y me apasiona hacerlo, aunque también sé observar en silencio a la gente.

Hace tiempo me di cuenta de que, mediante su actitud, también es fácil visualizar su personalidad si sabes cómo leer sus miradas. La Meribeth que siempre he conocido, se comía el mundo con su optimismo, afrontaba cualquier problema por pequeño que fuera.

Mi familia y yo siempre la hemos admirado, es una chica muy cariñosa que adora a sus padres, a quienes respeta.

Era una estudiante que sacaba notas altas en sus exámenes y no me extrañó cuando supe que, en el grado de turismo, obtuvo su titulación con matrícula de honor. Una mujer educada y con valores, amiga de sus amigos.

Tengo qué saber qué pasa por su mente de vez en cuando, y no es por cotilleo, sino por interés. Ella me importa tanto que a veces me hace plantearme qué sentimiento ha despertado en mí y ese hecho me desconcierta.

Por otra parte, no puedo ver su mirada ausente y sin ilusión. Es una chica joven, nadie a su edad debería preocuparse por nada. Es imposible definir lo que me transmite ni lo que siento al mirarla.

Algunas personas como ella, nos atraen, embrujan, cautivan sin razón alguna, nos envuelven con su magia. La belleza de una mujer está en lo que transmite, en lo que siente y percibe, está en su interior. El que no todas las personas pueden ver. Quisiera alcanzar las estrellas, para regalarle una a Meribeth. Hacerle comprender que

su existencia, es lo más importante de su vida. La ilusión nunca debe perderse, vale la pena encontrarla y tenerla. La vida misma es una ilusión, una puerta a la esperanza para realizar un sueño.

Cuando llegamos al fin del camino vital, quizás algunos no se hayan alcanzado; sin embargo, la ilusión es lo que nos mantiene vivos.

***

Una hora más tarde llegamos a nuestro nuevo destino, Veri Varos, de Split, planeando volver a Zadar con más tiempo para ver mejor esa bonita ciudad. Antes de irnos, Meribeth y yo nos hicimos una *selfie* con un fondo espectacular, la famosa puesta de sol de Zadar, es alucinante. La hemos contemplado desde unos escalones de mármol llamados el órgano marino de Zadar. Debajo de dichos escalones hay tuberías, ya que la estructura es hueca, y al romper las olas en la construcción, por esos tubos, se produce un sonido musical maravilloso.

Tanto Meribeth como yo, hemos flipado escuchando este instrumento tan famoso en Zadar. Con razón mi amigo Imanol me decía que no me lo perdiera por nada del mundo, y con una buena compañía, no se puede pedir más. Quien sabe inventar un paraíso para aquellos que le importan, hace de su propia vida, una aventura digna de recordar. Esta es mi opinión, aunque suene cursi la verdad. En la maleta, llevo dos botellas de Maraschino, que, por cierto, al probarlo Meribeth en la tienda, le ha encantado su sabor.

Algunas calles de Veri Varos son estrechas, empedradas, por lo que nos llama la atención, así como sus casas, también algunas de piedra. Los vecinos del barrio nos miraban al pasar. No pasamos desapercibidos entre ellos y más siendo turistas. A un señor muy amable, le pregunté en inglés por el número de la casa que alquilé y me indicó la dirección hacia allí.

Es un barrio pequeño de Split, se conoce toda la gente y no es de extrañar. Justo lo que yo necesito para disfrutar de mis vacaciones y desconectar de la rutina laboral.

Capítulo 9



Próximo destino: Dubrovnik

Meribeth está inquieta, no deja de dar vueltas a su problema de salud. Siempre ha dado más importancia a otras cosas y cuando le ha surgido esta contradicción su vida dio un giro radical.

Han entrado en la casa que Calvin tiene alquilada, con salón comedor, dos baños y en el exterior, un pequeño y bonito jardín muy bien cuidado que le encanta, pues tiene varias flores de diversos colores que han llamado su atención. La vivienda dispone de dos dormitorios muy amplios y casi iguales de medida. En total unos setenta y cinco metros habitables, sin contar el balcón. El dueño de la casa, de unos sesenta y cinco años, es un pescador de la zona, alto y robusto, con barba de pelo castaño y algunas canas debido a su madurez. Él y su familia viven en otra casa situada en la misma calle, a unos pocos metros.

Cuando el propietario se marcha, Calvin y ella recorren la casa, suena su teléfono.

—Hola, mamá, acabamos de llegar a Split. ¿Qué tal estáis?

—Meribeth, tesoro, tu padre y yo estamos bien, trabajando como siempre.

—Me alegro de que os encontréis mejor, menudo resfriado habéis tenido.

—¡Sí!, estaba deseando volver a conducir mi taxi por las calles de Edimburgo.

—Imagino que tener a papá encerrado en casa no será fácil, se agobia bastante.

—Cómo lo sabes, eso de quedarse en la cama no va con él, aunque es un amor, me ha cuidado mucho. Ha sido un buen enfermero, él se ha encargado de hacer la comida y la cena que ha sido a base de caldos y purés para curarnos cuanto antes el constipado.

—A veces os envidio.

—¿Por qué? —pregunta Keyla a su hija.

—Tenéis un amor tan intenso que perdura con los años.

—Algunas veces te he comentado que no siempre fue así. Yo no creía en el amor.

—Lo sé, lo pasaste mal a consecuencia de la separación de tus padres.

—Por esa razón, en mi novela *La taxista de Edimburgo* quise publicar mi experiencia como protagonista de esta historia.

—Y lo veo bien, pero para mí lo más bonito, es que hayan pasado los años y papá y tú sigáis tan enamorados como el primer día que os conocisteis.

—Tienes razón, una cosa, estoy intrigada, ¿a qué viene sacar este tema ahora? ¿Sucede algo que no me hayas querido contar? — Keyla está preocupada, su hija está muy extraña, su sexto sentido femenino y su intuición maternal, se lo demuestran.

—Nada, mamá, es que hoy estoy un poco cansada, el viaje en moto hasta aquí se me ha hecho un poco pesado.

—Sabes que puedes contarme lo que sea, soy tu madre, recuérdalo, ante todo quiero que haya confianza entre nosotras.

—Y la hay, mamá, no te preocupes.

—Ánimo, princesa, dentro de dos días te reincorporas al trabajo en Dubrovnik. ¿Cómo te va con Calvin? ¿Ha sido un buen acompañante?

—Lo cierto es que sí. Es un chico muy bueno, lo he pasado muy bien viajando a su lado.

—Esta noche te quedas a dormir en su casa, ¿no?

—Sí, y mañana sábado también, ya estamos aquí.

—Ok, cielo, te dejo entonces para que puedas darte una ducha antes de cenar. Hablamos el domingo cuando estés instalada en Dubrovnik. Dale recuerdos a Calvin, me alegro de que os llevéis bien.

—Un beso, mamá. —Al colgar su teléfono, se dirige hacia la que va a ser su habitación. Calvin saca las sábanas de algodón, para las camas, que están en un armario.

El propietario de la casa también ha dejado una tarjeta de un restaurante cercano en el que deciden pedir comida a domicilio. Pasada media hora, cenan en el balcón de la casa mientras contemplan las estrellas.

—¿En qué piensas? Te veo rara y no sé por qué —pregunta Calvin. La actitud reservada de ella, lo desconcierta.

—No pienso en nada en especial.

—¿Por qué te empeñas en ocultar tus secretos conmigo? —dice en un tono más alto de lo habitual.

—¿Perdona? ¿De qué secretos hablas? No tienes por qué saberlo todo de mí.

—Es verdad, no soy quién para interesarme por ti, ni tengo por qué preguntarte cómo estás. Me lo acabas de dejar muy claro, disculpa.

—Oye, vamos a dejar las cosas claras. El hecho de haberme acostado contigo, no significa que tengas ningún derecho sobre mí.

—Vale, no comprendo por qué te pones tan borde conmigo.

—Es que a veces eres muy insistente. Además, tú y yo solo somos buenos amigos, no sé por qué debería confesarte mis pensamientos, no tenemos tanta confianza.

—Es cierto, pero los amigos también se preocupan, como yo en este caso, aunque no voy a insistir. —Calvin se levanta de la silla y camina hacia ella. Ve que sus ojos están tristes, sin apenas brillo en su mirada.

Se acerca y coge su barbilla con la mano. Besa su frente y la abraza con ternura, susurrando a su oído palabras apasionadas que la estremecen. Comienzan a acariciarse con prisa, desesperados, como si fuera la última vez que estarán juntos. Ella no puede evitar las lágrimas, Calvin se da cuenta y las seca con su boca, sigue preocupado, ignora por qué está cabizbaja. Meribeth comienza a acariciar su pecho lentamente, besa su cuello con dulzura, produciéndole un goce indescriptible. Ninguna mujer ha conseguido hacerle sentir ese inmenso placer, ella tiene un don especial. La coge en brazos, la besa en los labios, que tienen sabor a sal debido a las lágrimas. Se van despojando de su ropa uno al otro hasta que llegan a la cama del dormitorio principal.

El deseo entre ellos es recíproco y se dejan llevar por sus sentimientos.

—Meribeth McMoray, estoy hechizado. ¿Qué me has hecho? Si después de cada conflicto entre nosotros nos reconciliamos de esta forma, discutiremos cada día si es necesario.

—Ummmm, yo no he hecho nada, quizás soy una bruja escocesa y lo mantengo oculto —susurra a su oído mientras hacen el amor, entrelazando sus dedos en el suave y brillante cabello rubio de Calvin.

—¿Una bruja dices? Entonces tendré que tener cuidado contigo, no vaya a ser que sigas atrapándome con tu magia.

—¿Y qué piensas hacer para evitarlo? Quizás tenga un gran poder sobre ti.

—De momento dormiré a tu lado esta noche, no vaya a ser que intentes quemarme en tu hoguera, nena, tendré que vigilarte muy de cerca —sugiere un seductor Calvin.

—Para mí será un suplicio dormir contigo, no me hagas esto, por favor. Admirar tu rostro tan cerca y sentir en mi piel el calor de tu cuerpo pegado al mío, será una verdadera tortura. —Meribeth juega con él.

—¿Quién ha dicho que vamos a dormir, mi «pequeño albaricoque»? —Ella se acurruca en sus brazos y apoya la cabeza en su pecho, mientras escucha los latidos de su corazón. Si existe el paraíso, es precisamente a su lado. Duermen toda la noche abrazados.

Al día siguiente, la primera en despertar es Meribeth que observa a Calvin dormir plácidamente, considera que él es lo mejor que tiene en su vida.

Desconoce si existe el cielo, pero ya cree estar en él con solo tenerlo junto a su cuerpo, en la misma cama. Acaricia su sedoso cabello con mucho cuidado para no despertarlo, antes de ir al baño a ducharse. Uno de los lavabos de la casa es amplio, con un gran plato de ducha, y se siente cómoda.

La noche anterior, ella y Calvin pudieron disfrutar del sexo varias veces. Se ha entregado a él en cuerpo y alma, aunque imagina que, para Calvin, solo ha sido una noche más.

Mientras cae agua tibia por su cuerpo, medita sobre su situación. Vuelve a sentirse culpable por engañar a quienes más quiere. Se arrepiente de haberlo hecho, sin embargo, ya no hay vuelta atrás.

Cuando era pequeña solía decir alguna mentira, pero con esto, se ha pasado de la raya. No sabe qué excusa poner para quedarse con él en esa acogedora casa en la que podría estar unos días junto al hombre que ama, antes de someterse a un tratamiento bucal al que le tiene pánico.

Está harta de soportar ese gran peso en soledad, necesitaría algún apoyo por parte de alguien cercano que la comprenda y la ayude a superar este mal trago, se siente sola.

¿Cómo decirle a Calvin que no existe ningún puesto de trabajo en Dubrovnik, que todo ha sido una farsa para estar junto a él el mayor tiempo posible? ¿La perdonaría? Está segura de que no, pero debe arriesgarse, toma la decisión de decirle la verdad, aunque tenga consecuencias y no reaccione cómo ella espera.

Siempre fue una chica valiente que supo afrontar sus problemas con determinación. Este es uno de ellos.

Sale de la ducha envuelta en una toalla y va hacia su habitación a vestirse, toda su ropa está en la maleta en la que guardó algunas

de sus prendas más cómodas. Blusas, algún vestido y varios pares de pantalones, así como conjuntos de ropa interior, también dos bikinis para bañarse en Croacia, en las aguas del mar Adriático. Piensa que ya es la hora de confesar su gran verdad, la razón de por qué está en este momento y en ese país con Calvin. Solo espera que haya comprensión y empatía por su parte.

Respira hondo y sale del cuarto, va hacia la cocina de donde viene un rico olor a café. Allí está él, con el pelo mojado aún después de ducharse. Le parece tan atractivo, que se recrea la vista una y otra vez.

—Buenos días, he visto que te has duchado antes que yo, ¿has dormido bien? —pregunta Calvin guiñando un ojo y dándole un beso en los labios, acercándose a su cuerpo.

—Buenos días, sí, ¿estás preparando tostadas? —Ella toma distancia y se sienta en la silla. No deja de dar vueltas a cómo decirle lo que está a punto de revelar.

—En ello estoy, mira, lo que hay en la mesa lo ha dejado el casero para nosotros, ¿no te parece un buen detalle por su parte?

—Ya ves, ¡menudo desayuno, todo tiene una pinta estupenda!

—Anoche ya le comenté que te quedarías en esta casa un par de días, no quiero problemas. En principio solo me esperaba a mí, que es lo que acordamos.

—De eso quería hablarte. —Meribeth le da un trago al café con leche. Después de dejar la taza encima de la mesa, cruza las manos, está tan nerviosa que no sabe cómo empezar a explicarse con claridad.

—¿Qué te pasa?

—Calvin, lo que tengo que confesarte no es fácil, espero que me entiendas, por nada del mundo quiero que me malinterpretes ni pienses que soy una mentirosa compulsiva.

—Me estás asustando. Di ya lo que sea.

—No es nada malo, no te preocupes. Verás, hace unos días, en una revisión anual en el dentista, me comentaron que debía tratarme cuanto antes de un problema bucal, parece ser que, sin importancia, aunque debo hacerlo lo antes posible. —Lo suelta de pronto, traga saliva y respira hondo, siente que le falta el aire.

—Tranquilízate, por favor. —Está preocupado al verla tan angustiada. Se acerca a ella y vuelve a besarla en los labios, animándola a continuar hablando.

—Eso intento, pero estoy un poco asustada. Nunca me ha gustado acudir al odontólogo.

—¿Qué dices? No puede ser, te considero una mujer madura. —Su cara es de sorpresa absoluta.

—Oye, yo soy muy madura, pero entiende que no es fácil oír que debo acudir al único médico al que le tengo pánico, y más sabiendo que es para tratarme de un problema en la boca. Odio tumbarme en ese sillón de la consulta.

—A ver, no es para tanto. A mí tampoco me hace gracia tener que estar en el sillón, aunque no hay más remedio, la higiene dental es muy importante.

—Claro, tú lo ves muy fácil —responde Meribeth enfadada.

—Una cosa, ahora que vas a trabajar en Croacia, supongo que mirarás alguna clínica de odontología en Dubrovnik, ¿no?

—Lo cierto es que no, regreso en unos días a Edimburgo, y, no te lo pierdas, ahí va la noticia bomba. El puesto de trabajo como guía turístico en Dubrovnik, es una completa mentira.

—¿Quéééé? Eso es imposible. ¿Te han engañado? Estoy en *shock*, disculpa. Podemos poner una denuncia, ¿tienes el número de teléfono de quienes te llamaron? —Meribeth se sienta en sus rodillas, él es tan ingenuo que no sabe por dónde van los tiros.

—Es normal que te sorprendas, en tu caso yo también lo estaría, pero estás muy equivocado, nada es lo que parece.

—¿A qué te refieres? Habla claro, no te entiendo.

—Eres la primera persona con la que quiero desahogarme, necesito contarte toda la verdad.

—¿Qué secreto escondes? Dímelo cuanto antes, por favor. —Calvin la atrae hacia sí y la abraza con fuerza, susurra en su oído que está dispuesto a hacerla olvidar por momentos su enfermedad. Ella se merece disfrutar de unos días inolvidables y él está dispuesto a hacerlo posible.

—Solo te pido una cosa, que empatices conmigo, simplemente. Si me lo permites, me gustaría quedarme aquí en tu casa unos días,

antes de irme a Escocia, pero después de saber la verdad no sé si seguirás queriendo que me quede.

—Por supuesto que sí, somos amigos, no lo dudes nunca. Tendrás mi hombro para apoyarte y mis brazos para darte cobijo cuando lo necesites.

—Y yo te lo agradezco. Calvin, verás, te he mentido respecto a mi empleo.

—¿En qué exactamente?

—Nunca recibí esa oferta de trabajo en Dubrovnik, no era mi intención engañarte, en cambio, tengo motivos. ¿Quieres saber mis razones?

—No soy quién para pedirte explicaciones de tu actitud, ¿tienes intención de dármelas? —pregunta un comprensivo Calvin. Meribeth asiente con la cabeza y comienza a declarar su amor por él, decidida a hablar de sus sentimientos. No quiere perder más tiempo, prefiere arriesgarse a confesar la verdad aún a sabiendas de que él no le corresponde.

—Siempre fuiste un niño meticuloso que me amargó en mi infancia. Una pesadilla para mí, que conste que no es ningún reproche, cada cual es como es.

—Vaya, ¿y ahora a qué viene eso? Pensé que íbamos a seguir con la otra conversación —bromea Calvin, le ofrece un vaso de agua al verla tan abrumada, pero ella no quiere.

—Déjame continuar, por favor, de lo contrario no podré seguir expresando mis sentimientos.

—Disculpa, no volveré a interrumpirte. —Está muy extrañado.

—Como te decía, cuando era niña, temía que nos viéramos porque te burlabas de mí, pero al crecer, soñaba con volver a verte para estar cerca de ti, admito que es contradictorio.

—Siento en el alma que no te prestara más atención por aquel entonces. Me arrepiento de lo que te dije. He cambiado, ya no soy aquel engreído que no valoró lo suficiente a una chica como tú.

—Lo sé, me lo estás demostrando a diario. Respecto a mis sentimientos, por un lado, temía verte porque fuiste bastante cruel conmigo, sin embargo, estaba deseando que nuestros padres se reunieran, ya que solo quería ver tus ojos una vez más.

—Me abrumas, Meribeth, no sé qué decir.

—Te amo, comencé una relación con Blake para olvidarte, pero no lo conseguí.

—No estaba al tanto, imagino lo difícil que debió ser para ti estar al lado de un hombre que no querías.

—Mucho, a cada paso que daba por la calle, creía verte, imaginaba que estabas entre la gente, o esperándome en alguna cafetería. Incluso que me traías mis flores preferidas, la lavanda.

—No sabía que estas flores son las que más te gustan. En Hvar podremos verlas, hay miles de ellas.

—Y lo haremos si te apetece. Pienso comprar unas bolsitas de lavanda para perfumar mi ropa en el armario.

—Si las venden por aquí, yo también cogeré alguna.

—¿Sabes, Calvin? He soñado muchas veces contigo. Cuando los labios de mi ex me besaban, solía imaginar que eran los tuyos. Sé que fue injusto para Blake, debí ser más sincera con él.

—Quizás sí, no me gusta juzgar a las personas, pero pienso que merecía saber que su amor no era correspondido.

—¿Intentas hacerme sentir mal? Te recuerdo que Blake fue quien me dejó, yo incluso tenía pensado casarme con él para olvidarte.

—No me malinterpretes, allá vosotros, lo que hagáis con vuestra vida no me incumbe, lo que sí está claro es que por lo visto se arrepintió de su actitud. El otro día me comentabas que fue a buscarte a casa de tus padres, igual tiene intención de reconciliarse contigo.

—Jamás volvería con él, es un hombre muy autoritario que me quería tener encerrada en casa constantemente, una vez se atrevió a prohibir que saliera con mis amigas, por suerte no le hice caso.

—Ufff, entonces has hecho bien en alejarlo de tu vida, nadie debería cortar las alas a otra persona, como se suele decir.

—Yo con quien quería estar era contigo y con nadie más. Pensé que te olvidaría, pero fue imposible.

—Nunca sospeché nada, no imaginé que despertara ese sentimiento en ti. Creía que entre nosotros hay una buena amistad.

—Y la hay, aunque por mi parte, existe algo más profundo que no puedo controlar. —Meribeth está muy emocionada y a la vez

tranquila al poder expresar los sentimientos que tenía ocultos—. Cuando supe que tenía que recibir un tratamiento que aún no sé en qué consiste, sentí tanto miedo que decidí huir de Edimburgo. Quise ir a Zaragoza, donde estabas tú, para que mi miedo desapareciera solo con verte. Por entonces ya sabía que vendrías a Croacia, por las conversaciones de nuestras madres, e ideé un plan para venir hasta aquí contigo.

—Me tienes muy intrigado, ¿qué hiciste para conseguir estar aquí?

—Inventar ese puesto de trabajo. Consideré que era la excusa perfecta para venirme contigo a Croacia, no me odies por favor.

—A ver, vayamos por partes… Entonces, la llamada que recibiste para hacerte un contrato de guía turística, ¿quién la hizo? —Calvin continúa en *shock*.

—Nadie importante, fue alguien que se equivocó de número y después de colgar, al darse cuenta de su error, yo seguí hablando como si estuviera el interlocutor al otro lado de la línea. —Oír las palabras de Meribeth, dejan a Calvin bastante sorprendido, jamás habría imaginado que ella lo amara, ni tampoco que ese viaje haya sido una excusa para estar con él. Prefiere mantenerse cauto para no herirla, pero en el fondo se siente muy decepcionado.

—Dime algo por favor, sé qué habrá sido impactante para ti todo lo que te he dicho.

—Meribeth, durante este viaje, te he ido conociendo un poco más y me gusta la mujer que está junto a mí. Eres fuerte, decidida y segura de ti misma. Ambos hemos cumplido los veintiocho años, no somos niños, si hubiera sabido que me amas, no habría mantenido relaciones sexuales contigo, lo digo con sinceridad.

—No seas anticuado, por favor, a los dos nos apetecía darnos un buen revolcón.

—Sí, sí, en eso estoy de acuerdo, igual me he explicado mal. Lo que quiero decir es que hubiera preferido no acercarme a ti para que no te hicieras ilusiones.

—¿Te arrepientes? Claro, vaya pregunta, prefieres acostarte con Inés y Mía, dos mujeres mejor que una. —De pronto, Meribeth comienza a reír a consecuencia de los nervios, está tan celosa que

no lo disimula. Calvin cree que no debería justificarse, ya que no tienen ninguna relación sentimental, pero, aun así, le aclara una vez más que entre sus dos amigas y él solo hay sexo. Respecto a ella, por nada del mundo desea hacerle daño, la quiere y la admira profundamente, sin embargo, no la ama y así se lo dice.

—No quiero engañarte, siento por ti algo muy especial que no sé explicar, sin embargo, creo que no es amor.

—¿Nunca has oído que el amor es inexplicable? No eliges de quién te enamoras.

—Mi padre siempre suele decirle a mamá, que la persona que te quiere logra dibujarte una sonrisa para hacerte feliz. Renunciando incluso a su propia dicha, para que tu pareja lo sea.

—¡Qué palabras tan románticas! Seguro que él también lo es.

—Sí. También acostumbra a referir que quien te ama reserva en su mundo un lugar privilegiado para ti, aquella persona que siempre guardará un pedacito de su corazón donde solo tú tendrás protagonismo.

—¿Crees que algún día encontraré a esa persona que me ame como dices?

—Estoy convencido de ello, Mira, si te parece bien, te propongo una cosa. —Seca las lágrimas de la chica con un pañuelo de algodón que suele llevar en el bolsillo.

—Antes quiero pedirte disculpas por mi actitud infantil, espero que me comprendas, estoy desesperada por todo lo que me está pasando.

—Me cuesta asimilar lo que acabas de decirme, odio que me mientan y más si es una persona de mi entorno y en la que confío. No obstante, puedo entender tus razones.

—Eres muy comprensivo, Calvin. Siento haberte engañado.

—Ya te he dicho que somos buenos amigos y como tal, debemos apoyarnos, pero te pido que no lo vuelvas a hacer. —Coge su mano y la besa con ternura. Su primera reacción es conseguir que su viaje a Croacia sea inolvidable. Quiere distraerla lo máximo posible para que no piense demasiado en su visita al dentista.

—Una vez, conocí a un odontólogo que me dijo que para sus pacientes era muy recomendable tener una buena actitud.

—¿En serio? No le encuentro ningún significado a esas palabras. —Meribeth está desconcertada.

—El médico se refería a que la mente es muy compleja y debemos mentalizarnos, que nos curaremos, debes confiar en el profesional que te atiende.

—Justo lo que me he propuesto, aunque tenga miedo, intento superar esta etapa de mi vida, fíjate que ni me atreví a preguntar cuál es la enfermedad bucal que tengo.

—Mi consejo es que vivas la vida lo mejor posible, piensa en el presente, olvídate del pasado y del futuro.

—Trato hecho, lo intentaré. Por cierto, ¿qué me ibas a proponer? —Extiende su mano para hacer el pacto con Calvin.

—Es verdad, aún no hemos hablado de este tema. Te propongo que durante esta próxima semana que estarás en Croacia, te olvides de tu visita médica e intentes disfrutar el máximo posible. —Calvin quiere hacerle olvidar que, dentro de siete días, ella regresará a Edimburgo para comenzar su tratamiento, a lo que acepta encantada. Por su parte, ella le pide discreción, no quiere que mencione nada al respecto en el grupo de «Los inseparables», hecho que él acepta y comprende.

Deciden ocultar la verdad, tanto a sus familias como a los amigos, al menos hasta que Meribeth vuelva a casa y hable con sus padres sobre el tratamiento que deberá recibir. También han acordado en decir, que en la agencia en la que debería haber trabajado ella de guía turístico, ya han cubierto la vacante que tenían guardada, por lo que supuestamente Meribeth sufrirá una gran desilusión.

Calvin no es partidario de las mentiras y opina que tarde o temprano la verdad sale a la luz, sin embargo, está decidido a hacer lo que ella crea oportuno.

En la moto suele llevar una pequeña libreta y un bolígrafo, va a cogerlos y le sugiere a Meribeth que anote los lugares de Croacia a los que le gustaría ir y que aún no han visto, así como los platos que le gustaría probar.

Planificar una agenda diaria, cree que le hará olvidar por momentos su enfermedad. Para ella también es un alivio haber

confesado sus sentimientos, aunque siga un poco decepcionada al ver que él la desea, pero que no siente amor hacia ella.

Tiene dudas respecto a qué hacer si, algún día, surge la oportunidad de volver a hacer el amor con él. No quiere renunciar a Calvin, aunque le duela en el alma, no ser correspondida. Se aferra a la idea de que, quizás, algún día no solo la vea como una buena amiga, sino que sienta algo más profundo. Es la única persona que sabe borrar las lágrimas de su rostro, las mismas que un buen día quisiera que fueran de felicidad. Sueña con que él logre que su herida cicatrice, que la ame con locura, que esté a su lado cuando más lo necesite.

Quiere ser importante, que su luz lo ilumine, ser la mujer que logre conquistarlo. Cualquiera podría pensar que tiene la batalla perdida, pero ella, al ser tan luchadora, considera que debe ganar a toda costa. Se niega a tirar la toalla, piensa utilizar sus armas de mujer para seducirlo o al menos intentar que se enamore de ella. Cuánto le gustaría oír la voz de sus dos abuelas, ellas solían aconsejarle.

Una vez al mes, va al cementerio para expresar sus sentimientos delante de su tumba. Antes de fallecer, las dos abuelas por separado le dieron un consejo que suele aplicar. Le advirtieron de que no se diera por vencida en nada, ya que los sueños se alcanzan si tienes el suficiente valor para ir a realizarlos. Cuánto las echa de menos en algunas ocasiones. Ellas eran dos mujeres muy sabias. Las clásicas abuelas cariñosas que consienten a sus nietos con múltiples besos y los abraza con dulzura. Sus guisos, postres y pasteles caseros eran tan sabrosos que tenían un aroma especial. Abuelas ejemplares que cualquier nieto o nieta quisiera tener a su lado. Sus padres le inculcaron valores, con sus cuatro abuelos, aprendió que la vida solo se vive una vez y a cualquier meta, por inalcanzable que parezca, es posible llegar con ilusión y esperanza.

Capítulo 10



Una semana para estar contigo

Mientras mi compañera de casa organiza el *planning* en su agenda para la próxima semana en Croacia, yo hago una lista de la compra con todo lo necesario. El dueño me ha informado sobre a qué comercios puedo ir para llenar la despensa. No tengo ni idea de cuánto costarán aquí los alimentos, pero imagino que estará todo más o menos al mismo precio que en España. He pensado comprar solo lo que necesitamos para el desayuno y la cena Si le parece bien a ella, comeremos fuera de casa para aprovechar el máximo posible las horas del día. Meribeth ha insistido una y otra vez en que sigamos compartiendo gastos, como hemos hecho hasta ahora desde que emprendimos este viaje juntos, al menos hasta que ella se marche dentro de una semana, incluso pretendía pagar la mitad de este mes de alquiler, aunque esto último no se lo he aceptado.

De vez en cuando, tanto nuestros amigos del grupo de «Los inseparables» como los amigos de Meribeth que tiene en Edimburgo, suelen preguntarnos sobre nuestro viaje, saben que ya estamos en Split, no obstante, piensan que ella se incorpora al trabajo el próximo lunes.

Para no agobiarla, yo mismo también he decidido seguir con su pequeña mentira sin desvelar que no tiene ningún empleo a la vista, al menos de momento.

Aún continúo bastante sorprendido por su historia. ¿Cómo ha podido engañarnos a todos, respecto a su empleo en Dubrovnik?

Por otra parte, no la juzgo, entiendo su postura, aunque le dejé muy claro que me sentí bastante molesto por su mentira. Ella tiene todo el derecho a hacer lo que le venga en gana con su vida, su decisión es respetable. También me he quedado de piedra cuando me ha dicho lo que siente por mí. Es cierto lo que le dije anoche, me arrepiento de todas las veces que me burlé de ella en nuestra infancia por su brillante y sedoso cabello cobrizo, era tan bonita y su mirada tan inocente, que fue víctima de mi complejo infantil a causa de mi sobrepeso.

Nunca imaginé que ella sentía por mí algo más que amistad a medida que han pasado los años. Le respondí que no siento lo mismo, sin embargo, no fui del todo sincero porque ni yo lo sé. Lo digo tal como lo pienso, ahora soy yo el que mentía. Me explico, jamás he estado enamorado y, por tanto, no sé lo que se siente, pero de lo que sí estoy seguro, es de que ella me importa como ninguna otra mujer.

Cuando me enteré de que a causa de su miedo fue a Zaragoza para estar junto a mí, me sorprendí tanto que no lo puedo definir con palabras.

Intento ser optimista y pensar que seguirá adelante después de este complicado bache que la obliga a hacer un paréntesis en su vida cotidiana. Meribeth se enfrenta a uno de sus temores y tengo muy claro que quiero apoyarla lo mejor que pueda, darle seguridad en sí misma. Eso sí, no me gusta que me haya mentido, creo que debía haberme comentado hace tiempo lo que siente por mí, pero nadie puede corregir sus errores del pasado.

Como te iba diciendo, yo también le dije alguna mentirijilla respecto a lo que siento por ella, le dije que no sentía nada más que aprecio y cariño por ser una buena amiga. No obstante, la verdad es que empiezo a sentirme muy atraído por la escocesa. Desde que estos días estoy las veinticuatro horas a su lado, mi vida es diferente. Intento fingir que solo nos une una buena amistad, es fácil hacerlo. Me gusta mirarla cuando come, cuando ríe, cuando hace su típico gesto con la nariz que me vuelve loco.

Esta próxima semana, quiero dar lo mejor de mí para que se sienta como una princesa, mimarla y cuidarla como se merece. Intentaré que no piense demasiado en el tratamiento que deberá recibir al volver a Edimburgo. Estoy preocupado, pero hago todo lo posible para que no lo note.

—Calvin, no he escrito mucho en la agenda, iremos dónde nos apetezca, sobre todo quiero aprovechar los próximos días para bañarme en las playas croatas y broncearme —dice mirándome a los ojos, es muy expresiva.

—Buena idea, a mí me encanta tomar el sol.

—No hace falta que lo jures, tienes un perfecto tono de piel en tu rostro.

—La verdad es que sí. Desde mayo, procuro ir a las playas alicantinas, aparte de practicar senderismo por Zaragoza.

—Pues a ver si logro broncearme yo también, quiero volver a Edimburgo con una piel más oscura y no tan blanca como la leche.

—Ya verás como sí. Estos días vamos a disfrutar de los rayos del sol en estas paradisíacas playas croatas.

—Si te parece, hoy vamos a hacer la compra entre los dos —propone Meribeth.

—Claro, no hay problema, algún día también podríamos hacer una barbacoa en el jardín.

—Es tu casa, tú decides.

—Esto me recuerda que sigues siendo mi invitada.

—Ja, ja, ja —ella ríe a carcajadas—, ¿acaso he dejado de serlo desde que nos vimos en Zaragoza? Si no nos hemos separado. Menudo coñazo debo ser para ti. —Me abraza con cariño y me da un beso en la mejilla, es tan encantadora que no puedo resistirme a

besar sus labios, me estoy acostumbrando a su compañía y sé que en cuanto vuelva a Escocia, la echaré de menos.

—Ni que lo digas, nena, menuda fresca. —Nuestro beso me excita, esta chica me pone cardíaco en pocos segundos. Al separar nuestra boca, he seguido bromeando tal como hace ella.

—Ummm, me encanta como besas, tus labios son tan sensuales que me cuesta separarme de ti. ¿No teníamos que salir a comprar? —susurra a mi oído, acercándose aún más a mí.

—Esa era mi intención, sin embargo, aún no quiero salir de casa.

—¿Y qué puedo hacer yo para convencerte de lo contrario? —me pregunta mirándome con pasión, sabiendo a qué me refiero. Sus ojos brillan de deseo mientras sus manos se acercan a la cremallera de mi pantalón

Meribeth comienza con su juego de seducción y me derrito por completo. ¿Cómo puede tener ese gran poder sobre mí? Sus manos son como un bálsamo, sus caricias inigualables. Desde hace días no logro pensar en ninguna otra mujer que no sea ella. En sus curvas, sus perfectos senos y su bonito trasero. De pronto, mi teléfono móvil suena varias veces. Decido no contestar porque estoy en el séptimo cielo. ¿Por qué a veces la gente es tan oportuna? Nada es más importante en este momento, que estar disfrutando de un buen revolcón con mi pequeña pelirroja. La considero mía, sí, sé que no tengo ningún derecho, ya que no somos pareja, pero es una supermujer en todos los aspectos y en este instante, es mía por completo mientras hacemos el amor.

Pasado un buen rato, mi teléfono vuelve a sonar y también el suyo, Por lo visto Enzo, un buen amigo que es miembro del grupo de «Los inseparables» está haciendo una videollamada grupal. Meribeth y yo nos vestimos a toda prisa para evitar que nos hagan demasiadas preguntas, aun así, los conozco a todos y sé que algo se huelen, son bastante cotillas. Ella coge su teléfono y nos vamos a una habitación distinta para charlar un rato con ellos.

—Hola, chicos, he llamado antes, algunos de vosotros estáis muy ocupados por lo visto. —Enzo, tan directo como siempre, guiña un ojo. Sé que lo ha dicho por nosotros, aunque intento no darme por aludido para no responder a su comentario.

¡Maldito Enzo, no se le escapa una! Es como si tuviera unos potentes prismáticos, o artes adivinatorias, y pudiera vernos desde lejos. A veces me pone de los nervios con sus bromas y comentarios, sin embargo, lo aprecio mucho. Es un tío legal con el que se puede contar para cualquier problema que tenga.

Cuando solemos salir los dos solos de fiesta, las chicas y los chicos, se acercan a él con intención de llevárselo a la cama, y no me extraña. Si me gustaran los tíos, yo mismo intentaría hacerlo también. Enzo es muy atractivo, su altura es de metro setenta, su cabello negro y rizado, cae por su hombro perfectamente cuidado, recogido en una cola. Los ojos, de color azul, resaltan en su piel curtida. Tiene cara de niño, no me extraña que le echen menos edad. Su cuerpo musculoso lo mantiene en forma en el gimnasio, de hecho, le gusta hacer deporte. Es el guardaespaldas de alguien famoso cuya identidad nunca nos ha desvelado al resto del grupo, aunque procuro no sonsacarle, sé que se debe a su profesión y tiene prohibido hablar con nadie de ello, lo respeto. Enzo es un motero tan apasionado como yo por estos vehículos de dos ruedas. Lo conocí durante una carrera de motos, a la que me invitaron y en la cual Enzo quedó entre los primeros puestos de la competición. Coincidimos en la barra del bar y sin habernos visto nunca, me acerqué a él para felicitarlo. Es muy extrovertido y entablamos una animada conversación acerca de nuestra afición.

A partir de aquel día, comenzó nuestra amistad que hoy día perdura seis años después. Lo cierto es que cualquier amigo de este grupo es honesto y bueno, me siento afortunado. Enzo es un tío legal, que valora nuestra amistad. Días atrás me llamó para preguntarme si yo sentía algo por Mía. Me extrañó su pregunta y respondí que solo era una buena amiga con la que había mantenido relaciones sexuales, cosa que él ya sabe. Le pregunté el porqué de su interés y entonces me dio sus razones, Mía le gustaba mucho. Ella, por lo visto, comenzaba a sentirse atraída también. Creo que la última vez que nos vimos, el día que les presenté a Meribeth, ella intentó darle celos a Enzo conmigo, de ahí su extraño comportamiento tan cercano hacia mí. Nunca antes, había tenido una actitud tan cariñosa delante de nadie y eso me extrañó, con

aquella llamada de Enzo, lo entendí todo. Por lo visto se veían a solas con frecuencia y Enzo quiso saber, antes de ir más lejos, si yo sentía algo por Mía, hecho que negué.

—¿Cómo estáis, amigos? —Meribeth y yo los saludamos a la vez.

—Yo al menos bien, os llamo para poneros al día. —Enzo está entusiasmado. La mayoría de nosotros ya nos hemos incorporado a la videollamada, aunque falta alguien más. Esperamos en silencio a ver qué nos cuenta.

—Venga, suéltalo ya —pido.

—Eres muy impaciente, Calvin, espera un poco.

—Tampoco nos tengas aquí todo el día.

—Jolín, tío, eres agobiante.

—¿Hoy no trabajas?

—No, mi jefe está en casa y prescinde de mis servicios, no necesita guardaespaldas.

—Sigues sin decirnos quién es, tengo curiosidad.

—¿Para qué quieres saberlo? Vaya tontería, recuerda que en el contrato firmé una cláusula de confidencialidad, odio tener que recordártelo una vez más.

—Chicos, no discutáis —nos aconseja Meribeth.

—Tranquila, ya suelto la bomba por la que os he llamado.

De repente, por la cámara del móvil, vemos que una chica se encuentra al lado de Enzo. Estaba sentada junto a él en el sofá, solo que hasta ahora no la habíamos visto. Es una mujer muy conocida por todos nosotros, que también forma parte del grupo y a la que tengo un gran cariño como a él, Mía. Ambos se dan un beso en los labios y nos quedamos todos muy sorprendidos, aunque yo menos, ya que sospechaba que podían dar esa noticia debido a la última conversación que mantuvimos Enzo y yo.

—Bueno, ya lo sabéis, Mía y yo estamos saliendo juntos. —Enzo coge la mano de su chica para besarla.

—¡Qué calladito os lo teníais! Hacéis muy buena pareja, felicidades —digo con franqueza.

—Gracias, Calvin, algunas veces os he comentado a todos que soñaba con tener a mi lado al hombre ideal y ya tiene nombre y apellidos, se llama Enzo Cano.

—Me alegro mucho por vosotros, merecéis ser felices. —Y soy sincero, la verdad.

Mía es una mujer por la que cualquier hombre se sentiría atraído y querría tener a su lado como compañera de vida, en su pecho late un buen corazón y es lo más importante. No supera el metro sesenta de altura y tiene un cuerpo de bonitas curvas de las que está muy orgullosa. Los grandes ojos, color azul cielo, expresan simpatía, que contrastan en su largo y liso cabello rubio. Sus llamativos labios carnosos, suele pintarlos de un tono marrón claro, su nariz es pequeña y su rostro redondo. A su consulta de logopedia, de la que es propietaria, asisten numerosos y distinguidos pacientes de la clase media alta de Zaragoza, su clínica tiene bastante prestigio a nivel local. Conocí a Mia hace cinco años, contrató los servicios de la empresa donde trabajo para hacer una reforma en su casa. Cuando vio el presupuesto que le hice, aceptó a la primera y quedó muy satisfecha al ver la obra finalizada. Ella es tan extrovertida que aquel mismo día comenzamos a quedar para tomar algo y con el tiempo, la amistad entre nosotros fue más estrecha hasta el punto de compartir cama cada vez que nos apetecía disfrutar del sexo. Siempre fue consciente de que yo no podía darle lo que ella buscaba, ni tampoco me lo exigió. Necesitaba tener en su vida una pareja estable con la que conocer el amor y sé que lo ha encontrado con Enzo, por lo que me siento feliz.

—Lo sé, Calvin, eres un amor. —Mía me lanza un beso con la mano.

—Enhorabuena, chicos, merecéis ser muy felices. —También les felicita Meribeth.

Uno a uno contribuyen a desearles lo mejor a la pareja.

—Enzo, Mía, no es por fastidiar, pero yo también tenía algo importante que anunciaros. —Nos quedamos perplejos al leer los signos de Imanol. También creo adivinar qué tiene que decirnos, sin embargo, prefiero esperar. Observo a Aitana que lo mira embelesada desde el otro lado de la línea, él está en Zaragoza y ella se encuentra en Barcelona.

—¿No será lo que imagino? —pregunto moviendo mis manos.

—¿Tú qué crees? —me interroga Imanol como respuesta.

—Prefiero que seas tú quien lo diga —respondo ilusionado.

—Amigos, he decidido mudarme a Barcelona. En la cadena de televisión para la que trabajo, han aceptado mi traslado a Cataluña.

—Me siento muy orgulloso de ti. —Estoy muy emocionado porque sé lo que Imanol dirá a continuación. Los demás permanecen callados, pues él les ha informado de que tiene algo más que decir.

—Os preguntaréis por qué he tomado esta decisión. —Todos asienten a la vez—. Me voy a vivir con Aitana, quiero estar cerca de ella. —Aitana le dedica un bonito gesto que no pasa desapercibido para los demás y que no da lugar a dudas sobre su relación, no hacen ninguna pregunta porque ya saben la respuesta.

Aitana lo mira embelesada, Imanol es un chico muy guapo. Medirá metro setenta, alto y delgado, utiliza la talla 38 tanto en la parte superior de su cuerpo como en la inferior, lo sé porque más de una vez le he hecho un regalo de alguna prenda de vestir y antes de comprarlas, me interesé por la talla que le va bien. Sus ojos son grandes, ya mencioné con anterioridad que tienen un tono color miel, unas largas pestañas, rostro cuadrado y una franca sonrisa. Imanol es el más joven del grupo de «Los inseparables». A sus veintitrés años, es muy maduro y sabe lo que quiere.

En este momento, sé que Aitana es su única prioridad y quien le empuja a irse a vivir a Cataluña, su decisión ha sido por ella. Una mujer que le lleva seis años y de la que está muy enamorado, a ninguno le importa la diferencia de edad que hay entre ellos. En realidad, ¿qué más da? Los años cumplidos no son ningún obstáculo para ellos, como debe ser, los aplaudo. Ya había referido que Aitana es profesora de música, sus pequeñas y suaves manos las cuida con esmero y luce unas uñas pintadas de color rosa claro o de algún otro tono discreto, no le gusta llamar la atención. Debido a su esfuerzo, ha logrado encontrar un empleo que le aporta bastante beneficio a nivel económico. Vive en un piso céntrico que es de su propiedad, a pocos metros del transporte público. Tiene una personalidad envidiable, transmite energía positiva y buen rollo. Es del tipo de chica a la que le puedes confiar cualquier secreto, ya que sabes que nunca te fallará. Es bonita por dentro, como se suele decir cuando alguien es buena persona, aunque también es bonita por fuera, muy

guapa. Parece una muñeca de porcelana, por su cutis rosado. Sus labios son pequeños, así como su nariz, mide metro cincuenta y calculo que pesará unos sesenta kilos, le gusta llevar su cabello castaño, cortado a media melena, sin flequillo.

Ella e Imanol forman una bonita pareja, son tal para cual, de buen carácter. Seguro que entre ellos habrá pocas discusiones durante la convivencia y que, además, llenarán su estantería de libros, son buenos lectores, igual que Meribeth y yo si viviéramos juntos, ya que disfrutamos de cualquier género literario, devorando con ilusión las letras de cada libro. La lectura es un placer que nos conduce a varias historias, según parece, Meribeth tiene cientos de ejemplares en su estantería.

Y digo yo, ¿por qué se me ha ocurrido esa idea acerca de nosotros dos? Primero, no hay un «nosotros» como tal, porque no somos pareja, y segundo, estaba hablando de Imanol y Aitana, ¿te das cuenta de que a veces ando algo disperso?

No sé dónde tengo la cabeza, últimamente todo mi mundo gira en torno a Meribeth y comienzo a sospechar cuál puede ser el motivo, el que aún no estoy dispuesto a admitir.

Soy consciente que día tras día se va adueñando de mi corazón y más desde que me ha confesado su amor. Todo está ocurriendo muy deprisa, a un ritmo acelerado. A veces me gustaría comentarlo con Imanol, que es el único con el que suelo hablar de temas más íntimos, pero, por otra parte, considero que antes debo tener muy claros mis sentimientos.

Sé que a veces soy un chico borde con un carácter endemoniado, como también reconozco que soy bastante prudente. No quiero dar un paso adelante sin estar convencido de lo que siento por la encantadora escocesa que está sentada en la cama de su dormitorio, a escasos metros, mientras mantenemos la conversación por videollamada con nuestros amigos.

Sigamos con la pareja del momento, que me he vuelto a desviar del tema principal. La noticia de la mudanza de Imanol ha sido una bomba. Todos felicitan a la segunda pareja de esta mañana, hoy debería ser «San Valentín» porque el amor está en el aire.

—Imanol, cuenta conmigo para la mudanza. Tengo unos días libres y mi camión está vacío, si lo necesitas puedo echarte un cable durante tu traslado. —Valentina está entusiasmada con la noticia, ella y todos nos alegramos.

—Lo cierto es que no había pensado en eso, pero no me voy a negar, me vendrá muy bien tu vehículo para el transporte —responde un agradecido Imanol por signos.

—¿Cuándo quieres comenzar a embalar? Yo también puedo echar un cable —sugiere Saúl.

¡Es un hombre excelente! No exagero. El increíble bombero y yo tenemos una pareja de amigos en común y coincidimos durante una cena que los dos organizaron. Saúl me cayó tan bien a simple vista, nada más conocerlo, que aquella noche de hace cuatro años, le pedí su número de teléfono para irnos juntos a tomar unas cervezas. Incluso alguna vez, hemos ido a practicar una ruta de senderismo por la montaña, ya que él tiene que mantenerse en forma debido a su trabajo.

Como tiene moto, igual que Enzo y yo, más de una vez hemos hecho alguna competición por un circuito, no es por vacilar, pero suelo ganarles a los dos.

Saúl colaboró el año pasado, en una campaña navideña en la que los bomberos hicieron un calendario solidario, de forma voluntaria. Todos posaron en pantalones cortos y llevaban en la cabeza un gorrito navideño, por lo que tuvieron mucho éxito con la campaña y en pocos días se agotó. Mi amigo, de treinta y tres años, tiene un cuerpo musculado, su altura es de metro ochenta y dos, cabello rizado, castaño claro, tirando a rubio, y ojos marrón oscuro, casi negros. De momento evita comprometerse con alguna chica, prefiere vivir solo. La única compañía que le espera en casa a diario es su perro Biksu, un samoyedo de color blanco al que adora.

Saúl es muy generoso, así que no me ha sorprendido que se ofrezca a ayudar en la mudanza de Imanol. Temo que discuta con Valentina, que es un año menor que él, durante esos ajetreados días, ya que son como el agua y el aceite, incompatibles. Él es dulce y cariñoso, ella no es mala persona, pero tiene un carácter muy fuerte, parecido al mío, vamos.

A simple vista, Valentina llama la atención por su bonito rostro, sus ojos verde esmeralda y su cabello teñido color caoba que suele llevar recogido debido a su volumen. Su cara está muy bronceada por los rayos de sol que atraviesan la luna delantera del camión mientras conduce. Mide metro sesenta y tres y tiene unas bonitas curvas.

En parte, entiendo a la atractiva camionera que admite ser desconfiada, sobre todo con los hombres. Alguna vez, se ha sentido acosada por alguno de su misma profesión. Admito que es muy guapa, pero el hecho de serlo no justifica el acoso que sufrió. Nos contaba un buen día, a todos los del grupo, que cuando se para a descansar en algún área de servicio porque el trayecto es de bastantes kilómetros, tiene que cerrar muy bien las puertas del vehículo para no llevarse un buen susto.

Por lo visto, al inicio de trabajar para una empresa de transporte, estaba durmiendo plácidamente una noche dentro de la cabina, cuando un camionero que había ingerido más alcohol de la cuenta intentó abrir la puerta. Por suerte no lo consiguió.

Ella, al sentirse intimidada, puso el vehículo en marcha y se fue de allí a toda prisa, temblando de miedo. Desde entonces, si debe transportar la mercancía lejos de Zaragoza, procura pasar la noche en algún hostal de carretera para descansar bien.

Conocí a Valentina en una boda, su madre es pariente de la mía y se llevan muy bien pese a vivir a kilómetros de distancia. Los padres de Valentina viven en Soria, donde ella nació, no obstante, reside en Zaragoza por motivos laborales.

—Gracias, chicos, quiero irme como máximo en dos semanas, sé que algunos no estáis estos días en Zaragoza, como es el caso de Calvin, pero cualquier ayuda es poca —comenta Imanol a través del lenguaje de signos.

—Claro, te vendrá muy bien que te echemos una mano. Me apunto. —Inés, muy buena colega y enseguida aporta su granito de arena.

Tanto ella como Mía son encantadoras.

Conocí a Inés hace tres años, al abrir su local de tatuajes muy cerca de casa de mis padres.

Un día, decidí hacerme un pequeño dragón en el brazo y ella me hizo el tatuaje. Es una excelente profesional que cuenta con bastante clientela en su negocio. Comenzamos a vernos en algún pub y nos sentimos atraídos el uno por el otro.

Cuando veo una mujer tan exuberante, los ojos se me van tras ella. Es muy atractiva, cabello negro, liso, largo hasta el hombro. Su rostro es cuadrado con unos ojos rasgados que la hacen más bonita aún. Sus labios son gruesos y al mirarlos, te invitan a darles pequeños mordiscos. No es muy alta, su estatura es de metro cincuenta y dos, de medidas casi perfectas, calza un número bajo, sus pies y sus manos son pequeños. Es muy coqueta, no pude resistirme a su encanto cuando se propuso acostarse conmigo.

Soy un hombre muy ardiente y nunca me niego a disfrutar del sexo con una mujer que me atraiga. Inés ya ha cumplido los treinta años, su última relación duró cinco. Fue con una mujer y de la noche a la mañana, comenzaron a distanciarse. Discutían con frecuencia por cosas insignificantes hasta que decidieron, de mutuo acuerdo, dejar de verse. Como tuvo esta mala experiencia con el amor, tiene miedo de volver a sufrir y se prometió a sí misma, no volver a caer en sus redes.

Desde entonces, no quiere comprometerse con nadie, eso sí, continúa manteniendo relaciones sexuales con quien le da la gana, siempre con la debida protección, por supuesto.

—Vaya, de este grupo ya han salido dos parejas, a ver cuál es la siguiente —bromeo, me encanta picarlos.

—Yo seguro que no, no tengo tiempo ni para mirarme al espejo. —Valentina es la primera que me contesta.

—Por mi parte, tampoco, estoy de maravilla, mejor sola que mal acompañada —responde Inés muy tajante.

—A mí no me miréis que no quiero líos.

—Apuesto a que la próxima pareja, seréis tú y Meribeth —Saúl se dirige a mí soltando una carcajada.

—Entre nosotros solo hay una buena amistad, os lo aseguro —Meribeth lo aclara antes de poder hablar yo y creo que no deja lugar a dudas en ninguno de ellos.

—¿Y entonces, por qué te has ruborizado? —pregunta Imanol, intentamos ser discretos acerca de lo que nos sucede, pero nos lo están poniendo muy difícil.

—Veis cosas que no son, tal como ha dicho Meribeth, solo somos dos buenos amigos. La verdad es que estos días, estoy teniendo la mejor de las compañeras, eso no lo niego.

—¡Qué bonitoooo! —dicen mientras me tiran un beso todos ellos a la vez, por lo que se lo envío de vuelta.

Me felicitan por mis palabras llenas de admiración hacia ella. ¿Seré idiota? Me he emocionado al decirlas, he recordado que en breve se irá a su casa y casi se me escapa una lágrima. Voy a cortar la conversación cuanto antes porque no quiero que me saquen nada.

—Imanol, siento no estar más cerca para echarte una mano con la mudanza. En cuanto terminen mis vacaciones, iré a Barcelona a haceros una visita.

—Allí te esperamos, Calvin. —Imanol me envía un abrazo.

—Os dejo, Meribeth y yo queremos hacer la compra semanal y se nos está haciendo tarde.

Llevamos un buen rato hablando, ya continuaremos en otro momento.

—Así es, lo siento chicos. —Meribeth se decide a colgar—. Yo también me alegro por vosotros, hacéis buena pareja. —Sonríe a la cámara dedicando sus buenos deseos a Imanol y Aitana.

Uno tras uno, vamos despidiéndonos antes de colgar. Meribeth sale de la habitación con su teléfono en la mano.

—Me alegro mucho de que tus cuatro amigos decidan comenzar una relación —comenta con sinceridad.

—Sí, yo también, sin embargo, no me esperaba que fuera tan pronto.

—No sé a qué te refieres.

—A ver, yo sabía que Imanol sentía algo por Aitana, aunque no creí que fuera a ser correspondido.

—¿Y por qué no? ¿Acaso Imanol no puede enamorarse por ser discapacitado? — ¡me interroga Meribeth muy enfadada y subiendo el tono de voz.

—Me has malinterpretado, no saques las cosas de contexto.

—¿Perdona? ¿Encima soy yo la que ha hecho ese comentario tan fuera de lugar?

—Un consejo, procura no juzgar a las personas tan a la ligera.

—No te estoy juzgando, pero es que tu comentario me ha dejado perpleja.

—Si me dejas explicarte, lo entenderás.

—Te escucho, más te vale tener un buen argumento. —Meribeth se sienta en el sofá dispuesta a dejar que me explique con claridad. La compra se sigue demorando entre unas cosas y otras.

—Imanol para mí es como un hermano y no me gustaría que ni Aitana ni nadie le rompiera el corazón.

—Te entiendo, sin embargo, ni tú ni nadie lo puede evitar.

—Eso lo tengo bastante claro. Antes me refería a que nunca pensé que Aitana sintiera lo mismo por él. Es una chica bastante transparente y jamás noté que le gustaba.

—Anoche, te confesé lo que siento por ti, ¿lo hubieras sospechado?

—No, todos estos años has disimulado muy bien.

—Así es, el amor también se oculta detrás de una bonita relación de amistad. Hay personas, como yo, que en un momento dado expresamos nuestros sentimientos, pero otras, deciden silenciarlo y puede que tal vez nunca salgan a la luz.

—¿Y piensas que Aitana ya sentía algo por Imanol?

—Seguro que sí. Estoy segura de que habrá esperado a que él dé el primer paso. La primera vez que los vi en aquel bar, cuando me los presentaste, me di cuenta de que había *feeling* entre ellos. La mirada dice mucho si eres buen observador.

—Pues yo no me di cuenta de nada. ¿No será que tu sexto sentido del que tanto alardean las mujeres es el que te ha avisado?

—Puede ser, no te lo voy a negar. —Me guiña un ojo.

—¿Entonces, asunto aclarado? No quiero volver a discutir contigo, centrémonos en las vacaciones y en pasarlo en grande, tengo una semana para estar contigo.

—Vale, déjame ir antes al servicio, salgo enseguida. Que sepas que tus últimas palabras han sonado muy bonitas, Calvin Connor. —Comienza a andar moviendo sus caderas con gracia, me quedo

embelesado mirando su trasero. Si pudiera, no me movería de su lado y haría el amor con ella a todas horas.

Capítulo 11



Cuenta atrás

Calvin responde al teléfono, que acaba de sonar.

—Dime, mamá.

—Calvin hijo, vaya saludo me haces, ni que fuera una pesada.

—¿Tú? ¡Qué va! —responde con ironía.

—Qué borde estás hoy, relájate, chico, que la vida son dos días y no vale la pena preocuparse por nada.

—A veces haces comentarios que están fuera de lugar. ¿Qué tal estáis papá y tú?

—Nunca viene de más un consejo maternal, aunque creas que no lo necesitas. Nos encontramos bien, te llamo porque anoche me enviaste un mensaje diciendo que habíais llegado a Split y no sé nada más de vosotros.

—Dime qué quieres saber, que tengo un poco de prisa.

—Mira, visto lo visto, te voy a colgar. Ten hijos para esto. Sabiendo que Meribeth y tú estáis de maravilla, lo demás puede esperar.

—Mamá, no te enfades, es que tenemos intención de salir a hacer la compra y se nos ha echado el tiempo encima. —Intenta disculparse con ella, pese a sacarlo de sus casillas en alguna ocasión, la adora.

—¿La compra dices? Pero es sábado, ¿no me comentaste que mañana acompañas a Meribeth a Dubrovnik? ¿Para qué vais a desperdiciar ese tiempo tan valioso en comprar, pudiendo disfrutar de Croacia?

Calvin no sabe cómo explicarle que faltan algunas cosas en la despensa, sin tener que decirle toda la verdad. Que Meribeth se quedará en casa unos días hasta que se marche a Edimburgo para tratarse de su enfermedad a la que no deja de darle vueltas, sintiendo que la cabeza le va a estallar de un momento a otro.

Lo que iban a ser unas vacaciones de ensueño, desde que ella le ha mencionado que tiene miedo al dentista, se está convirtiendo en una pesadilla para él. No obstante, imagina que para ella debe ser peor superar esa barrera.

La verdad siempre sale a la luz, pero intentará que no la sepa ni su madre ni Keyla, la madre de Meribeth, hasta que no lo escuche de sus labios.

—Mamá, ¿se puede saber qué te ocurre conmigo? Antes no eras tan insistente, respétame un poco. Recuérdame que, en mi próximo viaje, intente evitar a toda costa que te enteres de mi destino con antelación, mira cómo me has liado. —Procura desviar el tema para que lo deje tranquilo y suelta lo primero que se le ocurre para no dar explicaciones.

—¿Yo te he liado? ¿En qué? —pregunta Teresa con descaro, poniéndolo nervioso y haciendo que él suba el tono de voz.

—Sabías desde el principio que mi intención era venir solo a Split, quería hacer esta ruta en solitario e insististe en que ella viniera conmigo.

—La invitaste porque te dio la gana, no me pongas a mí por delante, podrías haberte negado, faltaría más. Por Dios, lo que hay

que oír. —Oye el bufido de su madre que significa que está muy disgustada.

—¿Acaso tenía otra opción? No me diste mucho margen, me vi acorralado.

—Mira, ya hablaremos en otro momento que hoy no quiero discutir contigo, para tu padre y para mí es un día especial. Me invita a comer por nuestro aniversario y tengo que arreglarme, hasta pronto, cariño.

—Felicidades, entonces, un beso a los dos. Que cumpláis muchos años más.

Su madre da las gracias, a Calvin se le había olvidado por completo la fecha de su aniversario. Antes de colgar, le envía un cariñoso beso.

Una de sus virtudes, es que es muy espontánea. Teresa dice las cosas tal como las piensa, tanto lo bueno como lo malo y aunque se enfade por algún motivo, el disgusto se le pasa a los pocos minutos, como acaba de suceder.

En ese momento, Calvin ve a Meribeth por el cristal de la vitrina del mueble y se da cuenta de que lo ha escuchado todo. Su expresión de la cara es de agobio al sentirse sorprendido. Reconoce que ha metido la pata y que ella tiene razón en estar molesta.

—Pensé que estabas arrepentido de decirme que no querías que viniera contigo a Croacia, según parece sigues opinando lo mismo. —Meribeth se lo reprocha.

—Y te aseguro que fui sincero.

—¿Cómo puedes ser tan mentiroso? —Los ojos húmedos por las lágrimas derramadas, le producen un inexplicable dolor en el pecho a Calvin.

—Parece mentira que no me conozcas, si le he dicho eso a mi madre, ha sido para no responder a su cuestionario, he soltado lo primero que se me ha venido a la cabeza.

—Vaya excusa más poco creíble. Serás un excelente arquitecto, pero tu inmadurez aparece de tanto en tanto.

—Gracias por tu piropo —responde Calvin con fastidio—. ¿Tú qué habrías hecho en mi lugar? Antes hablábamos del sexto sentido femenino, pues se te olvida que a las madres parece que tenemos

que sumarles uno más. Es como si tuvieran el don de leernos el pensamiento.

—Si lo que pretendías era salir del paso, no has debido dar tantas explicaciones. Con referir que teníamos que salir, hubiera sido suficiente.

—Discúlpame, últimamente no hago otra cosa que pedirte perdón. —Con la única intención de hacerla reír, Calvin decide hacer una de sus chorradas. Coge una rosa roja que hay en el jarrón, decorando la mesa del comedor. Se pone de rodillas en la alfombra azul que ocupa parte del salón, fingiendo besar los zapatos de Meribeth, sin llegar a rozar sus labios en la piel que los cubre. Ella, al ver la absurda escena, se agacha a su vez, riendo a más no poder.

—Eres un auténtico payaso, Calvin. —Meribeth acaricia su rostro y lo mira con ardor. Los dos están de rodillas, pensando que la compra puede esperar. Dicen que los mejores besos, son tras producirse una reconciliación. Calvin entrelaza los dedos en el abundante cabello cobrizo de Meribeth. Roza su nariz con la de ella oliendo su perfume. Acercan sus labios que se entreabren para recibir los del otro. Tras besarse, Calvin coge su mano y la ayuda a levantarse.

—Espérame aquí, vuelvo enseguida —le dice a Meribeth, que desconoce sus intenciones. Desde hace días, a él le apetece hacer algo que aún no han hecho a solas.

—No me moveré de aquí —responde ella con bastante curiosidad.

Al instante, aparece Calvin con un altavoz que lleva consigo en todos los trayectos que hace con la moto. Hace una reverencia como si fuera un caballero de la Edad Media y le susurra al oído:

—«*Small apricot*», ¿me concedes este baile? —Coge la mano de Meribeth con ternura y la besa.

—No seas cursi, que no te pega nada. Bailo contigo solo con una condición —sugiere ella.

—Dime, haremos lo que tú quieras.

—Pues en ese caso, quítate los zapatos.

—Pensé que era yo solo el que considera que los pies es uno de nuestros puntos erógenos.

—Como ves, también lo son para mí, me gusta sentir el contacto de los tuyos con los míos.

—A mí me encantan, como todo tu cuerpo. —Calvin la agarra de la cintura mientras suena un tema romántico en el altavoz.

Ha escogido una recopilación de los mejores temas de este año y se dejan llevar por la música.

Él besa su cuello lentamente, produciéndole un gran placer.

Ella es una gran seductora y sabe cómo hacerlo enloquecer de deseo. Tiene sus pies apoyados en los de él que los mueve con agrado al ritmo de la canción.

Comienza a desabrochar los botones de la camisa blanca de lino que él lleva puesta a conjunto con un pantalón azul que, enseguida, también cae al suelo. Calvin, entonces, se pone detrás de ella y acaricia los brazos femeninos mientras baja la cremallera de su vestido color verde claro que realza su figura.

—¡Eres preciosa!

Le dedica estas palabras de admiración y la coge en brazos hasta llevarla a la cama. Se desnudan el uno al otro y unen sus cuerpos una vez más.

—Comienzo a tener hambre, entre unas cosas y otras aún no hemos podido salir a hacer la compra. —Meribeth acaricia el pecho masculino, después de hacer el amor con pasión desenfrenada.

—Y como sigas así, moriremos de hambre. Sería una muerte dulce, eso sí. ¿Repetimos? Por mí encantado, estaría todo el día aquí contigo.

—Oye, habrá que hacer un parón, ¿no? Además, te recuerdo que tú has sido quien ha comenzado a jugar y ya sabes, «quien juega con fuego, se quema».

—Este refrán es español, seguro que se lo habrás oído a tu madre. Por otro lado, ahora resulta que seré yo el único culpable de no salir a la calle. Pues que sepas que estoy en el séptimo cielo y no me apetece moverme de aquí.

—Es cierto, conozco varios refranes por mamá, y también por mi abuela materna, que, como sabes, era española. Vamos, perezoso, muévete.

—Vale, nos duchamos juntos si te parece bien, así vamos más rápido y podemos irnos antes —propone Calvin con picardía.

—En ese caso, comemos en un bar cercano que por lo visto hacen un guiso de cangrejo de río que está para chuparse los dedos.

—Veo que te has informado.

—Sí, he estado ojeando las tarjetas de recomendación que estaban en el mueble del recibidor y he anotado los sitios a los que me gustaría ir antes de marcharme.

—Aún nos quedan unos días, no pienses en ello, vive el presente, sé que te lo digo casi a diario, pero no me negarás que tengo razón. —Calvin besa su frente con ternura.

Ninguno quiere referir nada acerca del retorno de Meribeth a Escocia, pero saben que la cuenta atrás ha comenzado y el reloj del tiempo avanza hacia esa despedida, que es difícil por lo que representa.

Lo más complicado para Meribeth, será decirle adiós. No deja de dar vueltas a su problema y aunque intenta disimular y fingir que es feliz, la realidad se impone. En el fondo se siente desdichada, sufre de ansiedad en algunos momentos y suele llevar medicación específica para ello, por recomendación del médico que la visita, quien también le ha sugerido que cuando sufra estos episodios, intente escuchar música para relajarse. En cuanto ponga un pie en Edimburgo, debe enfrentarse a la realidad, pero antes, tiene una asignatura pendiente, divertirse lo máximo posible estos días.

—Esta tarde, si te parece bien, te propongo organizar juntos las rutas de la semana, espero que no te importe volver a conducir la moto porque he visto unos sitios espectaculares.

—Así me gusta, que cojas «la sartén por el mango». —Calvin intenta animar lo mejor que puede.

—¿Y esa expresión? Es la primera vez que la escucho.

—¿En serio? Pues es un refrán, mi madre también es otra refranera. Lo vuelvo a repetir, la tuya y la mía son únicas, tal para cual —afirma Calvin levantándose de la cama junto con Meribeth.

Tras ducharse y vestirse, se dirigen caminando hacia el bar restaurante. Uno de los camareros les ofrece la carta.

Meribeth pide una ensalada de primero y de segundo el guiso de cangrejo que tanto le apetece probar. Calvin se decanta por otra ensalada y como segundo plato, lomo de ternera con salsa, acompañado de patatas fritas, que le encantan.

El restaurante está muy concurrido, sin embargo, el servicio es ejemplar. La comida es excelente, así como el personal. Después del postre, el camarero les sirve una copa de aguardiente que es de frutas, gentileza de la casa, les informa que es típico de Croacia.

Tras pagar la cuenta y dejar una buena propina, salen comentando entre ellos que volverán a visitar ese local. Caminan unos metros y ven el supermercado al que entran para comprar lo necesario, leche, huevos, aceite y algunas cosas más.

Una vez en casa, lo sacan de las bolsas para colocar todo en la despensa.

—¿Es un buen momento para planificar la ruta? —Meribeth está impaciente.

—Claro, mañana mismo salimos con la moto. Durante los próximos días, estoy a tu entera disposición.

—Pues mira, ¿sabes qué me apetece? Desplazarnos hasta el centro de Pula, ver parte de la ciudad, sobre todo la catedral y el anfiteatro y ese mismo día, ir a la playa de Valomine. Me gustaría mucho alquilar un kayak por tres horas, que según tengo entendido suelen organizar grupos para la actividad, y remar para ver algunas de las cuevas que hay en la costa. Me he informado bien y por lo visto en el servicio va incluido chaleco salvavidas, y un faro por kayak para explorar la cueva marina. Entre otras cosas que necesitaremos.

—Me parece genial, sé que te gusta el mar tanto como a mí. Eso sí, para pasado mañana no hagas planes, tengo una sorpresa para ti, creo que te hará feliz. Quiero verte contenta —anuncia Calvin, que lo tiene todo organizado.

—Jolín, qué malo eres, ¡dímelo ya, por favor! No me hagas esto.

—Tendrás que esperar un poco. ¿Por dónde íbamos con tu agenda?

—Vale, me encanta la forma que tienes de escaquearte, sigamos entonces con la planificación. —Meribeth finge estar molesta para

bromear con él, aunque en el fondo, le encanta que la sorprendan. Está descubriendo lo detallista que es Calvin y eso le gusta.

—Antes de que me digas nada, supongo que tendrás programada alguna salida cultural, por ejemplo, un museo.

—De momento no, ya te comenté que quiero relajarme, necesito ir a la playa, bañarme y después broncearme tomando el sol tumbada en la hamaca.

—Te entiendo.

—Sobre todo estoy deseando ver la playa de Bijeca, y visitar Medulín, el pueblo en el que se encuentra. También me gustaría bañarme en la playa de Sakarun, que está en el archipiélago de Zadar, y por lo que sé es de aguas muy cristalinas. He pensado en ver el pueblo de Saplunara donde se encuentra la playa del mismo nombre. Una amiga mía la vio el verano pasado y me dijo que no dejara de bañarme en esas transparentes aguas por nada del mundo.

—Iremos a donde quieras, como has podido ver, no me da pereza conducir la moto ni hacer los kilómetros que haga falta.

—¿Jugarías conmigo al *picigin*? Dime que sí, por favor. —Ella junta sus manos como señal de ruego.

—Nena, yo juego contigo a lo que sea. —Le guiña un ojo con picardía humedeciendo sus labios con la lengua.

—Calvin, ¡no vayas por ahí, que me desconcentras! —responde Meribeth con ironía. Es muy halagador y la eleva a las nubes con sus continuas atenciones.

—Me encantará practicar cualquier juego, ¿acaso no lo sabes ya? ¿En qué consiste el *picigin*?

—Es un juego de pelota al que suelen jugar los croatas. Tienen por costumbre entrenar en la playa de Bacvice, que está aquí en Split.

—Seguro que nos vamos a divertir mucho, tendrá que explicarnos alguien cómo se juega, eso sí.

—Muy bien, pues nos organizamos —contesta Calvin.

—Sí, y también podemos ir a la isla de Brac, va y viene un ferry desde el puerto de Split y podemos llevar tu moto para intentar verla en un solo día.

—Lo veo todo perfecto. Yo tengo ganas de ver Trogir, Riviera de Makarska, los ocho parques nacionales del país y tantos lugares dignos de visitar, así como degustar la variedad de platos tradicionales y vinos de Dalmacia.

—Estoy de acuerdo, aunque a mí no me dará tiempo a verlo todo. Debemos aprovechar bien los próximos días, tenemos la agenda apretada. —Meribeth comienza a reír. A veces, ríe demasiado cuando está nerviosa. No quiere separarse de él.

***

Suena su teléfono, es un número desconocido y contesta creyendo que es algo importante. Quien está al otro lado de la línea, es la persona que menos imaginaba.

—Hola, Meribeth, ¿cómo estás? —La voz del hombre la deja muy asombrada. Calvin ve que está perpleja.

—Blake, ¿con qué teléfono me llamas? Este número no es el tuyo.

—Mi compañera de trabajo, Tamara, me ha dejado su móvil, ya que después de llamarte varias veces, me he dado cuenta de que tienes bloqueado el mío.

—¿Qué quieres?

—Hablar contigo, tampoco pido nada descabellado.

—Tú y yo no tenemos nada de qué hablar. Todo quedó muy claro entre nosotros cuando decidiste ser infiel con otra —lo dice con una frialdad que le sorprende a Calvin, en ese momento decide salir al jardín de casa para darle intimidad a Meribeth.

En parte, él entiende que Blake quiera volver con ella, él nunca tendría que haberla dejado marchar. Es tan especial que cualquier hombre haría lo que fuera por compartir su vida con la pelirroja. Sin pretenderlo, piensa en la posibilidad de que eso ocurra y tiene miedo. Siente celos por primera vez.

—Sé que me porté muy mal y me gustaría pedirte perdón. —Blake está arrepentido.

—El perdón llega tarde.

—Tu madre me dijo que estabas fuera, dame la oportunidad de verte. Sé que vas a trabajar en Dubrovnik.

—Parece que sabes mucho acerca de mí, dudo mucho que mi madre te haya dado tanta información, ¿cómo te has enterado? —le pregunta con indiferencia, no está enamorada de él, sin embargo, Blake hirió su orgullo y está dolida por ese motivo.

—Te recuerdo que tenemos amigos en común y las noticias vuelan.

—Ya lo veo, odio que la gente sea tan indiscreta, si cada cual viviera su vida, y no se metiera en la ajena, el mundo iría mejor.

—No los juzgues, me conoces y sabes lo persistente que puedo ser.

—Aun así, la gente habla más de la cuenta algunas veces. ¿Para qué quieres verme?

—Necesito verte para solucionar lo nuestro.

—¿He oído bien? Por favor, no me hagas reír.

—No sé qué tiene de extraño pretender recuperar lo que tuvimos.

—Es que eso no me resultaría extraño si las cosas hubieran sido diferentes, lo peor fue que no fueras sincero conmigo desde el principio si amabas a otra mujer. —Meribeth siente que no puede excederse en su reproche, ya que ella tampoco había sido sincera con él al no revelarle que estaba enamorada de Calvin.

—Tienes razón, debí ser más honesto. Me he dado cuenta de que a quien amo es a ti. Mi nueva relación no ha funcionado. —Su exnovio le declara su amor una vez más.

—Lo siento mucho por ti, eres un buen chico. Sigue con tu vida, Blake, olvídame y no vuelvas a molestarnos, ni a mí ni a mi familia. Que te vaya bien. —Dicho esto, cuelga el teléfono bloqueando el número. Decide tomar cartas en el asunto si Blake vuelve a contactar con ella desde cualquier otro número.

Respira hondo y sale al bonito jardín para fumar un cigarro. Se respira paz, el sonido de los pájaros la relajan. Hay un banco de madera al lado de una fuente de agua, que está rodeada de maceteros llenos de flores. Calvin está ahí sentado, mirando al cielo, pensativo. Meribeth daría lo que fuera por leerle el pensamiento.

Se sienta a su lado, dando una calada al pitillo.

—¿Te encuentras bien? —Calvin coge su mano para ponerla entre las suyas y sentir su contacto.

—Lo cierto es que no.

—He salido para darte intimidad.

—Gracias, no me habría importado que te quedaras y escucharas la conversación con Blake.

—He podido oír una pequeña parte. Perdona mi indiscreción, pero hay una cosa que no entiendo, el otro día me dijiste que no lo amabas, entonces, ¿por qué te has puesto tan nerviosa al oír su voz?

—Porque no esperaba que me pidiera una segunda oportunidad.

—¿Qué tan dolida estás para no perdonarlo?

—No se trata de eso, está perdonado desde el primer minuto, lo que no tolero es la mentira. Reconozco que en parte yo también le mentí, ya que no le confesé que estoy enamorada de ti.

—¿Si no hubiera sido infiel, habrías renunciado a mí para intentar ser feliz con él?

—Ya te lo dije, tú nunca has mostrado hacia mí algo más que amistad y decirte la verdad hubiera sido desastroso. Somos buenos amigos y esa complicidad entre nosotros no hubiera existido en el caso de haberte dicho lo que sentía por ti.

—Por lo tanto, tu respuesta es que sí. —Calvin se queda asombrado.

—¿A qué ha venido esa absurda pregunta?

—Para mí no lo es, necesitaba saberlo. Déjame darte un consejo, nunca renuncies a tus sueños.

—¿Aun tratándose de ti? ¿Y si mantengo la esperanza de que algún día te enamores de mí y finalmente me es imposible llegar a tu corazón? —Calvin se queda sin palabras ante esa pregunta y no sabe qué contestar.

Ella ve la duda en sus ojos por primera vez. Sabe que no le es indiferente, pero él no se expresa como debería. Mantienen relaciones sexuales y hay química entre los dos, no obstante, no deja de preguntarse qué representa en la vida de Calvin.

—Prefiero no responder, el tiempo es el encargado de poner las cosas en su lugar. Lo que tenga que ser, será, sin que ni yo ni nadie

podamos evitarlo. —Este comentario, abre una puerta a Meribeth, que está entusiasmada. De no haber estado enferma, jamás le habría confesado sus sentimientos a Calvin.

Unos días antes, él le decía que su amor no era correspondido, ya que no sentía lo mismo por ella. Con este último comentario, se ha dado cuenta de que él ha cambiado de opinión. Meribeth se pregunta si Calvin siente desde entonces algo más profundo hacia ella. Tal vez comience a notar un cosquilleo inexplicable en el estómago que no es fácil describir, tal como le sucede a ella. Hay amores que son tan intensos, que no puedes escapar de sus sensaciones, erupcionan incontrolables como un volcán.

***

Esa tarde, antes de cenar, salen de casa para ver la zona de Veri Varos. Siguen caminando hacia el centro de Split y en la plaza Narodni, descubren un reloj de veinticuatro horas en vez de un reloj de doce, al que estamos acostumbrados. Con el móvil, van haciendo varias fotos a cualquier cosa que les llama la atención, así como uno al otro. Deciden tener una imagen en la que salgan juntos con el reloj al fondo y después de hacerse un *selfie*, piden a una amable señora, que se la haga a los dos desde cierta distancia, posando con una gran sonrisa.

Tras dar las gracias, continúan andando y ascienden por una calle con bastante pendiente hasta llegar al mirador de Majan, en el que se quedan muy asombrados por las maravillosas vistas que hay de Split, impresionantes.

Vuelven a inmortalizar ese mágico momento con más fotos y pasado un rato, bajan por una escalera hasta volver al centro histórico de Split. Toman un whisky en un bar cercano a la Plaza de la República, con vistas al mar.

La camarera que los atiende les cuenta que a diario algunos comerciantes montan sus paradas en dicha plaza para vender pescado fresco recién traído del puerto. Dato que agradecen y deciden tenerlo en cuenta para su próxima compra. La misma camarera les recomienda visitar, algún día, la fortaleza de Klis, que es medieval.

A Calvin le encanta todo lo relacionado con esa época, incluida, como no, la arquitectura.

—Nunca pensé que Croacia fuera tan impresionante, estoy maravillado.

—Ni yo, la verdad. Este viaje será inolvidable para mí. No he podido tener un mejor compañero.

—Gracias, yo también me siento afortunado de estar con la única persona que me podría acompañar. Pero cualquiera que nos escuche tendría la impresión de que nos estamos despidiendo, ¿no te parece? De repente nos hemos puesto sentimentales. Otra cosa que no sabes de mí, odio las despedidas. —Calvin se acerca a ella y le coge la cara con sus manos. No les importa que haya turistas alrededor, se dan un beso en plena calle.

Una vez en casa, cenan algo de verdura que preparan al vapor. Después del postre, deciden acostarse separados por deseo de Calvin.

Ella se deja llevar, nunca le ha gustado que nadie intente imponer nada, sin embargo, se lo está permitiendo a Calvin. Está muy susceptible y necesita a este hombre para sentirse protegida y mimada.

Capítulo 12



Propósito, deslumbrar a Meribeth

No sé qué me pasa, estoy bajo de moral, me encuentro raro, soy un hombre optimista, pero el pesimismo está apareciendo en mi interior. No se lo he referido a Meribeth en ningún momento, sin embargo, cuento las horas que faltan para separarnos. Como mi intención es darle una sorpresa, pasado mañana, en un principio había pensado invitarla a una travesía con un barco privado en Dubrovnik e invitarla a comer una vez allí, en alta mar, aunque he visto otra opción que me gusta más, espero que a ella le entusiasme, al menos yo lo hago con todo el cariño, lo único que quiero es sorprenderla para que se lleve un grato recuerdo de Croacia.

Me levanto de la cama y camino hacia el baño donde después de ducharme, salgo con la toalla enredada en mi cintura. La puerta de

su habitación se abre y me dedica una sonrisa.

—Calvin, si no te vas a tu dormitorio y te vistes pronto, no respondo de mí y hoy tengo otra intención, que es disfrutar del sol y las aguas del Adriático. —Meribeth me guiña un ojo y frente a mí, moja sus labios con la lengua, su gesto me excita.

Pero qué narices, no soy un témpano de hielo. Mis ojos van hacia sus labios, me siento hechizado.

Está muy provocativa, recién levantada de la cama, apenas se maquilla durante el día y si lo hace, antes de acostarse, retira de su rostro cualquier resto de maquillaje con toallitas desmaquillantes.

Esta chica me va a volver loco, y no exagero. Me gusta admirar a una mujer atractiva cuando la tengo delante, como si fuera un monumento o una diosa a la que adorar.

Sé que soy un poco pesado con este tema, pero es que no consigo quitármela de la cabeza. Anoche soñé con ella. En mi sueño, vivíamos en una cabaña que había construido un albañil, era de madera y muy acogedora. El sueño era tan real, que incluso creía ver al chico que nos traía los suministros comprados por encargo, semanalmente, en una canoa.

Es muy extraño teniendo en cuenta que pedíamos la compra a domicilio por no poder salir de allí hacia la ciudad más cercana. En esa isla, por cierto, croata, solo estábamos los dos durante todo el año. Yo había vendido mi piso de Zaragoza y ella el de Edimburgo para invertir en nuestro nuevo hogar al que llamamos «Villa MerCal» por nuestras iniciales del nombre, y que decoramos a nuestro gusto. En su interior, había tres habitaciones, por si teníamos dos hijos en el futuro, que es lo que queríamos. Dos baños, cocina y salón comedor con chimenea. Un gran porche con dos hamacas, y un jardín con piscina.

La imaginación te lleva a situaciones y lugares insospechados, la verdad. Hace un tiempo vi una película en el cine en la que una pareja estaba viviendo en una casa similar y me llamó la atención.

Anoche, antes de dormir, no sé por qué razón se me vino a la cabeza aquel largometraje de cine americano. Pensé por un instante que me apetecería estar allí con Meribeth y ser los protagonistas de

esa excelente película. Vivir lejos de la ciudad y disfrutar de nuestro amor en nuestra casa con vistas al mar.

Un momento, ¿he pensado en un nosotros? Alto, ¿desde cuándo estoy enamorado de la pelirroja?

De pronto lo sé, el amor ha llegado desde que me preocupé por ella más de lo que debería sintiendo celos de su exnovio, imaginándome en sus brazos. Estoy totalmente pillado y sorprendido a la vez.

¿Estoy enamorado de mi amiga de la infancia? ¿La niña tímida de la que tanto me burlé por su cabello cobrizo?

Pues sí, eso parece y no sé qué debo hacer.

Mientras me bloqueo y decido no pensar sobre ello, la veo delante de mí. Es tan irresistible como un bombón de chocolate y yo estoy dispuesto a saborear sus labios una vez más. Va descalza, tiene el cabello alborotado, lleva un pijama de tirantes color azul oscuro que le sienta de maravilla. La camiseta, de algodón, le queda ajustada y se transparentan los duros pezones de sus senos, el pantalón corto me deja ver, una vez más, sus bonitas piernas.

—¿Y si nos tomamos un día de descanso y nos quedamos en casa? —susurro en su oído.

De momento y para que no pierda su opción de tratarse en la clínica dental de Edimburgo, decido mantener en secreto mis sentimientos hacia ella. Dudo que quiera irse si le declaro mi amor, me preocupa su salud, ante todo.

No es que la considere una mujer cobarde que no sabe enfrentarse a sus problemas, es que me pongo en su lugar. La empatía es una de mis virtudes. La gente tiene su particular temor a una cosa u otra y ella no podía ser menos, su miedo al dentista es lo que la tiene atemorizada y lo respeto. No entiendo por qué siente esa extraña opresión, sin embargo, lo puedo comprender.

—De eso nada, ahora me ducho y después de desayunar, emprendemos la marcha en la moto.

—Vale, me rindo, haremos lo que prefieras. ¿Dónde quieres qué vayamos hoy? —Pongo cara de resignación, bromeando con ella.

—Si te parece bien, me gustaría ver la playa de Valomine y alquilar un kayak. ¿Te apetece? —pregunta entusiasmada mientras

tomamos un café.

—Esa playa está en Pula, ¿verdad?

—Sí, y también está muy cerca de otra que queremos ver, Bijeca, que pertenece a Medulín, ¿por qué lo dices?

—Te lo comento porque podríamos dormir esta noche en un hotel de Pula, ten en cuenta que está a quinientos y pico kilómetros de Split y podemos aprovechar el tiempo. —Estoy desviando el tema para que no sospeche nada, pero su propuesta me ha venido muy bien.

De hecho, mi sorpresa es para mañana y en concreto en Pula, por lo que mi plan va de maravilla. Ha sido una casualidad que ella haya decidido ir precisamente hoy, muy cerca de donde espero sorprenderla.

—Me parece perfecto, en este caso déjame que prepare algo de ropa para los dos días, incluso alguna prenda más por si nos quedamos también en el hotel otra segunda noche.

—Sí, por supuesto —acepto sin dudarlo ni un momento.

Cada uno por su lado, prepara su pequeño equipaje en la maleta. Ropa, calzado adecuado y productos para el aseo.

Cuando lo tengo todo listo, la espero en el salón, guardo también el cargador de móvil, cojo la cartera y los papeles de la moto. Ya estoy debidamente vestido con la chaqueta y el pantalón, así como el casco de la cabeza para protegerme en el caso de una caída accidental. Soy muy precavido, la verdad.

Son las ocho de la mañana, el sol comienza a brillar, así como mi acompañante cuando la veo salir de su habitación. El traje de moto le queda perfecto, está preciosa con la melena recogida en una cola alta. Unos mechones le caen hacia la cara.

—Algún día deberías sacarte el carnet de moto —la animo a ello, admirando su belleza.

—¿A qué viene eso? —me interroga extrañada.

—Porque estoy convencido de que no supondría ningún obstáculo para ti, eres responsable y me consta que el coche lo conduces muy bien.

—Gracias, igual que tú. Lo cierto es que me he planteado ir a hacer unas prácticas de moto cuando regrese a Escocia.

—Bien hecho, al menos, sabes que la ropa te queda bien, estás de muerte. Nena, serás una auténtica motera, no tengo la menor duda. ¿Lista? —Cierro la puerta de la entrada con llave.

—Lista, mi capitán.

Salimos de casa con las maletas, que no pesan nada esta vez, y nos vamos hacia el garaje para ponernos el casco y subir a mi moto.

Otra nueva aventura comienza para nosotros, aunque esta vez, pienso disfrutarla más. La mujer que me ha robado el corazón está tras de mí y tengo la impresión de viajar por una autopista hacia el cielo.

A los cien kilómetros de recorrido, alejados de Split, paro en una estación de servicio. Después de sentarnos en la cafetería, se sientan dos chicos en la mesa contigua a nosotros, calculo que son más o menos de nuestra edad, conversan en castellano. Me sorprende bastante, ya que es mucha casualidad que hayamos coincidido en este país, si es que no viven en Croacia, claro está.

Meribeth los tiene a su espalda, pero a mí no me pasan desapercibidos sus gestos al mirarla a ella. Me molesta que sean tan indiscretos y con educación, les pregunto qué les hacía tanta gracia de ella, ya que no paran de mirarla y cuchichear entre ellos.

La dueña del bar nos ve desde la barra y piensa que íbamos a golpearnos allí mismo, nos echa a los cuatro sin dudarlo, no obstante, le pido disculpas por mi comportamiento infantil. Meribeth también me regaña.

Una vez fuera, veo que los dos hombres, casi idénticos al verlos de cerca, tienen sus motos aparcadas justo al lado de la mía. Todavía me siento molesto por su descaro hacia la que considero mi chica, aunque aún no le haya hablado a ella de mis sentimientos.

—¿Se puede saber qué miráis?

—Calvin, por favor, vámonos. —Meribeth me coge del brazo preocupada, viendo mis intenciones. Estoy dispuesto a romperles la cara a esos dos moteros, si hace falta. Soy buena persona, pero cuando me cabrea un gilipollas, no respondo de mí.

—Disculpa, ¿eres Meribeth McMoray? —pregunta uno de ellos desde cierta distancia, sin atreverse a acercarse a ella al ver mi actitud desafiante.

—Sí, soy yo, ¿nos conocemos?

—¡Y tanto que sí! Somos Enrique y Jorge, los gemelos. Nuestra madre es prima de la tuya. Una vez estuvimos en Edimburgo, en vuestra casa.

—Claro, vivís en Teruel, disculpad no os había reconocido, ¡qué casualidad! Me alegro de veros. —Meribeth se acerca a ellos y les da un abrazo. Yo me quedo mirando, admitiendo que he hecho el tonto una vez más. ¡Tierra trágame!

—Calvin, te presento a mis primos, esos estupendos chicos de los que te he hablado en alguna ocasión.

—Mucho gusto en conoceros. —Extiendo mi mano para saludarlos. Abochornado por mi comportamiento.

—Tío, no vayas así por la vida, ha faltado poco para que nos rompas los dientes a mi hermano y a mí. Por supuesto, no nos hubiéramos dejado, como es lógico —me recrimina uno de ellos.

—Pensé que os estabais burlando por algún motivo, no habéis sido muy discretos precisamente.

—Hemos mirado a Meribeth porque nada más verla, nos hemos preguntado si era nuestra preciosa prima, a la que no veíamos desde hace años. Queríamos asegurarnos de no meter la pata antes de preguntarle si, en efecto, era ella.

—Disculpad, he sido muy impulsivo. —Pido perdón como es lo normal.

—Disculpas aceptadas, ¿hacia dónde vais? —Jorge siente curiosidad.

—Vamos a las playas de Pula, ¿y vosotros? —pregunta Meribeth.

—Volvemos de allí, nos dirigimos hacia Split para visitarla y comprar algunas cosas, mañana regresamos a España. Se terminan nuestras vacaciones.

—Oh, qué lástima. Podíamos haber quedado para pasar un día juntos.

—No puede ser, danos tu número, te esperamos en Teruel algún día de estos para vernos por allí.

—Iré, no os quepa ninguna duda. Mi madre quiere mucho a la vuestra, su prima Claudia es especial.

—Lo sabemos, desde que nos mudamos de Zaragoza a Teruel, cuando eran las dos muy jóvenes, ya no se ven con la misma frecuencia, pero siguen manteniendo el contacto. Se tienen mucho cariño la una a la otra.

—Así es, Enrique. —A modo de disculpa, les invito a un refresco sin alcohol antes de proseguir el viaje, cada uno por su lado.

Aclaramos el malentendido con la propietaria del negocio y nos permite el acceso por segunda vez. Los gemelos me han caído muy bien. Lástima no haber pasado más tiempo con ellos. Al mencionarles que vivo en Zaragoza, me han invitado a ir a su casa cuando quiera. Jorge y Enrique, son dos auténticos moteros como yo que también disfrutan de una ruta por Croacia.

Durante una hora, los tres primos y yo, hemos estado charlando sobre el país en el que estamos. Meribeth decide despedirse de ellos para continuar nuestro trayecto cuanto antes, ya que nos quedan por recorrer más de cuatrocientos kilómetros hasta llegar a Valomine.

Les da dos besos a ambos.

Mientras se intercambian su número de teléfono, yo cojo mi casco para ponérmelo, antes de subir a la moto y continuar la ruta. Ella hace lo mismo y pongo en marcha la moto. Decido no parar hasta llegar a nuestro destino si no es por alguna necesidad.

Al llegar a Valomine, buscamos un hotel. Preguntamos en un comercio y nos dan una dirección.

Nos aconsejan un hotel de cuatro estrellas con vistas al mar, y a escasos metros de la playa donde hoy queremos hacer la excursión con kayak.

Estaciono la moto en el *parking* del recinto y cogemos nuestro equipaje.

En recepción nos ofrecen una habitación para cada uno, pero al mirarnos a los ojos, la rechazamos sin dudarlo, ya que preferimos una suite para dormir juntos. El botones nos da la llave, y una vez dentro de la suite, descubrimos que la habitación es muy amplia, con jacuzzi en el lavabo.

Salimos al balcón y vemos una paradisíaca playa justo delante, el hotel está en primera línea de mar. Las vistas son una pasada.

Como es la hora de comer, bajamos al comedor del hotel para disfrutar de un menú tradicional croata.

Más tarde, volvemos a la habitación para sacar los bañadores de la maleta. Cuando estamos listos, caminamos hacia la playa con entusiasmo. Meribeth lleva un vestido corto, de tonos azules y con unas sandalias a juego.

Una vez en la arena, nos dirigimos hacia la zona de kayaks y alquilamos uno para dos personas, junto con todo lo necesario. Un chico nos da la bienvenida tanto a nosotros como a tres parejas más, que han contratado esa aventura marítima con guía durante tres horas que dura el itinerario. El joven croata, que se presenta como Dominike, nos proporciona el material. Linternas, remos y demás cosas que hemos pagado con el alquiler.

—¿Me dejas ir delante? —me pregunta Meribeth una vez subidos en el kayak y con las palas de remar en la mano. Hace mucho calor y se ha quitado el vestido guardándolo en una bolsa impermeable con cremallera. El bikini blanco le queda de muerte y así se lo digo.

—Claro, espera, antes me quito yo también la camiseta y el pantalón, para ir más cómodo.

—Tranquilo, tenemos tres horas por delante. Estoy deseando ver alguna de las cuevas de las que tanto he oído hablar, incluso mis primos las han mencionado. Por cierto, ese bañador te sienta muy bien. —Meribeth me dedica una sonrisa y siento que me derrito.

Una vez alejados de la orilla, suena su teléfono y no lo coge por no tener que soltar los remos. Por segunda vez consecutiva y ante la insistencia, le aconsejo responder por si es algo importante.

El resto del grupo ha avanzado unos metros y no pueden oír nada.

Meribeth saca el móvil de la bolsa y ve que la llamada es de la clínica dental de Edimburgo. Trago saliva y dejo de remar yo también, esperando saber el motivo de la llamada.

—¿Meribeth Mc Moray? —Escucho por su teléfono al estar tan cerca de ella.

—Sí, yo misma —contesta en inglés.

—Soy Priscila, la ayudante del doctor. Te llamo para disculparme. Menuda bronca he recibido por parte de mi jefe, y con razón. Estoy

muy avergonzada.

—No sé a qué te refieres —responde Meribeth muy extrañada.

—Verás, es una información confidencial y no debería dártela, pero el doctor me ha autorizado para aclarar lo sucedido.

—¿Cómo? Por favor, di ya lo que tengas que decir.

—En nuestra clínica, tenemos dos pacientes con el mismo nombre, Meribeth.

—De hecho, es un nombre común en Escocia —responde ella que está muy sorprendida por esa extraña conversación.

—Verás, por casualidad os visitó el médico a las dos la misma mañana, e hice un cambio de ficha sin darme cuenta. Anoté en la tuya el diagnóstico de la otra señora que se llama igual. Sé que no es una excusa y lo lamento. Ese día no funcionaban los ordenadores y tuve que pasar la información a mano. Te pido disculpas.

—Pero el apellido de la otra paciente no será el mismo que el mío, digo yo. —Oigo que Meribeth continúa bastante asombrada, y no es para menos, sigo escuchando con nitidez toda la conversación.

—No, aunque su apellido también comienza por M. Permíteme que no te dé más detalles, es información confidencial.

—Pero has tenido un fallo muy gordo, ¿os ha pasado alguna vez?

—Meribeth, los trabajadores también somos personas, cometemos errores como cualquier otro. —La enfermera de la clínica de odontología se nota abochornada.

—Sí, es comprensible. A ver, no voy a tomar acciones legales contra vosotros porque llevo como diez años yendo a vuestra clínica, sin embargo, estoy un poco decepcionada la verdad.

—Me pongo en tu lugar.

—En ese caso, ya no tengo de qué preocuparme.

—Así es, me comentaste que te irías de vacaciones días antes de tu tratamiento, pues bien, ya no hace falta que regreses para eso. Tienes una boca perfecta y sana.

—Gracias, nos vemos en la revisión de la próxima visita anual. No sabes el peso que me has quitado de encima. Estaba muy preocupada.

—Te comprendo, y te pido disculpas una vez más. Ha sido un error imperdonable, suerte que me he dado cuenta antes de que

volvieras a venir.

—Hasta pronto, un saludo. —Meribeth se despide con amabilidad, sigue desconcertada.

—No hace falta que me lo digas, lo he escuchado todo. —Le sonrío con dulzura al colgar el teléfono. No me atrevo a levantarme para abrazarla por si pierdo el equilibrio y caigo al agua, seguimos en el kayak.

—Calvin, ¿te das cuenta lo que esto significa?

—Sí, que todo ha sido una falsa alarma. Un error humano, como lo tiene cualquiera.

—Y no puedo reprocharles nada.

—Lo cierto es que no, lo mejor, es que ya no tienes de qué preocuparte.

—He sufrido tanto que apenas he dormido pensando en qué me iban a hacer en la boca cuando regresara a Edimburgo.

—Normal, teniendo en cuenta que además le tienes pánico al odontólogo.

—Estoy tan contenta, que ahora mismo me lanzaría al agua de cabeza.

—Mejor, espérate un poco. Ya mismo llegamos a una cueva y supongo que podremos dejar el kayak en alguna superficie plana para poder bañarnos, aunque sea por unos minutos. —Meribeth y yo volvemos a coger los remos para adentrarnos en una de las cuevas de las playas de Pula.

El agua está tan transparente que da la impresión de estar en una piscina.

Antes de entrar en la impresionante cueva, nos ponemos la linterna frontal para ver toda su magia. El resto del grupo ya había ido entrando mientras nosotros llegábamos a ese punto en concreto para unirnos a ellos.

El guía nos da a cada pareja diez minutos para hacer fotos en el interior. Como no da el sol, la temperatura ha bajado varios grados y la única luz que hay, es la de las linternas. Estamos los dos solos y de pronto, se me viene a la cabeza una idea, quizás sea alocada, pero es el sitio ideal.

—Buff, he traído un vestido muy veraniego que no abriga nada. No había caído antes de que tal vez hiciera frío en esta cueva. Debería haber sido más precavida y traer alguna chaqueta de manga larga. —Al decir estas palabras, veo que Meribeth está tiritando, entonces abro mi bolsa y saco mi camiseta. Con mucho cuidado, se la doy y rodeo con mis brazos a mi encantadora pelirroja. Estamos dentro del kayak. Tenemos solo una luz, la de nuestras linternas.

—¿Te encuentras mejor? ¿Has entrado en calor? —le pregunto una vez que la cobijo entre mis brazos, cada uno de nosotros en su asiento.

—Contigo es fácil sentirse bien. Miro arriba y tengo la impresión de estar en el cielo.

—Meribeth, tengo que decirte algo muy importante y creo que estamos en el lugar idóneo. —Trago saliva antes de expresarme con sinceridad.

Estoy nervioso, no es fácil expresar mis sentimientos y menos la primera vez que voy a declararme a una mujer.

En ese momento y para mi desgracia, el guía nos llama por el *walkie-talkie*, aconsejándonos salir cuanto antes porque se avecina tormenta según parece. ¡Si es que no puedo tener más mala suerte! Justo cuando me iba a declarar en ese lugar idílico, nos interrumpen. Solo pretendía que fuera especial, y más por ser ella.

Maldita tecnología. Si no hubiera sido por ese aparato, le habría confesado mi amor a Meribeth.

Mi plan se ha ido al garete.

¿Fue una idea genial? Y tanto que sí.

Pues nada, no ha podido ser.

Las cosas, a veces no salen como las planeas, a última hora, puede surgir algo que te obliga a cambiar de dirección.

Antes de salir, nos hicimos varias *selfies* juntos dentro de la cueva. Cogemos las palas y remamos con fuerza para irnos cuanto antes. El guía y el resto del grupo nos están esperando y volvemos a toda prisa hacia el mismo punto de donde salimos.

Tengo fe en que no llueva, ya que nos pondríamos como una sopa, por suerte, la tormenta se desplaza y no cae ni una gota.

Pasado un rato, llegamos a la orilla de la playa y devolvemos todo el material alquilado, agradeciendo al guía su buen trabajo y dándole unos euros de propina, que no quería aceptar desde el principio y terminó cogiendo debido a nuestra insistencia.

—Calvin, ¡qué bien lo hemos pasado durante la travesía con el kayak! Por cierto, ¿qué intentabas decirme cuando estábamos en la cueva? —me pregunta Meribeth una vez dentro de las cristalinas aguas del mar. Los rayos de sol aún queman y nadamos a unos metros de la orilla. Los besos no se hacen esperar, me dan ganas de hacer allí mismo el amor con ella, de hecho, lo haría si no fuera porque hay varios niños en la playa y, además, considero que no es buena idea dar un espectáculo.

—Nada de importancia, una tontería. —Decido evadirme para que no descubra mis verdaderas intenciones, ya que quiero que el momento en el que me declare, sea especial.

Lo mejor que se me ocurre para que ella no continúe insistiendo sobre el tema, es retar a una carrera de natación. A veces soy como un niño, el prestigioso arquitecto que la gente conoce es más infantil de lo que se piensa. Soy competitivo y disfruto con los retos.

—Creo que aún no sabes que fui campeona de natación durante mi etapa escolar, tengo varios premios en una vitrina —me responde orgullosa.

—Pues no, esa faceta tuya, no me la dijo mi madre y me sorprende que no lo haya hecho —digo con ironía.

—Teresa no lo va a saber todo de mí, como es lógico. Hagamos una apuesta, si gano yo, harás todo lo que te pida hoy, si es al contrario, tú eres el que manda.

—Acepto, confío en mí y sé que no seré tu esclavo.

—Trato hecho entonces. ¿Ves aquella boya amarilla de allí? Cuando cuente tres, nadamos hacia ese punto, el que llegue primero y la toque, gana la carrera.

—Ganarte será pan comido. —Le dedico una sonrisa.

—¿Preparado? Uno, dos, tres, yaaa.

Una vez que ella pronuncia estas palabras, nadamos hacia la boya. Yo soy muy rápido, la verdad, por unos minutos vamos muy

igualados, sin embargo, ella nada a un ritmo alucinante. Es aún más rápida y no me da tiempo a alcanzarla por mucho que lo intento.

Me doy por vencido, es una tontería intentar ponerme a su nivel, me lo ha demostrado.

Meribeth parece una sirena de cuento, por un momento me paro y dejo de nadar para contemplarla, ¡al diablo la carrera! Ella es irresistible, su larga melena mojada y su bonita figura, la hacen ser única y especial, entre otras virtudes que tiene. La observo admirado mientras se aleja de mí.

—Calvin, ¿estás bien? De vez en cuando he girado la cabeza y he visto que no me seguías tan de cerca como al inicio. Espero que no hayas tenido una rampa en el pie ni nada por el estilo —me pregunta cuando estoy llegando hacia donde está, esperándome al lado de la boya.

—Claro, mujer, no te preocupes. En ese caso, te hubiera avisado. Es que te he querido dar cierta ventaja para que fueras la ganadora.

—Pero bueno, ¿serás idiota? Eso no es verdad y lo sabes. Te he ganado, punto. No me digas que te he subestimado y he herido tu orgullo masculino. —Me refiere riendo a carcajadas. Lo hace con frecuencia, suele decirme que tengo el don de hacerla reír por todas las tonterías que digo, lo hago con esa intención. Estoy orgulloso de dibujar una sonrisa en su rostro, si es feliz, lo soy yo también.

—Vale, admito que me has ganado, ¿satisfecha? Te compraré una medalla para que la conserves de recuerdo. Eres una perfecta sirena, nadas como una auténtica profesional. Felicidades, nena. —La rodeo por la cintura y beso sus labios que se abren para recibir los míos. Llevo todo el día deseando probar su boca una vez más.

—¡Ey, capitán! Esto no me lo esperaba —me susurra al oído cuando dejamos de besarnos. Su cercanía hace que mi corazón aumente de ritmo cardíaco.

—Aquí mismo haría el amor contigo, lejos de las miradas indiscretas, te deseo tanto que es imposible controlarme.

—Cariño, tendrás que aguantar hasta más tarde, nos toca regresar a la orilla. Por cierto, ser la ganadora tiene sus ventajas.

—¡Oh, no! Había olvidado nuestro pacto.

—Pues te recuerdo que hoy serás mi esclavo, así que ve preparándote. —Meribeth comienza a nadar y regresamos uno al lado del otro, sin correr demasiado.

Al llegar a la orilla, nos damos una ducha allí mismo y nos tumbamos en la toalla, que se encuentra estirada en la arena. Nuestros dedos se rozan, produciéndose un agradable cosquilleo en mi estómago. Va a ser verdad que las simbólicas mariposas producen esa sensación, y nunca hasta ahora lo había sentido. Claro está que, hasta la presente, no había encontrado a la mujer ideal para mí. Meribeth, es la dueña del otro extremo del hilo rojo, que coincide con el mío, también del mismo tono.

Eso la convierte en mi mejor casualidad, mi persona favorita.

Capítulo 13



Todo es posible en Croacia

El primer día en Pula, ha sido especial para Meribeth. Desde que ha sabido que el diagnóstico del odontólogo no era el suyo debido a una confusión, este día es diferente a los anteriores, se siente aún más vital. Está tan contenta, que lo gritaría a los cuatro vientos.

La única persona a la que le había hablado de su miedo al tratamiento ha sido Calvin, que no ha dejado ni un minuto que se hundiera a nivel anímico.

Hoy en concreto, se han divertido mucho durante la actividad acuática con el kayak.

Este chico le resulta irresistible, un bombón al que devorar cuando le apetezca. Le gusta coquetear con él y hace todo lo posible por ganarse su corazón. Utiliza sus armas de mujer con energía.

Una vez, él refirió que nunca había estado enamorado. Ella quiere ser su primer amor, la mujer que le haga cambiar su percepción de este sentimiento involuntario que no se ve y sí se siente.

No han hablado de la relación que mantienen, desconoce si para él es una chica normal y corriente con la que mantiene relaciones sexuales de vez en cuando, o si de lo contrario, hay algo más profundo entre ellos. Desde hace unos días, él está más cariñoso, ha observado que sus ojos le brillan al mirarla, cosa que días atrás no sucedía. ¿O es que se ha hecho ilusiones respecto a él? Esa pregunta se la hace con frecuencia.

Ayer mismo, cuando se encontraron con sus primos, los gemelos, Meribeth pudo sentir que él estaba celoso de ellos y en el fondo le gustó, incluso se sintió importante. No es que justifique su reacción, ya que los celos en este caso son injustificados, sin embargo, ahí se dio cuenta que para Calvin no es indiferente, está convencida de que algo le debe importar cuando se comportó de una forma tan extraña, está claro que todo es posible en Croacia, ¿también podrá decir que en este país ha nacido su amor?

Ojalá, lo desea con todas sus fuerzas.

—¿Te apetece que nos duchemos juntos? —pregunta Calvin una vez que han llegado al hotel tras pasar la entretenida tarde, navegando en el kayak.

—Se te olvida que soy yo la que manda esta noche por ser la ganadora de la carrera. —Se acerca a él que está de pie contemplando cómo se quita el vestido que tanto ha llamado su atención por lo mucho que le favorece.

—¿Y qué se te ocurre? No seas mala, por favor. —Calvin se pone de rodillas juntando las manos, como si estuviera suplicando. De buena gana, Meribeth lo grabaría con su móvil. Le hace gracia verlo en esa posición.

—De momento, te invito a ducharte conmigo, tal como sugieres. —Coge su mano, y se van hacia el aseo.

—Ya estamos aquí. —Calvin sigue con el bañador puesto, esperando instrucciones, mirándola tan fijamente que consigue ruborizarla. El juego acaba de empezar.

—Desátame el cordón de la parte superior del bikini, por favor.

—Con mucho gusto, ¡preciosa! —responde como si fuera su esclavo—. Una vez que desata el nudo del cordón, se quita el bañador mientras ella se desprende de la parte inferior del bikini.

Se meten juntos en la ducha y mientras cae el agua tibia por su cuerpo, hacen el amor.

Se dedican palabras apasionadas, ella se deja llevar, pronuncia un te quiero que le sale del alma, aunque no puede evitar sentirse triste. Esperando algo que tal vez no suceda.

De pronto lo ve todo claro, tiene la impresión de haber perdido el tiempo con él y no quiere esperar más. No desea ser para él una simple mujer con la que disfruta del sexo, no está dispuesta a eso.

Para evitarlo, se ha propuesto alejarse de él cuanto antes. Es luchadora y obstinada, sin embargo, no quiere ser un simple pasatiempo para Calvin, una amiga más con derecho a roce tal como fue Mía y continúa siendo Inés, ya que supone que nada ha cambiado entre ellos, aunque estén lejos uno del otro.

Meribeth cumplirá con el tiempo pactado, dentro de seis días, se marchará a Edimburgo, tal como había previsto, aunque por otra razón muy diferente. Llegado el caso, será franca con Calvin.

¿Por qué algunos hombres son tan reservados y les cuesta admitir lo que sienten? Se pregunta una y otra vez.

¿Qué le cuesta aceptar que comienza a sentir algo por ella? ¿Es tan difícil? No lo entiende.

Ella por su parte lo ama, no obstante, no se ve con fuerzas de aceptar sus migajas y esperar algo que tal vez no suceda nunca.

Es realista y tampoco quiere hacerse ilusiones. Cada día, espera que Calvin le dedique dos simples palabras que la harían la mujer más dichosa del mundo, sin embargo, tal vez nunca escuche un te quiero por su parte que le salga del alma.

Esa misma noche, después de volver a hacer el amor, esta vez entre las sábanas de raso, duermen abrazados el uno al otro. Calvin ha prometido darle una sorpresa al día siguiente y no tiene ni idea de lo que es.

Duerme intranquila, pensando en su extraña relación, por llamarla de alguna forma. Además, los ronquidos de Calvin no la

dejan dormir demasiado, aun así, enciende la lámpara de la mesita de noche y se queda mirándolo embobada.

Mientras él duerme, coge su móvil y lo graba. Calvin siempre niega que ronca y no la cree cuando ella se lo menciona, cuando vea esa grabación, no podrá negarlo.

A las dos de la madrugada, se levanta para beber agua.

Como estaban tan cansados la noche anterior, entre el viaje desde Split y todo lo demás, pidieron que les trajeran la cena a la habitación.

La comida estaba deliciosa, así como el vino que probaron. Después no quisieron nada de postre, solo les apetecía tomar café con leche. Debía estar muy cargado de cafeína, ya que eso le debe generar el insomnio que sufre esta noche. Si ingiere cafeína a partir de las seis de la tarde, no puede dormir horas después, sabiéndolo, tendría que haberlo evitado. Va al baño a refrescarse la cara, tiene mucho calor.

Cuando vuelve a la cama, apoya su cabeza en el pecho de Calvin, que sigue durmiendo, oye los latidos de su corazón, y por fin se queda dormida ella también.

—Buenos días, «*small apricot*». —Él la besa en los labios.

—Buenos días, tengo mucho sueño, apenas he dormido esta noche pasada. Entre el café que tomé y tus ronquidos, no lograba cerrar los ojos.

—Yo he dormido muy bien, por cierto, no ronco, exagerada. —Calvin comienza a reír.

—¿Exagerada yo? ¡Qué iluso eres, Calvin Connor! Espera, te enseño un vídeo, veo que no me crees. —Meribeth coge su teléfono móvil de la mesa y le enseña lo que grabó.

—Mira que eres traviesa, solo a ti se te ocurriría grabarme.

—Porque sé que no admites que roncas.

—Vale, lo acepto, ¿contenta?

—Ahora sí. —Acaricia los labios de Calvin con el dedo antes de darle un pequeño mordisco.

—Ummm, hoy veo que estás muy juguetona. Te vas a enterar. —Comienza a hacerle cosquillas en los pies.

—No, por favor, en los pies no —suplica sin poder contener la risa —. Ten piedad de mí.

—Te hago caso porque nos tenemos que ir, si no seguiría haciéndolo toda la mañana. Hoy solo déjate llevar.

—¿Con qué me vas a sorprender?

—Pronto lo sabrás, princesa. Una cosa, he reservado otra noche en esta suite. —Acaricia su rostro con ternura. La admira tanto, que la ve bonita hasta recién levantada.

Llama a recepción y pide que les sirvan el desayuno, mientras él se ducha, ella vuelve a dormirse. En el fondo le da pena tener que molestarla y se siente culpable de no dejarla descansar lo suficiente.

Se queda embobado mirándola, la melena color cobrizo cae sobre la almohada blanca y le parece una imagen celestial. Apenas se oye respirar, es muy silenciosa.

Con el albornoz puesto, se recuesta a su lado. Roza su nariz con la de Meribeth que duerme boca arriba, desnuda. Siempre la ha considerado un ángel, por su buen corazón, su gentileza y bondad.

Al abrir los ojos, lo abraza atrayéndolo hacia ella. Tienen un hambre voraz. El sonido de la puerta de la suite los interrumpe, les llevan el desayuno.

Calvin abre la puerta y al darle las gracias al empleado, mete el carrito dentro. Meribeth se levanta de la cama con pereza, una vez de pie, extiende los brazos hacia arriba. Si por ella fuera, se quedaría todo el día en esa cama tan grande y cómoda.

—¿Prefieres tomar café, o zumo de frutas? —pregunta Calvin antes de servir una cosa u otra.

—Pues mejor el zumo, me apetece más. ¿Está frío?

—Sí, yo beberé otro, después me serviré café. —Calvin le da el vaso de zumo. El desayuno es muy completo y se quedan bastante satisfechos.

Una hora después, ella se ducha antes de vestirse. Le pregunta a Calvin qué debe ponerse dependiendo de cuál sea la sorpresa, que espera con ilusión. Sin mencionar hacia donde irán, él sugiere que lleve ropa y calzado cómodos, así como el bikini puesto y alguna toalla.

Cuando están listos, suben a la moto debidamente protegidos.

Desde el *parking* del hotel, se dirigen a Fazana, él conduce unos doce kilómetros hasta llegar a su destino. Allí aparca la moto y en el puerto de Fazana les espera un capitán local con su barco privado, contratado por Calvin.

—Sube a bordo, princesa —pide Calvin cogiéndole la mano a Meribeth.

—¿Este barco es solo para nosotros solos? —pregunta ella emocionada.

—Así es, lo tenemos alquilado para todo el día, esta es parte de mi sorpresa. —Calvin le sonríe mientras ambos suben a bordo. El capitán se presenta con amabilidad, su nombre es Marko, de unos cincuenta años, con más de veinte de experiencia navegando en alta mar, tal como ha referido al darles la bienvenida.

Quince minutos después, atracan en el parque nacional de Brijuni, para ver una de sus islas, en concreto la isla de Veliki Brijun, la principal y la más grande del archipiélago en cuanto a extensión.

—Hasta luego, Marko, nos vemos en un rato —se despide Calvin ante la atenta mirada de Meribeth que no sabe hacia dónde van una vez en tierra.

—Aquí mismo os espero, divertiros —responde el capitán, a los dos les ha caído muy bien.

Caminan hacia un punto de la isla en el que tienen organizado una excursión en un tren turístico en el que visitarán las ruinas de una Villa Romana. Sin apearse del tren, ven el Parque Safari en el que habitan avestruces, pavos, llamas, camellos, cebras, ovejas, burros, cabras, así como elefantes, donde están rodeados de una gran diversidad de flora. Lo que más llama su atención, es el gran número que hay de tortugas marinas que se recuperan en el parque nacional.

—¡Es todo precioso! Ahora entiendo por qué son tan famosas estas islas, gracias por hacer que este día sea inolvidable. —Meribeth se abraza a Calvin mientras caminan hacia donde les espera Marko con su embarcación. Han estado casi toda la mañana ocupados disfrutando de los bellos paisajes de las islas.

—Aún no hemos terminado, falta lo mejor —contesta Calvin, que tiene otras intenciones. Cuando vuelven a subir al barco, el capitán

les pregunta qué les ha parecido la visita matinal. Ellos aún están muy asombrados, vuelven a referir que Croacia es espectacular como están comprobando durante esos días. Los tres zarpan hacia una nueva isla, Mali Brijun, la segunda más grande de las catorce islas e islotes que integran el archipiélago. Como a Meribeth le apetece bañarse en el mar, ella y Calvin deciden no desembarcar para ver de cerca el teatro Ulises ni la fortificación que se encuentra en esa isla.

Al llegar la hora del almuerzo, Marko prepara una mesa para dos en la cubierta del barco en la que hay comida y bebida tradicional croata. Ese hombre es una caja de sorpresas y así se lo dicen, también ha resultado ser un chef de primera. Todo el servicio, ha sido contratado previamente por Calvin, a través de una agencia croata que organiza estas excursiones.

En el islote de Vanga, Calvin y Meribeth se han podido dar un chapuzón en las cristalinas aguas donde los peces se ven con nitidez.

La tarde también transcurre deprisa. Al capitán no le ha pasado desapercibido el amor que hay entre ellos, aunque es discreto y opta por no preguntar, ya que considera que el asunto no es de su incumbencia.

Cuando llega la hora que Calvin esperaba, ver el mágico atardecer en la cubierta y contemplar junto a Meribeth la puesta de sol desde las islas Brijuni, coge su teléfono del bolsillo del pantalón para hacerse una *selfie* con ella. Los delfines saltan en el agua alrededor del barco, creando una imagen maravillosa.

Ambos están abrazados, viviendo ese instante único. Se ha fijado en le han enviado varios mensajes del grupo de «Los inseparables» pero ha decidido no leerlos de momento.

—¿Sabes? Me ha encantado tu sorpresa, me dejas sin palabras, no me lo esperaba la verdad, te lo agradezco de corazón.

—Me alegro de que te haya gustado, mi única intención es verte feliz. Sé que amas la naturaleza tanto como yo y pensé en esto precisamente.

—Marko nos podría hacer alguna foto juntos, ¿se lo pedimos? —sugiere eufórica.

—Por supuesto, el paisaje es alucinante. —Calvin aún no ha terminado con la sorpresa, hoy mismo quiere confesar su amor.

Después de hacerles varias fotos, Marko los lleva a Fazana de vuelta. Se despiden de él agradeciéndole su buen trabajo.

Suben a la moto para volver al hotel de Pula en el que dormirán esa segunda noche, en la misma suite que la anterior.

Al aparcarla, se dirigen hacia su habitación, se dan una ducha antes de vestirse y salen a cenar. Calvin coge la mano de Meribeth para ir de ocio por Pula. Encuentran un pub muy concurrido situado en una zona muy transitada donde piden para cenar una hamburguesa con queso que les resulta deliciosa. Para beber, una jarra de cerveza bien fría que toman mientras escuchan música en directo.

En el mismo local, hay una florista, a Calvin le llama la atención un jarrón con flores de lavanda, color blanco y lila, y dos gardenias rojas, que decoran un jarrón y que también está a la venta.

Ella comentó una vez que suele tener en casa flores naturales y aunque él no se las puede regalar por lo lejos que está de su hogar, opta por comprar esas que le han gustado. Meribeth, al verlas, coge el pequeño ramo con ilusión, aparte, las flores son perfumadas.

—¡Son muy bonitas! Nunca las había visto de tela, gracias.

—Lo cierto es que hubiera preferido comprarlas naturales, pero de momento no puede ser, más adelante, cuando yo vuelva a ir algún día a Edimburgo, intentaré conseguirlas para que las pongas en un bello rincón de tu casa.

—Me mimas demasiado, hoy ha sido un día perfecto —susurra ella en su oído.

—Te mereces esto y mucho más. —Coge su barbilla y besa sus labios. Ella pega su cuerpo al del arquitecto que está a punto de declararse ahí mismo. Solo espera el momento idóneo.

Piden la cuenta dos horas después, tras tomar una copa de whisky, charlan animadamente.

Calvin no puede ocultar sus sentimientos, está deseando decirle que está loco por ella. Rodea su cintura antes de subir al ascensor de la segunda planta del hotel. Nada más cerrar la puerta, la abraza

con fuerza y besa su frente. Ella le corresponde con la misma intensidad, sus manos se mueven con destreza para quitarle la ropa.

En ese momento, en lo que menos piensa, es en su decisión de irse cuanto antes a Edimburgo, ya que él no ha pronunciado las palabras que necesita oír para quedarse a su lado.

Esa sorpresa, por su parte, ha abierto una puerta a la esperanza, las gardenias que simbolizan el amor, ha sido un detalle precioso, junto con la lavanda, la flor más bonita de Croacia y la que han podido ver al natural en algunos campos desde la carretera.

Por un instante, ha tenido la impresión de que él quería confesar algo, no obstante, sus labios permanecen sellados y lo único que ella recibe son palabras apasionadas por parte de Calvin, mientras hacen el amor y llegan juntos al clímax. Frases que también pueden expresarse en cualquier instante de excitación sin que ello suponga que haya amor por parte del chico.

—Ahora mismo solo me apetece una cosa —dice ella besando su pecho desnudo mientras escuchaba sus latidos.

—Por mí encantado, déjame recuperar un poco las fuerzas antes de proseguir. Yo estaría todo el día aquí en esta cama o en cualquier otra si te encuentras a pocos centímetros de mí.

—Calvin, no me has entendido. Estoy muy satisfecha sexualmente, me refería a otra cosa.

—Es muy halagador que digas esto porque yo a tu lado tengo la misma sensación. Hacer el amor contigo es alucinante. Respecto a lo que pides, sigo sin entenderte.

—Son las once de la noche, muy tarde, ya lo sé, sin embargo, ¿crees que si llamamos a recepción nos podrían traer unos bombones de praliné de la pastelería del hotel?

—¿Te apetece comer chocolate a estas horas?

—Sí, mucho.

—Está bien, voy al servicio antes y cuando vuelva les llamo.

—Gracias, si te ponen alguna pega puedes decir que estoy embarazada y referir que tengo un antojo.

—No estaría mal, también podría añadir que, si no te los traen, ellos serían responsables de la mancha, en forma de bombón, que podría tener nuestro futuro bebé en su piel.

—¿Será cierto? Lo digo porque he oído decir eso a algunas amigas que han sido madres. Una incluso tuvo un antojo de una fresa y como no se la comió en ese momento que le apetecía, dijo que su recién nacida, tenía una mancha roja en su brazo con forma de fresa.

—Meribeth, no creerás eso, ¿verdad? Está demostrado que esto de los antojos no es del todo real, dicho por los médicos. Cualquier persona, en un momento dado, quiere comer algo en concreto solamente por capricho. No es necesario estar embarazada.

—No sé, tengo mis dudas, y digo yo, ¿en qué momento hemos dado un giro a nuestra conversación? —Ríe ella a carcajada—. ¡Yo solo quiero comer chocolate!

Al levantarse Calvin de la cama para ir al baño, ella le tira la almohada y dos pequeños cojines que estaban en un sillón. No responde a su provocación, pero al salir del lavabo, comienza entre ellos una auténtica batalla. Él, a su vez, se los lanza a ella que corretea desnuda por la suite para evitar ser alcanzada.

—Sigues siendo una niña muy mala, señorita McMoray. —La coge en brazos para darle un pequeño mordisco en la boca.

—Bájame al suelo, por favor, necesito hacer pis. De tanto reír casi me lo hago encima. No puedo aguantar más.

—Pues no debería ser tan complaciente contigo, voy a aceptar esta vez, pero la siguiente, no te daré ninguna tregua. —Sigue bromeando con la única mujer de la que se ha enamorado. Besa su cuello con ternura y la lleva en brazos hasta el baño.

Sale por la puerta para llamar a recepción mientras tanto. No ha hecho falta tener que mentir sobre un embarazo inventado de Meribeth para lograr su propósito, en este hotel de cuatro estrellas, tienen su propia pastelería casera.

Al pedir que les lleven algunos bombones, pasados diez minutos, el botones pica a la puerta para darles una pequeña bandeja, según parece, todos los dulces son de elaboración propia. Calvin abre la puerta con el albornoz puesto, ya que, al igual que ella, también está sin nada de ropa debajo.

—¿Ya los han traído? Qué ganas, vamos a probarlos cuanto antes.

—Tienen una pinta estupenda, aparte nos han traído una botella de champán y dos copas. Por gentileza de la casa me ha comentado el empleado.

—Ven, sentémonos en este sillón. Estoy algo cansada pero feliz.

—Meribeth, yo también me siento igual. Estas vacaciones son las mejores que podría desear.

—Vas a hacer que me ruborice —dice ella al brindar.

Tras comerse dos bombones de praliné y beber entre los dos la botella de champán, se meten en la cama donde le da la espalda a Calvin, que acaricia su sedoso cabello.

—Meribeth, hace días que quiero decirte algo y creo que ha llegado el momento. —Ella no le responde y Calvin sigue hablando —: Nos conocemos desde nuestra infancia, para mí siempre has sido muy especial, un ángel que da luz a mi vida. Creí que lo único que nos unía era una buena amistad, sin embargo, me equivoqué. El otro día me di cuenta de que siento por ti algo más profundo. Tú me has enseñado a amar, sin condiciones, sin esperarlo, sin pretenderlo. Lo cierto es que te amo, como nunca pude imaginar. Tal vez toda mi vida, tú eres la mujer que he estado esperando. Mi alma gemela. — Calvin pronuncia estas palabras con ilusión.

Ella permanece de espaldas a él, manteniendo un silencio absoluto. Al ver que no le contesta, se queda extrañado. Retira la melena femenina de su rostro y comprueba que ¡Meribeth está dormida!

Capítulo 14



Es imposible fingir el amor

¡No puedo ser más gafe! Sí, lo mío es de risa, ya lo sé, pero en estos momentos no le veo la gracia por ningún lado.

Tengo un cabreo que lo flipas.

Para una vez que me enamoro y pretendo que mi declaración sea de cine, se duerme Meribeth. Anoche, por fin me declaré y no sirvió para nada, se había quedado dormida, el alcohol le produce somnolencia, debí recordarlo antes de continuar hablando y no sentirme como un idiota.

Mi intención era expresar mis sentimientos en las islas Brijuni, pero no encontré el momento adecuado. Tanto esperar me ha pasado factura, soy un mentecato. Para colmo, son las siete de la mañana y mi teléfono vuelve a sonar, en este momento, lo tiraría por la ventana si pudiera.

Tengo otra notificación de «Los inseparables» que aún no he leído, como las anteriores de ayer. Por lo que veo, Meribeth tampoco, ya que hubiera comentado algo.

La contemplo una vez más, mientras duerme, tengo ante mí a la octava maravilla del mundo, te aseguro que no exagero. Es una diosa muy bella, tal como refleja el significado de su nombre.

—Buenos días, ¿has oído mi teléfono? —me pregunta dándome un beso.

—Buenos días, nena, ha sonado el tuyo, sí, el mío lo acabo de poner en silencio.

—Pásamelo, es muy temprano y me extraña que me envíen un mensaje, igual es algo importante. —Al dárselo, mira los mensajes que le han enviado. Ha recibido uno de sus padres, preguntando qué tal le va con su nuevo empleo, que, por cierto, les tiene que informar que no está trabajando en Dubrovnik, tal como les comentó. Aparte, lee los WhatsApp del grupo y se sorprende. Cuando salgo de la ducha, me pregunta desde cuando no los leo.

—Ayer apenas toqué el teléfono excepto para hacernos fotos —le respondo muy extrañado.

—Mira tu móvil. —Al mencionarlo ella, leo los mensajes. Yo también tengo a mi madre, como siempre echándome la bronca porque no la llamo cada día, así como los numerosos mensajes del grupo de amigos.

¡Sorpresa!, algunos amigos del grupo han venido a Croacia también de vacaciones y están en Split.

A ver, por una parte, me alegro, aunque piense que se toman al pie de la letra el nombre del grupo. Tampoco hace falta ser tan inseparables como el propio nombre indica. Si bien es cierto que me hace ilusión verlos y tomar unas cervezas juntos, también es verdad que me van a fastidiar mis planes y esto ya no me hace tanta gracia. Estaba acostumbrado a disfrutar día tras día con mi chica ideal y esta situación da un nuevo giro a mi futuro inmediato y eso me cabrea mucho.

—Me he quedado de piedra. No me esperaba esto.

—No tiene por qué sorprenderte, los conoces mejor que yo. ¿Alguna vez han hecho algo parecido?

—Meribeth, ¿a qué te refieres? ¿Al hecho de presentarse de repente en la misma ciudad que yo? Nunca.

—Por lo visto no han venido todos, solo Imanol, Aitana, Enzo, Mía e Inés.

—Sí, eso he leído. El hotel en el que se alojan está cerca de casa.

—Inés ha dado a entender que, si se lo permites, dormirá contigo, de hecho, no ha hecho ninguna reserva a diferencia de los demás.

—En ese caso, le diré que no se puede quedar en casa, ya que el propietario aceptó que solo tú pudieras quedarte conmigo, pensando que somos novios, y me dejó muy claro que fue por hacerme un favor.

—Tú verás lo que haces. Eso sí, voy a la ducha antes de desayunar, enseguida salgo, recojo mis cosas y nos vamos.

—Me parece perfecto. —Intento darle un beso en los labios para demostrarle que me importa, aunque me ha hecho la cobra. Ha girado la cara antes de rozarla siquiera y eso me deja muy asombrado porque no me lo esperaba, ni entiendo su actitud.

Una vez que estamos listos, emprendemos el viaje a Split. Hay bastantes kilómetros por carretera hasta llegar a casa, aunque tal como solemos hacer, pararemos durante la ruta cada dos horas si no es antes por necesidad.

Durante el trayecto, Meribeth sigue distante conmigo, sé que mi siguiente comentario puede sonar a machismo, te aseguro que no lo soy para nada, pero es que a veces no comprendo a las mujeres.

Hemos pasado dos días maravillosos en Pula en los que hemos compartido momentos irrepetibles donde ha habido química y complicidad entre nosotros, aparte del mejor sexo que he tenido nunca.

Sé que me ama tanto como yo a ella.

Aún no he podido decírselo porque anoche cuando me declaré estaba dormida y me duele mucho no haber podido hacerlo.

De camino a Split comemos en un restaurante de carretera y sobre las cuatro de la tarde llegamos a Veri Varos.

—¿Estás muy cansada por el viaje? Si no te apetece quedar hoy con los chicos nos vemos mañana —pregunto con discreción, como

sigue distante conmigo, prefiero ir con tacto, ya que no sé lo que ha podido molestarle de mí, mejor no saberlo si ella no me lo quiere decir.

—No, no, llámalos para que vengan, por mí no te preocupes.

—Ok, pues informo al grupo que ya hemos vuelto de Pula y estamos en casa.

—No olvides enviarles la ubicación —me recuerda Meribeth. No se le escapa ningún detalle, siempre está pendiente de todo y es de admirar.

Nada más deshacer mi equipaje, escribo el mensaje para que lo sepan mis amigos y responden a los tres minutos. Por lo visto estaban comiendo en un restaurante cercano y en quince minutos llegarán.

Menos mal que tenemos café suficiente para todos y galletas en la despensa y así Meribeth y yo no hemos tenido que salir a comprar.

Justo al cuarto de hora, pican al timbre y al abrir la puerta veo a cinco de mis maravillosos colegas.

—¡Qué alegría, chicos, menuda sorpresa nos habéis dado! —Los recibo con una amplia sonrisa.

—Hola a todos, pasad, por favor. —Meribeth también les da la bienvenida.

—Aitana, Enzo, Mía y yo, solo hemos venido por tres noches, hay un puente de varios días y queríamos veros, ¿qué tal estáis? —Imanol me da un abrazo muy fuerte, le contesto por señas que me encuentro muy bien. Todos nos damos dos besos en la mejilla, en parte, estoy feliz al verlos en Croacia.

—Meribeth, no te esperábamos aquí, pensábamos que estarías trabajando en Dubrovnik. ¿Qué tal te va en tu nuevo puesto? —Enzo, tan observador como siempre, intenta indagar.

—Chicos, no os lo vais a creer, sentaros, por favor, que os lo resumo brevemente. —Una vez que los cinco recién llegados están dispuestos a escuchar, Meribeth les explica una historia que no es la verdadera. Sin mencionar, claro está, el motivo real por lo que nos mintió a todos con la única intención de venir conmigo a Croacia.

—¿Entonces esa empresa en la que ibas a trabajar tenía otra candidata para ese puesto de guía? —Aitana está muy sorprendida.

—Así es, cuando llegué me dijeron que ya estaba cubierta la vacante. Imaginaros el coraje que me dio, me sentí engañada —miente Meribeth de una manera tan fácil que hasta yo mismo la hubiera creído.

—Es todo muy extraño, lo correcto es que te hubieran avisado para no hacerte venir desde Zaragoza y luego no darte el empleo —comenta Inés muy asombrada. En realidad, todos lo están. En cierta manera, al haber venido ellos a Split, Meribeth se ha visto obligada a explicarles las supuestas razones de por qué no está trabajando, de lo contrario, quizás nunca se hubieran enterado. Responde a varias preguntas de los chicos y cuando compruebo que alguna la incomoda, le echo un cable para que no sea descubierta en su mentirijilla.

—Bueno, al menos sabe que no era un bulo y la empresa existe, solo que no ha sido la única que se ha presentado a la entrevista de trabajo —comento zanjando el tema. Me dispongo a enseñarles la casa a mis amigos.

—¿Y hasta cuándo piensas quedarte aquí? —Cuando hemos entrado en la habitación que ocupa Meribeth, Inés le hace a ella esa pregunta que considero fuera de lugar. No le doy demasiada importancia, ya que la conozco y sé que es muy sincera, dice las cosas tal como las piensa y no oculta nada. Al verme, casi me come los morros, pero lo he evitado, tan solo he permitido que me dé un beso en la cara.

—Inés, mi intención es irme a Edimburgo pasado mañana. —La respuesta de Meribeth me deja perplejo. Pensaba que quería quedarse una semana, incluso yo la había invitado a estar en casa hasta que yo me fuera de Veri Varos, le propuse que, si se lo podía permitir económicamente, se cogiera ella también tres meses de descanso, igual que yo.

Me comprometí a que a mi vuelta a Zaragoza hablaría con varios amigos para que, si ella lo deseaba, tuviera un buen empleo en mi ciudad, ya que, al fin y al cabo, se encuentra sin trabajo.

Ella había aceptado de buen gusto y me prometió meditarlo, tanto una cosa como la otra, y ahora afirma que se marcha de Croacia.

Sigo sin entenderla por momentos.

La miro muy serio y me esquiva, no se atreve a mirarme a los ojos. Cuando estemos a solas hablaré con ella y que me aclare de una vez lo que sucede.

—Es normal, supongo que querrás buscar un buen empleo en tu país. Me gustaría quedarme con vosotros, solo serán cinco días. Me iría muy bien dormir en esta casa, si no es ninguna molestia, ya que me he gastado mis ahorros en el billete de avión para venir hasta aquí, no tengo reserva hecha en ningún hotel.

Vaya, Inés no pierde el tiempo por lo que veo. Hay que ser muy fresca para intentar vivir en mi casa sin pagar ni un euro y de paso ahorrarse la estancia. Estoy entre la espada y la pared, no quiero que se quede, ya que Meribeth y yo no tendríamos intimidad, aunque, por el contrario, mi amiga me da pena. Su negocio de tatuajes, según parece, no debe funcionar como tenía previsto, ya que no hace mucho me dijo que en los últimos meses ha aumentado la demanda, como también la competencia. No me extraña que no disponga de suficiente saldo para pagar su alojamiento y en el fondo me sabe mal negarme a que se aloje con nosotros. Si es preciso, hablaré con el propietario, si por casualidad, se diera cuenta de que somos tres personas viviendo en casa.

—Esta es tu casa —le digo a Inés ante la atenta mirada de Meribeth que, dicho sea de paso, tengo la impresión de que le es indiferente que Inés conviva con nosotros por unos días, por lo que me da a entender que la presencia de mi amiga no le molesta.

—Gracias, Calvin, ¡eres genial! —Inés intenta besarme de nuevo en los labios y la rechazo con educación. Ante todo, no quiero provocar celos en Meribeth. Por otro lado, mi asignatura pendiente es aclararle a Inés que nuestra relación de «amigos con derecho a roce» ha terminado. Soy incapaz de mantener sexo ni con ella ni con nadie, estando enamorado de mi pelirroja escocesa, que es a la única que deseo tener en mi cama, así como en mi vida.

—¿Por qué te vas tan pronto, Meribeth? —Imanol mueve sus manos con rapidez mediante el lenguaje de signos.

—Llevo un tiempo sin trabajo y tengo que pagar una hipoteca. Cuanto antes me vaya, antes podré encontrar empleo —responde tan convencida que, por lo que deduzco, ya tenía previsto irse de Croacia. Lo que más me duele, es que no me lo haya mencionado.

—¿Ya tienes el billete de avión? —Enzo está estupefacto y sigue observando con atención. Lo dicho, no se le escapa una a mi buen amigo. Sé que, en cualquier momento, me llamará a solas para mantener una conversación conmigo.

—Esta tarde mismo lo compraré.

—¿No esperas a que nos vayamos? Puedes esperar al menos dos días. A todos nos gustaría que te quedaras. —Mía intenta convencerla.

—Lo siento, mi decisión ya está tomada, no pienso echarme atrás. Además, Calvin se queda en buena compañía, no me echará de menos. —Meribeth pronuncia estas últimas palabras con recochineo, se percibe desde lejos que está dolida, pero ¿por qué? Me siento impotente, necesito hablar con ella y no veo el momento.

—Pues entonces, vamos a aprovechar el tiempo que tenemos para disfrutar de tu compañía. Esta noche os invito a cenar a todos. Vosotros escogéis el restaurante, que conocéis mejor la zona. El otro día fue mi cumpleaños y no lo celebré ni contigo ni con Calvin al estar aquí, tan lejos de Zaragoza, y quiero remediarlo —dice Enzo con espontaneidad, dirigiéndose a Meribeth.

—De acuerdo, pero antes necesito un momento para reservar el vuelo a Edimburgo. —Meribeth sigue decidida a irse por lo que veo. De repente, le ha entrado mucha prisa por marcharse cuanto antes.

—Si os parece, vamos a tomar algo nosotros y esperamos a Meribeth donde sea —propone Inés.

—No hay ninguna prisa, esperaremos aquí hasta que tenga el billete y después nos iremos todos juntos a dar una vuelta por Split —respondo yo al segundo.

—Sí, nosotros también preferimos esperar, esto de la reserva de billetes de avión, se hace rápido. —Imanol me sonríe y leo en sus ojos que está preocupado por mí. En cierta manera sabe que sufro

por algún motivo que desconoce. El Calvin feliz de días anteriores que hablaba con él a solas o con el resto de miembros del grupo por videollamada, no es el mismo hombre que tienen delante. También intuye que esta situación que hay entre Meribeth y yo esconde algún secreto, no es tonto y me conoce muy bien. La tensión entre nosotros dos es más que evidente y lo preocupante es que yo no sé ni cuál es la razón de su distanciamiento.

—Listo, ya he comprado el billete. Pasado mañana, regreso a Edimburgo. Por supuesto estáis invitados cuando queráis, mi piso es muy acogedor y hay suficiente espacio —nos informa Meribeth a todos.

Al oír que se va de Split, siento un nudo en la garganta que me oprime, así como impotencia. No quiero que se vaya. En estos pocos días que estamos conviviendo, me he acostumbrado a su compañía. Desde que compartimos casa, veo en el mueble del baño, su frasco de perfume, desodorante, loción corporal, crema hidratante para el cutis, cepillo del pelo, a veces veo algún que otro cabello en el suelo, pero no me importa, ni se lo he referido.

También suelo ver sus pinzas para depilarse las cejas, lápiz de ojos color negro y máscara de pestañas, que las tiene muy largas, por cierto. Tampoco faltan las diferentes barras de labios y lápices para perfilarlos de varios tonos, entre otros productos cosméticos, así como de higiene íntima, que acostumbro a ver en el lavabo. En cuanto a las uñas de sus suaves manos, suele llevarlas largas, bien limadas y pintadas en rojo, aunque a veces las luce de otro color, según parece, para variar.

El baño huele a fragancia femenina cada vez que Meribeth sale por la puerta y eso me fascina, la verdad. Me acostumbré a oír sus pequeñas reprimendas por cosas cotidianas, tales como la manía que tengo de no bajar la tapa del retrete cada vez que lo utilizo, le doy la razón en ese momento, pero luego lo vuelvo a hacer.

No soy perfecto, lo admito. Suele echarme bronca cuando no plancho mi ropa como es debido, ella tiene otra costumbre, le pasa la plancha tanto a las sábanas como a las toallas aparte de todas sus prendas, claro está.

Es muy ordenada y yo un auténtico desastre, un arquitecto muy bueno en su trabajo, pero pésimo en algunas tareas del hogar. Cuando cocinamos en casa, le gusta ir recogiendo los utensilios que vamos utilizando, depositándolos en el lavaplatos después de su uso, y a mí me da pereza, prefiero hacerlo una vez que hemos terminado de cocinar.

En cuanto al desayuno, evita a toda costa comer bollería industrial porque dice que hacen engordar y no tienen nutrientes. Me ha prohibido comprarlas para ella. Eso sí, el chocolate se permite comerlo de vez en cuando.

Son algunas de sus costumbres y podría seguir mencionando otras, aunque no viene a cuento, todo esto forma parte de su personalidad y es lo que más admiro de ella.

—En ese caso, vamos a aprovechar el tiempo que nos queda para estar juntos en este país —añado guiñando un ojo a mi pelirroja que me mira con semblante serio y me deja muy extrañado porque sé que no es así, siempre tiene la sonrisa en su preciosa cara y no sé qué le sucede.

No me atrevo a compartir mis pensamientos y debería explicarme con claridad.

Salimos todos de casa para dar una vuelta por Split. Inés intenta agarrarse de mi brazo, sin embargo, no se lo permito. Me empieza a agobiar la muy descarada. Poco a poco le voy dejando claro que no quiero nada con ella para que no haya malentendidos.

Mis amigos y yo recorremos algunas calles de Split e incluso visitamos el Palacio de Diocleciano, que tanto nos agradó a todos por su historia.

Mientras paseamos, las cuatro chicas ven una tienda de ropa y deciden entrar a ojear. Tanto Enzo como Imanol, proponen esperarlas fuera. Mientras, los tres bebemos una cerveza en el bar de al lado. Una vez sentados en la terraza, comenzamos a charlar sobre algunos temas y sacan a relucir sus dudas.

—Calvin, voy directo al grano porque no tenemos mucho tiempo para hablar a solas, ¿qué hay entre Meribeth y tú? —Enzo es claro en su pregunta. Suponía que tanto Imanol como él, buscarían el momento adecuado para interrogarme sobre este tema.

—Estás triste y cabizbajo, tú no eres así. Tienes un carácter envidiable, eres el más optimista del grupo —añade Imanol preocupado por mí.

—Desde que nos hemos visto, he tenido la impresión de que hay rencillas entre vosotros y creo saber la razón, apuesto a que no es debido a la convivencia —afirma Enzo con seguridad.

—Siempre has sido muy observador —respondo a Enzo brindando con mi cerveza. Imanol no suele beber alcohol y bebe un refresco de naranja.

—Te escuchamos, amigo —sugiere Imanol.

—Es muy largo de explicar, comenzaré brevemente desde el principio.

Empiezo a hablar de la relación, por llamarlo de alguna manera, que mantenemos Meribeth y yo. Como confío en Imanol y Enzo, incluso me atrevo a contarles que cuando se me declaró, yo aún no había admitido mis sentimientos hacia ella. Comento también que quiero declararle mi amor, pero aún no he tenido la oportunidad de hacerlo.

Mis dos amigos me miran perplejos, de vez en cuando me regañan por mi cobardía. Añado que es difícil conectar con alguien tanto como yo lo he hecho con Meribeth, nadie es perfecto, sin embargo, ella lo es para mí.

Estos días juntos, hemos hablado de música, gustos personales, preferencias y afinidad. Comienzo a conocerla mejor en todos los aspectos y coincidimos en muchas cosas. También hemos intercambiado puntos de vista sobre algunas cuestiones religiosas, políticas y otras más. Es fácil dialogar con ella sobre cualquier tema actual.

He disfrutado mucho viajando con ella. La magia del lugar está en con quién lo visitas. Los mejores momentos vividos, son con la perfecta compañía. La buena música es la que escuchas y bailas con quien está a tu lado.

Creo que lo maravilloso de la vida, son todas las pequeñas e invisibles cosas que no se ven, pero se sienten y con quien las compartes, haciendo memorables esos increíbles instantes. Es la primera vez que mis amigos me escuchan hablar de mis

sentimientos tan abiertamente. Pienso que ha sido una bonita casualidad tener a la pelirroja escocesa en mi vida. Me siento afortunado de haberla conocido desde mi infancia, ya que he podido guardar en mi memoria recuerdos muy especiales.

—Tienes la oportunidad de ser feliz junto a una chica encantadora que te quiere, os compenetráis y es lo importante.

—Lo sé, Enzo, sin embargo, Meribeth debería saber que el sentimiento no siempre se expresa por unas razones u otras. —Sigo justificándome con mis amigos argumentando que mis ojos, cuando se encuentran con los de ella, no mienten y que una mirada lo dice todo.

El significado del silencio también se puede adivinar si sabes prestarle atención. Solo es necesario ser lo bastante inteligente para saber leer las palabras que los labios callan.

—No eres consciente de a quién tienes al lado. Una mujer increíble con la que podrías vivir una bonita historia de amor —dice Imanol.

—Imanol y Aitana son felices, así como Mía y yo. No entiendo tu actitud, Meribeth y tú podríais serlo también —me recrimina Enzo y continúa diciéndome que todos tenemos a esa persona especial, que es nuestra debilidad. Cuyos besos son únicos. Su boca tiene un dulce sabor a miel. Su tacto es imprescindible. Es la responsable de hacerte sonreír con solo mirarla a los ojos. A medida que habla, sé que es justo lo que Meribeth me hace sentir.

—Si pierdes a la única chica que te importa de verdad, te arrepentirás toda tu vida. —Imanol me aconseja una vez más. Dejamos de mantener esta conversación, ya que las chicas caminan hacia nosotros, al sentarse piden algo para beber.

Ha sido una tarde muy entretenida en la que hubiera disfrutado mucho si no fuera porque mi cabeza no ha dejado de dar vueltas a la marcha de Meribeth.

Después de cenar en el restaurante una sabrosa fritura de pescado, a la que Enzo nos ha invitado tal como nos dijo, disfrutamos de la noche de ocio en Split. Nos sentamos en una terraza al aire libre y pedimos unos cócteles escuchando la buena música de un pianista.

—Contadme algo, ¿qué tal os va en vuestra nueva relación? —pregunta Meribeth a las dos cariñosas parejas que no dejan de prodigarse gestos y miradas cómplices entre ellos.

—A nosotros muy bien, Imanol, como sabéis, se vendrá a vivir conmigo y estoy encantada, es un amor. Cocina de maravilla. —Aitana está entusiasmada con su chico.

—No más que ella, os lo aseguro. Aitana hace una escudella que está de muerte, eso sin hablar de la esqueixada de bacalao, el suquet de pescado y los caracoles a la llauna, algún día tenéis que probarlos. Llevo unos días en Barcelona y aunque no he terminado la mudanza aún, he probado los guisos de mi chica, así como el pan con tomate, y creo que incluso he cogido algún que otro kilo de más.

—Ufff, se me hace la boca agua. Nada, amigos, que la próxima quedada la hacemos en Barcelona para probar los platos de Aitana —añade Enzo con determinación.

—Si no que nos enseñe a cocinarlos, yo soy buena alumna y más cuando se trata de algo rico —contesta Mía sonriendo.

—Mi vida, tus platos son deliciosos, y eso sin hablar de los postres que preparas. —Enzo la besa en los labios.

—Pero qué pelotas sois, se os cae la baba con vuestra pareja —me burla de Enzo e Imanol, que continúan estando muy acaramelados con su chica.

—Ey, no seas canalla, tú ríete mucho que ya verás. Algún día también estarás tan empalagoso como nosotros, tiempo al tiempo —me contesta Enzo, que está a punto de estallar a carcajadas.

***

Una vez que nos despedimos antes de irnos a dormir, Imanol, Aitana, Enzo y Mía, se van al hotel en el que se alojan. Meribeth, Inés y yo caminamos unos metros más hasta llegar a casa. Una vez dentro, Inés va a mi habitación.

—¿Necesitas algo, Inés? —pregunto al verla en mi dormitorio. Meribeth entró en su habitación tras darnos las buenas noches a los dos.

—Calvin, supongo que esta noche dormiremos juntos, ¿no? Te he echado de menos, cariño. —Inés se acerca a mí, va directa a la

cremallera de mi pantalón, aunque no le permito que me toque.

—Inés, sabes que soy muy franco y esta noche quiero serlo una vez más.

—¿Qué te pasa? Desde que he llegado te noto distante conmigo. Es cierto que no tenemos una relación como pareja, porque así lo queremos, pero reconoce que nos llevamos bien en la cama, te deseo.

—Y te doy la razón, a partir de ahora nuestra situación será diferente. Mantendremos nuestra amistad porque te aprecio mucho.

—¿Hay otra mujer en tu vida?

—Digamos que no es posible acostarme contigo si mi corazón pertenece a otra —digo con franqueza.

—¡No lo puedo creer! ¿Te has enamorado? —comienza el interrogatorio de Inés que no puedo evitar.

—¿Cometería un pecado, quizás, si ese fuera el caso?

—Para nada, sin embargo, me parece gracioso que una mujer te haya hecho sentir mariposas en el estómago. Las mismas que siempre has evitado a toda costa.

—Está bien, lo admito. —No puedo negar lo evidente.

—Apuesto a que la afortunada está muy cerca de ti, incluso me atrevería a decir que duerme en la habitación contigua.

—¿Cómo lo has sabido? —Intento adivinarlo, más que nada por curiosidad.

—Es demasiado evidente. Me he dado cuenta de la forma en que miras a Meribeth. ¿Sois pareja?

—Lo cierto es que no.

—Calvin, no me digas que aún no le has dicho lo que sientes por ella.

—Es que no ha llegado el momento.

—¡Menuda excusa más tonta! Pensaba que eras más inteligente, qué idiota eres por Dios. —Inés está muy cabreada conmigo. Ultimamente, tengo la impresión de que las mujeres están en mi contra.

—Oye, te pido un poco de respeto que yo nunca te he hablado mal.

—Solo te ruego una cosa, abre los ojos para ver lo que sucede a tu alrededor. Cuando despiertes, intenta cumplir tu sueño.

—Me asombras, no conocía esa faceta tuya. Vaya consejo filosófico me estás dando.

—En fin, te dejo por imposible, veo que no entiendes nada y da igual lo que te diga. De todas maneras, vas a hacer lo que te dé la gana.

—Te doy la razón, ¿contenta? —le respondo con ironía. Sé que mis amigos me dan consejos por mi bien, pero me incomoda que se entrometan tanto en mi vida. Soy mayorcito. Sé de sobra lo que quiero y lo que debo hacer y no tolero que nadie me presione.

—Como veo que todo te importa un comino, vamos a dejar nuestra conversación, ya es muy tarde. ¿Puedo dormir en el sofá?

—Mejor quédate aquí y duerme en mi cama. Yo me voy al sofá —le sugiero a Inés. Saca de su pequeña maleta el pijama y cierra la puerta de mi dormitorio.

***

A las ocho de la mañana, me despierto debido a los rayos del sol que entran por la ventana del salón comedor. El sofá es cómodo y he dormido bastante bien. Las chicas aún tienen la puerta de sus habitaciones cerradas y voy directo al servicio para darme una ducha. Anoche cogí la ropa de mi dormitorio que debía ponerme hoy, con intención de no molestar a mi amiga Inés mientras duerme. Tras salir del aseo, me visto y voy a la cocina a preparar el desayuno y tenerlo todo listo para cuando ellas se levanten.

Capítulo 15



No son las palabras las que acercan o alejan, son los hechos

El olor a café que se introduce por debajo de la puerta del dormitorio despierta a Meribeth, que abre los ojos. Apenas ha dormido pensando en Calvin. Su decisión de irse de Croacia al día siguiente ha sido por él. Ha puesto la excusa de que debe trabajar para que nadie note lo dolida que está a causa de su indiferencia.

Se ha dado cuenta de que Calvin es experto en dedicar bonitas palabras que alegran a una mujer con solo oírlas de sus labios, sin embargo, no lo demuestra con hechos y eso le hace sospechar que es un seductor nato que quiere seguir viviendo solo y sin tener ningún tipo de compromiso.

Hace tiempo que ella dejó de creer en palabras para dar más importancia a los hechos.

Tiene muy claro que, si a él le importara de verdad, se lo demostraría siempre.

En el fondo de su alma y por mucho que le duela, sabe que no es el caso. Por otro lado, está el tema de los detalles, para ella es otra forma de lenguaje. Cree que no solo se conversa con palabras, las atenciones también dicen mucho. Menos mal que Calvin se interesa por ella a menudo, demostrando un mínimo interés porque de lo contrario sería aún más deprimente.

Al ver llegar a Inés, el día anterior, sus celos han aumentado y Calvin lo tendría que haber previsto para no herir aún más. Le dolió que él aceptara que Inés se alojara en su casa. Ella misma, como mujer, sabe que en el juego de seducción todo vale. Está segura de que Inés está utilizando sus armas femeninas para conseguir su propósito con Calvin.

Meribeth acepta que son amigos y los dos se quieren, pero algunos gestos de complicidad entre ellos no le han gustado, menos mal que él ha ido esquivando a Inés porque el día anterior, a ella le dieron ganas de tirarle del pelo, en concreto del moño que llevaba la otra bien recogido con unas horquillas. La hubiera arrastrado por todo Split si hubiera podido.

Fue capaz de sonreírle mostrando unos dientes perfectos, aunque en el fondo la detesta, odia ser hipócrita, sin embargo, con ella se comporta como tal. En realidad, no tiene ningún derecho a sentir celos absurdos, ya que Calvin y ella no son pareja, si bien, hay unos límites y es una persona a la que respetar.

A raíz de esto, siente que sobra en esa casa y ha tomado cartas en el asunto. Se va de Split, pero se lleva con ella unas maravillosas páginas del libro de su vida, las que nunca podrá arrancar de su memoria.

Las bonitas sensaciones que ha experimentado junto a él.

Se lleva el recuerdo de los lugares que han sido mágicos, porque Calvin así se lo ha hecho sentir. Es consciente que una vez que se marche, siempre recordará el tacto de su piel, el aroma tan varonil de su perfume, el calor de sus abrazos, la ternura de sus caricias…

Para ella no será necesario verlo para sentirlo, solo haber estado junto él para amarlo.

El día anterior notó su mirada penetrante a cada momento, no obstante, los labios del hombre que ama permanecieron sellados, sin pronunciar palabra.

Desde que iniciaron la ruta en Zaragoza, tenía la esperanza de haber sido la mujer que le hubiera hecho sentir el amor, pero según parece no ha sido así. No ha escuchado ni una sola palabra y, por lo tanto, no está dispuesta a seguir pasándolo mal. Para mantener sexo por placer, él ya tiene a Inés.

Nada más levantarse, sale en pijama y va directamente al servicio. Calvin le da los buenos días y cuando se levanta de la silla e intenta darle un beso en los labios. Meribeth lo rechaza y más desde que ha visto a Inés a su lado, compartiendo risas, según parece, confidencias también. Ella sigue pensando que la otra es una zorra que ha ido a Croacia para amargarle la vida. Ojalá la invitada de Calvin se hubiera quedado en Zaragoza y así todos serían más felices y ella no se hubiera visto forzada a irse tan pronto, dada la situación. Al menos hubiera esperado a pasar toda la semana con él. En este caso, debido a la visita inesperada, ha tenido que adelantar su regreso a Escocia.

Al salir del lavabo, aun con el pijama puesto, va a preparar su desayuno, pero Calvin le pide que se siente junto a ellos, se incorpora para prepararlo él. Meribeth sonríe con hipocresía, aunque si pudiera, se iría de esa casa hoy mismo para no ver los gestos de complicidad que hay entre estos dos que están almorzando.

—¿Te pongo café? —le pregunta Calvin, más risueño que de costumbre.

—Sí, por favor.

—Marchando un café sin azúcar, con leche descremada, no muy caliente, y por supuesto con chocolate espolvoreado por encima.

—No veas, Calvin, como la conoces, ¿eh? —comenta Inés que también está muy sonriente esta mañana, hecho que no le pasa desapercibido a Meribeth que le resulta extraña tanta amabilidad por parte de la chica.

—Lo mejor del desayuno, es un café compartido —añade Calvin, poniendo la taza encima de la mesa, con el café a su gusto.

—Eso por supuesto —refiere Inés que le guiña un ojo.

—Si el café —prosigue Calvin— tiene una mezcla de risas y buena sintonía, aún es más delicioso. ¿No os parece?

—Vaya, veo que hoy os habéis levantado eufóricos, curiosa conversación para comenzar el día —comenta Meribeth que sigue estupefacta por la extraña actitud de los dos.

—Chicos, yo he terminado ya mi desayuno, salgo a dar una vuelta, quiero mirar algún *souvenir* de recuerdo para llevárselo a mis padres. —Inés coge su bolso con rapidez y se va de la casa, dejándolos solos.

—Como te iba diciendo —Calvin se dirige a Meribeth y se sienta en el suelo, delante de su silla, cogiéndole las manos con amor. Ella se queda en *shock* por todo lo que está pasando, que es inesperado. Escucha con atención sin atreverse a pronunciar palabra—. El desayuno ideal —continúa diciendo Calvin— es el compartido entre dos personas que se aman, mientras se dedican miradas cómplices y hay abundante ternura. Este nuestro, es un desayuno sin alcohol, aunque tiene el poder de emborracharme, así como desear besarte y acariciarte y ya puestos, decirte que eres lo mejor que me ha pasado en mi vida.

—No sé qué decirte, Calvin —susurra Meribeth muy emocionada, intuyendo que por fin llega la declaración de amor con la que tanto ha soñado.

—El amor de tu vida es el que hace posible que el camino vital sea más fácil —Calvin continúa diciendo—. Nena, gracias por elevarme al cielo con tu bonita sonrisa.

—Yo sí que tengo que dar las gracias al destino por formar parte de él. —Meribeth acaricia el rostro del único hombre que ha amado.

—Eres la persona que no puedo dejar de mirar. Te amo, Meribeth McMoray. No sé cómo ha sido, lo que sí tengo claro es que quiero vivir una bonita historia de amor contigo, caminar a tu lado de hoy en adelante. Afrontar el futuro juntos cogidos de la mano. Contigo he descubierto el amor.

—He estado esperando estas palabras toda mi vida. —Meribeth se levanta de la silla para sentarse encima de él.

Calvin la mira con deseo, besa sus labios y con ella en brazos se levanta, la lleva hacia la cama y hacen el amor con desenfreno.

—Perdóname, no quiero que pienses que soy un hombre inseguro. Lo cierto es que pretendía hablarte de mis sentimientos en las islas Brijuni, pero no encontré el momento idóneo.

—¿Allí ya sabías que me querías? Jolín, Calvin, ¿por qué no me lo dijiste?

—Es sencillo, si llegué a declararme en la cama, pero, chica, cuando lo hice, comprobé que te habías quedado dormida. Fue la misma noche que visitamos las islas, por cierto.

—Ostras, y yo sin enterarme. —Meribeth ríe a carcajadas. En ese momento le hace gracia, en cambio, si hubiera estado despierta esa noche, se habría ahorrado un buen disgusto al pensar que para él era una buena amiga y nada más.

—Después de esa velada, estaba esperando el momento perfecto para decirte lo que siento por ti.

—Todos los días lo son. La vida es breve y no hay que dar tantas vueltas para decir lo que pensamos, ¿no te parece?

—¿Me estás riñendo, princesa? —Calvin besa su frente mientras la abraza con fuerza. Siguen acostados en la cama donde mantienen una entretenida charla para hablar de sus sentimientos y aclarar los malentendidos que ha podido haber entre ellos.

—No te regaño, pero es que me sorprende que seas tan tímido.

—Es tu opinión, te aseguro que no soy así.

—Otra cosa, hace un momento os he visto a Inés y a ti bastante eufóricos, ¿qué os hacía tanta gracia? Te juro que me he mosqueado al pensar que os estabais burlando de mí. He estado a punto de irme de casa.

—Porque esta mañana, cuando nos hemos levantado, le he dicho a ella lo que sentía por ti y se ha mofado de mí. Ni te imaginas la cantidad de veces que me he reído del amor. Al final he caído en sus redes como tantas otras personas.

—Bienvenido al club de los enamorados. Ahora entiendo por qué Inés se ha ido con la excusa de hacer algunas compras.

—Claro, le he pedido educadamente que se fuera lo antes posible, ya que tú y yo necesitábamos tener intimidad para expresar nuestros sentimientos con libertad y sin testigos de por medio. Incluso le he pagado unas noches de hotel para que no nos moleste. Así podremos volver a disponer de la casa nosotros solos.

—Qué pillos sois y yo sin enterarme de nada. ¡Menuda ingenua!

—¿No te imaginabas que había comenzado a sentir algo por ti? —Calvin acaricia su mejilla.

—Si te soy sincera, no. Tu amor ha sido como un flechazo y nunca he creído demasiado en ellos.

—Pues créeme, estos días contigo, han sido como un oasis en medio del desierto. Me has dado tanta luz, que mi estrés laboral desapareció por completo.

—Siempre pensé que las personas nacemos con un alma gemela que está predestinada a cruzarse en nuestro camino en un momento u otro. —Meribeth está muy emocionada por la declaración de Calvin.

—Yo antes pensaba que la leyenda del hilo rojo era una tontería, pero me he dado cuenta de que no. ¿Sabes? Tanto Inés, como Imanol y Enzo, me aconsejaron que, si sentía algo por ti, te lo dijera cuanto antes y no te dejara que te fueras de Croacia sin saber la verdad.

—¡Son un amor! Aunque confieso que desde que ha llegado Inés a Croacia, mi único deseo ha sido tirarle de los pelos, menos mal que no lo he hecho.

—¿Estabas celosa de ella? No tenías por qué estarlo, nena, la única mujer que me importa, eres tú y pienso demostrártelo.

—Ya, pero yo no lo he sabido hasta ahora. Reconoce que, si fuera por Inés, tu «amiga con derecho a roce», vuestra relación habría sido más frecuente. En cuanto te vio, se fue a abrazarte desesperada.

—Nunca más debes preocuparte por eso, ya le he dejado claro a Inés que con quien quiero estar es contigo. Ella lo ha entendido.

—Me alegro de que sea coherente. Volviendo a lo de antes. ¿Tengo que darles las gracias a tus amigos, por haber sido los responsables de darte este pequeño empujoncito?

—A ver, tampoco es eso. Ya tenía claro cuáles son mis sentimientos hacia ti.

—Menos mal, celebro oír eso.

—La pregunta es: ¿quieres quedarte conmigo en Croacia los próximos meses? —Calvin coge la barbilla de Meribeth y la mira a los ojos—. Ayer —prosigue diciendo—, cuando dijiste que te marchabas mañana, estuve dando vueltas a la cabeza. Eres muy observadora, seguro que notaste en mí un cambio de actitud, estuve ausente y cabizbajo todo el día.

—¿Tanto te dolería que me fuera? —Meribeth siente curiosidad.

—Respeto lo que decidas porque tu futuro laboral depende de tu trabajo, sin embargo, también soy un poco egoísta, te quiero a mi vera en Split. El amor de tu vida es el que hace posible que la vida sea más fácil y no me gustaría que el mío se aparte tan pronto de mí ahora que lo he encontrado.

Calvin sigue diciéndole a su admirada Meribeth, que es la única chica que agradece que se haya cruzado en su camino. La persona por la que haría todo tipo de locuras. Por la que cruzaría montañas para verla feliz. Quien le atrae como un imán por su magnetismo. Aquella mujer que no puede dejar de mirar.

—¡Eres muy romántico, Calvin Connor! Sigo diciendo que no conocía esta faceta tuya.

—Solo tú eres la que me inspira como ninguna otra chica lo ha hecho, la energía que desprendes es una de las razones por las que me enamoré de ti. Nena, ahora sí creo en el amor del que tanto he oído hablar, quiero que seas mi compañera de vida, hoy en adelante y hasta el final.

—Mi amor, estas vacaciones contigo han sido de diez. Hacemos tantas cosas juntos y nos compenetramos tan bien, que la química entre nosotros fluye sola.

—Uyyy, tus palabras me suenan a despedida.

—Al contrario, no tengo intención de marcharme. ¡A la porra el billete de avión que tenía para mañana! Me quedo contigo. Nos faltan muchas cosas por hacer en Croacia. Paisajes que descubrir, lugares que ver, platos tradicionales que probar…

—Celebro oír eso. Entre otros lugares de interés, nos falta Dubrovnik, hay sitios que aún no hemos visitado de esta ciudad.

—Sí, lo sé. En la calle Stradun se encuentra un antiguo monasterio franciscano. En su fachada tiene una gárgola, con forma de cabeza, que sobresale quince centímetros de la pared.

—¿Te refieres a la gárgola que está a medio metro del suelo? He oído hablar de ella.

—A esa en concreto.

—Pues tendremos que ir para hacernos una foto y ya de paso entrar a la farmacia franciscana de la ciudad, por lo visto es una de las más antiguas de Europa.

—Quiero descubrir todo este bello país contigo.

—Es la mejor noticia que me podías dar. Mi vida, con la luna, como testigo, caminaremos las próximas noches por la arena, a la orilla de este mar Adriático que nos ha unido.

—Será un mágico momento contemplando las estrellas con su brillante luz mientras nos dejamos llevar por nuestros sentimientos. —Meribeth roza su nariz con la de Calvin que sonríe por su gesto.

La magia del momento se esfuma por segundos, el teléfono de Calvin suena con insistencia.

—No quiero cogerlo —dice sin mirar la pantalla para ver quién es.

—Si es algo importante, ya volverán a llamar. Hoy eres mío, no quiero compartirte con nadie más. Tenemos planes. —Meribeth se levanta de la cama, va hacia la nevera y coge un bote de nata en *spray*. Al volver, la extiende por el pecho de Calvin, así como otras partes de su cuerpo.

—Me gusta este juego, ¿me vas a embadurnar? —pregunta muy excitado.

—Haces demasiadas preguntas, arquitecto, déjate llevar. —Meribeth acaricia con la lengua todo el cuerpo de su chico mientras se come la nata. Él arde en deseo y hace lo mismo con ella.

—Te amo, nunca pensé querer a nadie tanto como a ti. Dicen que a veces tenemos la felicidad a nuestro alcance y no la sabemos ver, menos mal que lo he sabido reconocer a tiempo.

—Pues te ha costado admitirlo, motero. Hemos tenido que hacer esta ruta para que te dieras cuenta.

—No me lo reproches, nena, te juro que te lo voy a compensar. Todos los días de mi vida, prometo amarte con los cinco sentidos. La vista me servirá para contemplarte las veces que estés a mi lado. El gusto para saborear tu boca al besarte.

—Ummm, sigue, sigue, que me atrae mucho tu proposición —susurra ella mojándose los labios.

—Con el tacto, continuaré notando en mi piel el placer que siento al acariciarte. Con mi olfato, podré oler tu embriagador perfume. Con el oído podría escuchar tu sincero, te quiero cada vez que me lo dediques.

—¡Eres muy especial, Calvin Connor! ¿Sabes una de las cosas que más me gustan de nuestro amor? Que tenemos el privilegio de conocernos desde nuestra infancia.

—Sí, mi vida, tienes toda la razón. Aún recuerdo a la bondadosa niña pelirroja que huía de mí y me evitaba siempre que podía. Por aquel entonces fui un auténtico cretino, ya no sé cómo disculparme una vez más. Y lo bueno es que eras la única persona de la que me burlaba. No lo hice con nadie aparte de ti.

—Vaya, menudo niñato repelente. Siempre tuve la impresión de que me tenías manía.

—Te prometo que no. Lo que no sé, es cómo te enamoraste de mí, me siento el hombre más afortunado del mundo.

—El amor no tiene explicación, uno no decide de quién se enamora. Este sentimiento fluye solo, es inevitable. Además, te consideraba un diablillo… de buen corazón. —Le da un beso en los labios con ternura.

—A nuestros padres les gustará vernos juntos —añade Calvin.

—Eso tenlo por seguro. No sé tu madre, pero la mía, te admira mucho. Estará encantada al saberlo.

—Keyla es una mujer maravillosa, has tenido a quién parecerte. Mi madre te adora, incluso siempre te ha visto como la nuera ideal.

—¿De verdad? Menuda sorpresa.

—¿Por qué crees que quiso que vinieras a este viaje conmigo?

—Bueno, a mí me vino bien que Teresa se entrometiera, ya te dije que me inventé la mentira del contrato laboral en Dubrovnik para venir contigo.

—¡Fuiste muy astuta! Te admiro.

—Cuando quiero algo, lucho con todas mis fuerzas para conseguirlo. Te prometo que nunca más volveré a mentirte.

—Entre nosotros, jamás habrá secretos.

Calvin continúa diciendo que, al inicio de esta ruta, desde Zaragoza a Croacia, se sintió comprometido a que ella lo acompañara. Admite que no le gustó nada esa imposición, ya que su intención era viajar solo.

Meribeth apoya la cabeza en su pecho, él acaricia su cabello mientras sigue diciéndole que lo más bonito del viaje, ha sido disfrutarlo con ella.

Siguen conversando de cómo y cuándo darán la noticia a sus respectivos padres, así como a sus amigos que son quienes menos se sorprenderán.

Al mediodía, se levantan de la cama para ducharse y pedir comida a domicilio. Se han propuesto estar en casa todo el día.

Después de comer y meter los platos y cubiertos en el lavavajillas, ponen música.

—¿Bailas? —propone Calvin.

En su teléfono suena un tema lento romántico de un grupo de moda en la actualidad. Meribeth se levanta de la silla y acepta encantada. Le encanta escuchar música mientras se mueve al compás. Calvin la besa en los labios, después se dirige hacia el mueble del salón y saca un regalo para ella.

—¿Qué es esto? —pregunta sorprendida.

—Ábrelo, espero que te guste. Ayer lo compré para ti.

—¿Por qué?

—Como te ibas a marchar mañana, pretendía que tuvieras un bonito recuerdo, no solo mío, sino de Croacia.

—Vaya sorpresa. No me lo esperaba. —Meribeth está entusiasmada abriendo el pequeño paquete cuadrado. Está deseando ver lo que hay en su interior. Al abrirlo, ve una caja y dentro hay una preciosa muñeca vestida con un traje tradicional, de unos treinta centímetros de altura. Sus pequeños zapatos son color granate, a juego con su estampado vestido de tirantes con puntilla

color dorado en los bordes. Debajo, tiene puesta una blusa blanca, bordada, también lleva un delantal a juego del mismo tono.

—Calvin, ¡qué bonita es la muñeca! ¿Cómo es que se te ha ocurrido regalármela?

—Me alegro de que te guste, ayer, cuando tú y las chicas mirabais ropa en aquella tienda, y mientras Imanol, Enzo y yo, tomábamos una cerveza en la terraza del bar, vi una juguetería que por lo visto es muy antigua.

—Será otro de tantos negocios que pasan de generación en generación —apunta Meribeth mirando todos los detalles de la muñeca.

—Así es. Tienen un montón de juguetes de madera fabricados a mano por ellos mismos. Entré con intención de comprarte alguno de ellos y cuando vi la muñeca, supe que era el regalo ideal para ti.

—Has acertado de pleno. Aún conservo los juguetes de mi infancia, fui una niña muy cuidadosa en ese aspecto.

—Lo que me llamó la atención de la muñeca, es su color de pelo.

—Ohhh, qué detallazo, o sea, ¿la elegiste porque su tono cobrizo es parecido al de mi melena?

—No lo dudes, si te fijas bien, su piel es bastante clara, similar a la tuya. También tiene pintadas unas pequeñas pecas en las mejillas, aunque me habría gustado que tuviera pilas y hubiera hecho el gesto que haces tú con la nariz.

—En ese caso habrías tenido que regalar una muñeca personalizada y dudo que la encuentres. —Meribeth lo abraza con amor. Es muy detallista y agradece que el hombre que ama haga todo lo que esté en su mano para hacerla feliz.

—Todo es poco para ti, la única mujer que ha sabido llegar a mi corazón, y por quien estaría dispuesto a hacer cualquier cosa que me pidiera, solo por ti haría lo que fuera. —Calvin la coge en brazos y la lleva hasta la cama donde vuelven a dar rienda suelta a sus impulsos.

Esa misma tarde, comen palomitas dulces sentados en el sofá. Ven una película de terror, género favorito de Meribeth y que a él le gusta muy poco por no decir nada. De vez en cuando y con el elevado tono del sonido, que suele tener este tipo de cine, se

sobresalta. Ella no puede evitar mofarse de él por lo asustadizo que es. Su niño grande, como cariñosamente lo llama, es una caja de sorpresas. Día tras día, se van conociendo mejor el uno al otro.

—¿Cómo es que eres tan miedoso?

—Oye, no seas mala conmigo —bromea con ella.

—Pero si hace un momento has dicho que soy muy buena —coquetea con él mientras se sienta encima de sus rodillas.

—Lo retiro —susurra en su oído mientras besa su cuello haciendo que se estremezca.

—Sé sincero, ¿habrías imaginado que ibas a emprender este viaje a Croacia conmigo?

—¡Qué va! Yo llevaba tiempo planeando tres meses de vacaciones sabáticas, descansando del estrés de mi trabajo. A veces me agobio, sobre todo si debo entregar la obra en un plazo estipulado y veo que, por alguna razón u otra, se atrasa.

—Me imagino que los clientes tampoco serán iguales, tendrás unos más quisquillosos que otros.

—Así es, la mayoría de ellos son personas de alto poder adquisitivo, que confían en mí para que les haga el presupuesto de sus casas de lujo. Algunos de ellos no tienen claro cuáles, son sus gustos personales y es difícil que acepten mi consejo.

—Me lo imagino.

—Como te decía, con algunos proyectos suelo agobiarme, pero al final mi esfuerzo lo veo recompensado a nivel económico.

—Es agradable que confíen en ti, de esta forma también recomendarán tu empresa a otros posibles clientes.

—Respecto a tu pregunta, es cierto que había organizado con ilusión la ruta desde Zaragoza conduciendo mi moto. De pronto, me vi casi obligado a cambiar de planes.

—¿Te arrepientes de no haberte negado a que yo te acompañara?

—En absoluto, venir contigo está siendo una aventura.

—Yo me he divertido la verdad, tenemos algunas anécdotas que explicar a los demás, estos días contigo, desde que salimos de Zaragoza, han sido breves pero intensos. Creo que debería hacer,

como mi madre, escribir una novela acerca de nuestra experiencia en común.

—¿Te atreverías a narrarla? —pregunta Calvin asombrado.

—Claro que sí, aunque parezca mentira, he pensado incluso en el título que podría poner.

—¡Eres sorprendente, nena! ¿Cuál sería ese título?

—Ya que tú has sido el protagonista de esta historia, porque todo comenzó con tu sueño de hacer una ruta, podría titularse: *Un motero en Croacia*.

—¿Y a qué esperas?

—Veo que te ha gustado mi locura, sin embargo, estoy dudosa en cuanto a poner ese título u otro muy parecido y que también mola.

—Estás entusiasmada y me alegro, ¿qué otro título has pensado?

—*Un macizo en Croacia* estaría bien, por lo increíblemente guapo que eres.

—Ummm, ¿en serio te parezco un tío macizo? Tú, para mí, eres una diosa.

—Gracias, mi amor, aún tengo que decidirme a escribir esa novela.

—Yo te apoyaré en lo que haga falta —responde Calvin ilusionado mirándola con dulzura.

—Creo que lo pensaré mejor. —Meribeth se lo plantea por primera vez. Ahora que no trabaja, tiene tiempo para sentarse delante de la pantalla del ordenador y comenzar a escribir una novela sobre ellos.

—Es curioso, solemos planear el futuro concienzudamente sin pensar en los obstáculos que pueda haber y el destino es el encargado de sorprendernos la mayoría de las veces, modificando nuestros planes.

—Si bien es cierto que te mentí, para conseguir acompañarte a este viaje, si pudiera hacer retroceder el tiempo, volvería a poner la excusa de mi trabajo para venir contigo.

—Y yo estoy encantado. Háblame de tu empleo, ¿también has estado presionada, laboralmente, en alguna ocasión?

—A veces sí. En cuanto obtuve el grado de turismo, encontré un buen trabajo en el que he estado algunos meses.

—¿Entonces, por qué estás en el paro?

—Solo recordar los motivos, me repugna. —Meribeth está muy enfadada.

—¿Te pasó algo grave? Me tienes muy intrigado —admite Calvin.

—Como confío en ti, te lo voy a contar porque sé que me guardarás el secreto.

—Por supuesto, la confianza en una pareja es fundamental.

—Yo estaba muy feliz en ese puesto de trabajo, cobraba un sueldo muy alto y podía ahorrar. Al ver que mi economía era muy buena, decidí comprar mi piso en Edimburgo.

—Hiciste bien —la interrumpe Calvin, cosa que a ella no le gusta nada.

—Como el dueño de la empresa donde trabajaba como guía, es un hombre casado que no le importa acostarse con cualquier mujer, comenzó a flirtear conmigo.

—¿Qué dices? Menudo imbécil.

—Al principio no me di cuenta de sus intenciones, aunque con el tiempo, observé un acercamiento sospechoso y me propuse crear distancia.

—Fue lo mejor que hiciste. No sé cómo hay tíos infieles que no respetan nada a su pareja. Si lo tuviera delante, le daría una hostia en la cara. —Calvin cierra los puños, está muy cabreado por el tema y ella lo tranquiliza.

—Mi exjefe, era el encargado de gestionar las diferentes demandas de nuestro compromiso con el cliente. Él nos decía a qué itinerario debíamos ir por Edimburgo. Es el propietario de una empresa privada que organiza algunas rutas en la ciudad. Obviamente, si tenía más faena, cobraba más dinero que las demás.

—Hasta ahí bien, pero ¿qué pasó después?

—Un buen día, entré a su despacho para hablar con él. Le pregunté cuáles eran las razones de que no me diera ni una ruta y sí a las demás compañeras. Éramos diez trabajadoras en total, la mayoría de la misma edad.

—Por Dios, sé más breve que estoy muy nervioso. Espero que no llegara a tocarte ni un pelo porque se las verá conmigo. Me da lo mismo que esté en Escocia o en China. Nunca he tolerado el acoso a la mujer.

—Ni yo tampoco. Pues bien, al pedirle a mi jefe que me respondiera con sinceridad, vaya si me contestó. Me dijo que no me daba trabajo porque no era apta para el puesto, no obstante, mi situación podría cambiar si era buena chica. Se acercó a mí e intentó acariciar mis rojas mejillas, después quiso besarme. Yo estaba muy abochornada, notaba mi rubor dada la comprometedora situación. Sentí mucho asco, tenía ganas de vomitar. En ese momento, supe que debía huir de allí cuanto antes, sin mirar atrás. Recogí mis cosas y me fui, esa noche no pude dormir de lo nerviosa que estaba. Nunca he pasado por una situación tan bochornosa. Al día siguiente, recibí un sobre en mi buzón, con una cantidad considerable de dinero, dentro también tenía una tarjeta de disculpa, incluso el muy cerdo me propuso volver a la empresa prometiendo no volver a acosarme, con ello pretendía comprar mi silencio.

—Buah, qué historia más tremenda. ¿No lo denunciaste?

—Esa era mi intención, pero no hizo falta. A los dos días de irme de la empresa, el marido de una de las empleadas, al enterarse de su chantaje, ya que según parece hacía lo mismo con todas, le dio una paliza tan fuerte a mi exjefe que por lo visto sintió miedo de más represalias.

—Yo hubiera hecho lo mismo en su lugar.

—Después de esto, cerró la empresa y se fue a América a vivir, su mujer lo abandonó nada más saber lo que hacía.

—A partir de hoy yo estaré muy cerca de ti y si alguien se propasa contigo, te defenderé, si es necesario a capa y espada, como un caballero medieval que daría la vida por la mujer que ama.

—¡Qué loco estás! —Ríe Meribeth a carcajadas—. Gracias, pero no hace falta, mi amor, sé cuidar de mí misma.

—Lo sé, sin embargo, déjame ser tu protector, la vida no es fácil y en ocasiones nos pone piedras en el camino, pero juntos, afrontaremos los problemas que surjan.

—¡Eres tan mono! Te amo, arquitecto de mi vida, motero macizo de mi corazón.

—Me has eclipsado, Meribeth, somos el uno para el otro. Quiero ser tu paraguas en días de lluvia, tu refugio en todo momento en el que sientas que tu mundo se viene abajo por alguna razón.

Se dan un beso apasionado, tienen toda una vida por delante para disfrutar de su amor.

***

Calvin y Meribeth, se conocen desde que eran niños, han madurado juntos y han descubierto el amor. Son dos personas muy especiales, de las que pasan por la vida de los demás dejando una bonita huella.

Entre ellos siempre ha habido un fuerte vínculo, aunque no se hayan dado cuenta hasta ahora.

A veces, la felicidad la tienes al alcance de tu mano.

Después de hacer el amor, esa misma noche, juegan a dar rienda suelta a la imaginación. Calvin finge dibujar en el techo de la habitación, las figuras que quiere, para conseguirlo, utiliza una imaginaria varita y su mágica virtud, consiguiendo hacer reír a Meribeth, así como prometiendo hacerla feliz a diario.

Ella, por su parte, finge tener el poder de elevar objetos. Moviendo sus manos, finge elevar esa cama para desplazarse a cualquier lugar. Deciden viajar a «Villa MerCal» la casa en la que Calvin soñó que ambos vivirían juntos, les estaba esperando. Una vez en su casa, sentados en las hamacas del porche, contemplarán el cielo en que creerán ver luminosos dibujos inimaginables.

Calvin crea un corazón rodeado de colores y le advierte a ella que cada vez que lo observe, será consciente de lo mucho que la admira desde su infancia. Por otra parte, como firme promesa de que siempre va a procurar estar a su lado.

La complicidad entre dos personas que se aman con tanta intensidad produce que lo irreal pueda convertirse en real. Todos tenemos «esa invisible varita mágica» con la que somos capaces de crear ilusión, Calvin y Meribeth la tienen en su poder.

Fin

Epílogo



—Calvin, ¿cuánto tiempo falta para que estén hechas las patatas? —pregunta Meribeth con insistencia. Tiene un hambre voraz. Hoy, sábado, han organizado una barbacoa en casa a la que han invitado a su familia, como también a sus amigos. Hace un día soleado y aprovechan para comer en el precioso jardín en el cual hay rosas, geranios, tulipanes, gardenias, camelias, que es el símbolo de Opatija, ciudad croata que les fascinó, y por supuesto flores de lavanda. Los dos se encargan de cuidarlas.

—Nena, ten un poco de paciencia, están casi a punto. —Calvin va hacia la silla donde está sentada su chica y le da un beso en los labios mientras acaricia su abdomen con amor.

La convivencia con ella es maravillosa. La química se percibe desde lejos. Cada día que pasa, se siente más afortunado de tenerla en su vida. Con su buen sentido del humor, la hace reír a diario, él que siempre ha evitado enamorarse, está loco por su «pequeño albaricoque». La mujer de gran personalidad que le ha dado otro

sentido a su vida y colorea sus días. Se considera un hombre afortunado.

—No querrás que tu pequeña pase hambre —responde ella tocando su abultado vientre, en menos de un mes, nacerá Dafne, su primera hija, que esperan con ilusión.

—Mis dos princesas tendrán que aguantar un poquito más. —Vuelve a besarla en los labios con ternura.

—Chicos, por favor, ya tendréis tiempo de besaros —les regañan Keyla y Teresa bromeando.

Las futuras abuelas están encantadas de que sus hijos hayan formado una familia. Uno de sus sueños se ha cumplido. Cuando supieron que sus hijos salían juntos, mencionaron que siempre creyeron, y estaban convencidas, que los dos terminarían uno al lado del otro, como así ha sido. Tanto Calvin como Meribeth las llaman brujas por su intuición. También confesaron que entre ellas lo habían comentado cientos de veces, aunque procuraron no interferir para nada en su relación.

Calvin le recordó a su madre que ella precisamente sí interfirió de alguna manera, ya que hizo todo lo que pudo para que Meribeth viajara con él a Croacia, hecho que Teresa negó rotundamente. Sea como fuere, Calvin no se arrepiente de haber emprendido el viaje de meses atrás, gracias a ello, su chica y él son muy felices en Croacia, el país que continúan descubriendo desde que viven aquí.

Tras los tres meses de vacaciones, en los que surgió su amor mientras iban en moto sobre el asfalto, tomaron la decisión de mudarse a Croacia. Vendieron sus propiedades de Zaragoza, en el caso de Calvin, y Meribeth puso a la venta su piso de Edimburgo para adquirir en partes iguales otra vivienda en Croacia e iniciar una vida en común. Ambos encontraron un buen empleo en el país y no les falta el trabajo.

Por otra parte, las dos abuelas están deseando conocer a su nieta y mantienen una entretenida conversación en torno a la futura bebé, Meribeth se dirige a ellas.

—Mamá, Teresa, sois muy impacientes, ya nos queda menos para verle la carita a nuestra pequeña, tened paciencia. Vais a tener tiempo de achucharla. Dafne será tan rebelde como su padre, estoy

segura. —Meribeth las abraza y le dan la razón en cuanto a él. El día que Calvin supo que iba a ser padre, cogió en brazos a su chica y comenzó a correr por todo el salón, a los dos se les escaparon las lágrimas de felicidad al conocer la inesperada noticia.

—¿Dónde están los abuelos? Podrían echarme una mano —Calvin se queja mientras aviva el fuego de la barbacoa.

—Estábamos charlando sobre nuestra destilería de whisky, como de costumbre —comenta Daryl acercándose a su hijo Calvin con intención de ayudarle a preparar la comida.

Alexander y él son propietarios de una empresa muy importante que fabrica el whisky y cada vez que se reúnen los dos, su principal tema de conversación es el mismo. La rivalidad sigue existiendo entre ellos, aunque hayan pasado los años y les una la amistad.

—Calvin, después de comer, invitaré a tus amigos a una copa, he traído algunas botellas de whisky de Edimburgo, espero que les guste.

—Te agradecerán el gesto, Alexander, saben apreciar un buen licor.

Calvin y Meribeth celebran hoy la inauguración de su casa de Omis, a la que no han querido que falte nadie de las personas que quieren. Para su residencia habitual, compraron en Split un ático de cuatro dormitorios, dos baños y terraza con solarium. Para los fines de semana, adquirieron días atrás esta segunda vivienda en Omis, que es justo donde les han citado a todos. Previamente, contrataron a una decoradora de interiores para que estuviera a su gusto. Una residencia de seis habitaciones, y tres baños completos, con unas preciosas vistas al mar. Cuando visitaron Omis, hace algunos meses, les llamó tanto la atención el bonito pueblo marinero, que hablaron de fijar su segunda residencia en este bello lugar. Omis está a menos de treinta kilómetros de Split, hay montañas espectaculares donde practicar senderismo, una de sus aficiones, y es ahí mismo donde desemboca el río Cetina, en el que navegan con kayak cuando les apetece. Si hubieran podido, habrían comprado la casa en la playa de Zlatni rat, pero no hay edificios en ese pequeño paraíso al que van bastantes veces desde que lo descubrieron.

Suelen ir de vez en cuando en ferry desde Split hasta la isla de Brac y una vez ahí, suben a la moto para desplazarse hasta Zlatni rat.

Meribeth se matriculó en la autoescuela para sacarse el carnet de conducir de moto, aunque al quedarse embarazada, tendrá que esperar. No esperaban aumentar la familia tan pronto, sin embargo, la llegada de Dafne los hace muy felices. Toda la familia está convencida de que Calvin y Meribeth, serán unos padres estupendos.

Sus progenitores aceptaron de buena gana su relación, pero lo peor que llevan, es la distancia, ya que no pueden verlos con frecuencia. Tanto Teresa como Keyla, han prometido viajar a menudo a Croacia con la única intención de cuidar de su futura nieta una vez que nazca. No quieren perderse nada del crecimiento de su pequeña Dafne.

—Todos nuestros amigos de «Los Inseparables», acaban de llegar —anuncia Meribeth emocionada, dándoles la bienvenida. Desde que los ha conocido, les ha cogido mucho cariño. Tanto los padres de ambos, como los amigos de Calvin y de ella, incluidas dos de sus mejores amigas que viven en Escocia, están celebrando este día junto a la pareja.

También se han alegrado de volver a ver a Dragan y Mirjana una vez más, ellos tampoco podían faltar a la inauguración. Sus amigos croatas les han ayudado mucho desde que se han trasladado a Croacia. Se sienten afortunados por contar con su desinteresada amistad.

Enzo y Mía felicitan a los nuevos propietarios de «Villa MerCal» y brindan con todos los presentes por la felicidad de la pareja. Por su parte, aprovechan para dar la noticia de su próxima boda que será dentro de tres meses. Han preferido esperar a que Meribeth dé a luz y esté completamente recuperada para que ella, Calvin, y también Dafne, les acompañen ese día tan especial para ellos. No han querido desvelar a nadie dónde será el enlace para sorprender a sus invitados. Ellos mismos se han encargado de hacer la reserva para todos en el hotel donde se celebrará.

Imanol y Aitana también esperan ser padres algún día, continúan viviendo en Barcelona donde les va fenomenal en todos los sentidos.

Inés está saliendo con un chico de Salamanca y se les ve muy enamorados, incluso están pensando en irse a vivir juntos.

Respecto a Saúl y Valentina, son los únicos del grupo de «Los inseparables» que no tienen ningún compromiso sentimental en la actualidad…

Apreciado lector, ¿te gustaría conocer la historia del bombero y la camionera? Te digo esto en secreto ahora que nadie, excepto tú, está leyendo este fragmento. Descubrirás su historia en la próxima novela de la serie «Europa in Love».

Agradecimientos

En primer lugar, esta novela se la dedico a una personita muy especial que me ha robado el corazón en cuanto he visto sus preciosos y pequeños ojos por primera vez. Como siempre, y también porque son mi mayor tesoro, quiero dar las gracias a mi marido, hijos y a su pareja, por su gran apoyo incondicional, así como por compartir conmigo la ilusión de mi aventura literaria. Ellos son mis mejores fans, quienes me dan sugerencias y consejos, los adoro. Ahí va mi primera dedicatoria para unas excelentes personas a las que procuro darles mucho amor. Mi vocación es escribir, aunque en particular mis dos chicos son quienes se encargan de la publicación de mis novelas y otros detalles de las mismas.

Gracias, como no, a mi única hermana, mi mejor amiga desde nuestra infancia. Ella y los suyos también esperan con ilusión mi nueva novela que va dedicada con amor a toda la maravillosa familia.

No quiero olvidarme de Sandra, mi genial correctora, no dudéis en contactar con ella. Me ha ayudado a que esta novela llegue a vuestras manos más bonita aún. Es una gran profesional a la que descubrí y aplaudo. Le doy las gracias por todo.

Gracias a mis amigas, entre ellas, dos presentadoras de un programa de radio local, que siempre tienen un espacio guardado para mí en su programa.

Esta novela, se la dedico a ellas y a los seguidores de redes sociales, tanto autores y lectores que me envían su cariño, me animan a seguir escribiendo y mirar hacia adelante con optimismo.

Por último, gracias a ti, que has llegado a esta página, espero que tu trayecto por Croacia, junto a Calvin y Meribeth, te haya gustado. Recuerda que para mí es muy importante conocer tu opinión. Me gustaría que me dejaras tu reseña para saber qué te ha parecido esta ruta en moto y si te ha resultado apasionante el trayecto.

Si quieres estar al día de todas mis novedades, sígueme en mis redes sociales.

Instagram: @escritosdeunhada

Facebook: Toñi García (Escritos de un hada)

Biografía



ANTONIA GARCÍA LOZANO, Toñi, es una escritora barcelonesa de nacimiento y de sangre andaluza pues sus padres eran de Granada. En la actualidad, está casada y tiene dos hijos, la familia siempre ha sido su mayor prioridad.

Amante desde bien pequeña de las letras y de todo lo que las rodea, se inició en el mundo de la escritura en 2020, con su primera novela "Dos corazones y una vida" en la que la autora nos relata una historia de amor basada e inspirada en la misma que vivieron sus adorados padres.

Tal como ella se define, es una autora vocacional que disfruta escribiendo. Tal es así que la escritora ha ido realizando distintos

proyectos para todos los públicos.

En 2021, dando rienda suelta a su imaginación, Toñi nos presentaba su primera novela fantástica "El mágico cuento de Amicitia", con la que viajamos a un mágico planeta paralelo a la Tierra que no esconde más que sorpresas y encanto. Un año más tarde se publicaba "Los mundos de Ágada", ofreciéndonos así la que es, por ahora, la maravillosa bilogía Amicitia.

El mismo año 2022, publicó su primer cuento dirigido al público infantil, "La nave de los sueños", con el que anima a niños de entre 10 y 12 años a luchar por sus objetivos, tal como nos muestra a través de su imperfecta protagonista, Anais.

Toñi ha ido cambiando de género en sus novelas, aunque cada una la ha escrito con la misma ilusión. Su quinta obra, Escritos de un hada, publicada en 2023, es una bella recopilación de relatos y pensamientos que nos invita a leer, poquito a poco, lo que viene siendo tanto la vida de Toñi, como la tuya y la mía.

La sexta, publicada en 2024, es una novela romántica en la que el amor no es de color rosa. La Taxista de Edimburgo, perteneciente a la serie EUROPA IN LOVE.

En este 2024, Toñi también ha publicado, igual de ilusionada, su séptima obra, " Pequeños cuentos de mar y montaña" ambientados en Cataluña, dirigidos a lectores de 6 a 9 años y a cualquier lector, sin límite de edad.

Este libro de cuentos se ha editado tanto en castellano como en catalán.

La octava, publicada en 2025, es una novela romántica perteneciente a la serie EUROPA IN LOVE. Un motero en Croacia.

Otros libros de la autora



CONSÍGUELOS AQUÍ